

*Selecta*

Unidos por el amor VI

TE RUEGO

*un beso más*

FERNANDA SUÁREZ

Te ruego un beso más

Unidos por el amor 6

*Fernanda Suárez*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Capítulo 1

—Ese vestido es, sin duda, uno de los más hermosos de tu guardarropa — le admiró la duquesa a su hija mientras corroboraba que estuviese impecable para la celebración de esa noche. Su presentación en sociedad había sido hacía tan solo un par de días y los duques habían organizado una velada en su mansión con el fin de celebrarlo, y claro, también querían que su única hija conociera a los caballeros pertenecientes a lo más alto de la sociedad inglesa; debía ir considerando opciones.

Clawrence observó su reflejo en el espejo y sonrió complacida. Aunque su madre no lo decía con todas sus palabras, sabía que estaba admirando lo bella que lucía, y no solo su elegante y hermoso vestido color azul claro. Ella nunca fue especialmente cariñosa con su hija, pero con cada mirada, sonrisa y palabra que le dedicaba podía encontrar todo el amor que guardaba en su corazón, que era bastante.

La prenda era hermosa, con pequeñas flores estampadas en el borde de la falda y mangas y con un lindo encaje que resaltaba ciertas curvas de su cuerpo; era su color favorito.

—Tienes toda la razón, madre, es un vestido muy hermoso. —Alisó las arrugas invisibles de su falda y paso sus manos por su cabello que lo tenía recogido en un elegante moño decorado con pequeñas perlas que hacían juego con su collar y pendientes. Había sido un regalo de su padre para su primera temporada social en Londres.

—Seguro que esta noche logras un par de pretendientes interesados en tu mano, tienes todo lo que se necesita para cautivar a cualquier caballero que desees. Con el paso del tiempo, irás conociendo las ventajas de un lindo rostro; si sigues todos mis consejos conseguirás una unión muy conveniente —aseguró Mery. Ella misma puso en práctica varios de sus consejos, gracias a ello consiguió convertirse en la duquesa de Beaufort. Siendo la hija de un conde, quería ver a su hija siendo tan feliz como lo era ella, porque a pesar de no haber sido un matrimonio motivado por el amor, con del tiempo, los duques encontraron en el otro amistad y lealtad.

—Recuerda, siempre sonrío con delicadeza y timidez, pero que tus palabras estén llenas de inteligencia y tu mirada de picardía; guarda secretos, no les permitas conocer todo de ti, eres tú quien tiene el poder —le aconsejó su madre antes de verificar que su collar de zafiros estuviese en su lugar, dar media vuelta y salir de la habitación. Debía recibir a todos los invitados que no tardaban en llegar.

—¡Lord Grosvenor, Lord Chelmendley! Es un placer verlos por aquí —saludó el duque con euforia a los caballeros que ingresaban en ese momento.

—Lord Beaufort, bien sabe que no podríamos rechazar una invitación que venga con su nombre escrita en ella —comentó el hombre con diversión—. Milady. —Ambos hicieron una inclinación ante la duquesa, pero sus ojos se fijaron en la joven que permanecía a la izquierda de esta.

—Permítanme presentarles a mi hija, Clawrence Switlor. Hija, él es Jaime Liamberton, actual conde de Grosvenor y heredero al ducado de Westnster. —Señaló al joven más alto y delgado, que no dudó en tomar su mano y dejar un beso en el dorso de esta; era un caballero muy apuesto, eso sin duda, pero no como para impresionarla.

—Es un placer, milord. —La joven sonrió tal como su madre le enseñó y realizó una reverencia más que perfecta. Ella había tenido la mejor educación posible, era toda una dama.

—Y él es Enrique Cartler, marqués de Chelmendley. Milord, esta es mi hija.

—La aludida fijó su mirada en el caballero y fue como si algo en su interior pegara un brinco; era un hombre guapo con su cabello ligeramente rubio y esos ojos claros. A pesar de que era un tanto más bajo que su compañero, parecía musculoso aun bajo toda aquella cantidad de ropa. Ni siquiera pudo describir lo que sintió cuando él tomó su mano y pegó sus labios a su mano, en la cual a pesar de que el guante cubría su piel, dejó una corriente de calor que subió por su brazo y llegó a su corazón.

—Milord, es un placer. —Hizo una reverencia en la que por suerte no dejó en evidencia los nervios que sentía en ese momento. Fueron muchos años de institutrices, lecciones y regaños que surtieron efecto.

—El placer es mío, milady.

—Caballeros, espero que disfruten la velada —anunció la duquesa invitándolos a seguir; ellos hicieron una inclinación y dando media vuelta desaparecieron entre el resto de los invitados. Clawrence no podía mentir, la indiferencia con la que la miró y siguió su camino hirió sus sentimientos, era obvio que no le interesaba.

Luego de un suspiro lleno de frustración, curvó sus labios en una sonrisa y continuó saludando con gracia, educación y ligera coquetería a todos los caballeros y damas que sus padres le presentaban, aunque la imagen de cierto caballero se negaba a abandonar su mente.

—Espero que la noche sea de su total agrado, lady Switlor —murmuró el conde de Ross a la vez que se movían al ritmo de la música.

—Así es, milord, es una noche realmente magnífica, fresca, hermosa, sería imposible no estar disfrutándola. —El caballero sonrió con galantería; era un hombre atractivo, de ojos verdes, cabello castaño, alto, aunque un tanto delgado, pero de buena posición y fortuna. El problema era que su toque no le causaba ni la mitad de la emoción en comparación con la de cierto marqués que ni siquiera había volteado a verla.

No pronunciaron palabra alguna durante los minutos restantes de la danza, pero cuando la música finalizó, él no la llevó junto a su madre, sino que la

acompañó hasta la mesa dispuesta con los refrescos. La duquesa le lanzó una mirada de advertencia que ella entendió de inmediato.

— ¿Le gusta cabalgar, milord? —preguntó la joven con delicadeza y falso interés.

—Bastante, he de admitir que soy un excelente jinete. Mi padre me enseñó a montar desde muy pequeño, y aseguraba que un caballero debe comportarse como tal en todo momento, incluso si está sobre un animal. La elegancia no se puede perder en ninguna circunstancia. —Ella se abstuvo de elevar su ceja, demasiada arrogancia en un solo cuerpo para su gusto, pero se limitó a sonreír con gracia.

—Estoy muy de acuerdo con su padre, además de que es una actividad de lo más gratificante y divertida, he de admitir que me encanta.

—Tal vez pueda persuadirla para que me acompañe a dar un paseo a caballo por Hyde Park, ¿le parece bien el día de mañana? —La joven no pudo evitar mostrar la poca emoción que le causaba su invitación, sin embargo, el conde estaba tan centrado en otra cosa que ni lo notó; su mirada estaba perdida en alguna otra cosa posiblemente más interesante.

—Será un placer acompañarlo. Si me disculpa, debo volver junto a mi madre. —Hizo una pequeña reverencia y casi que huyó de su compañía. De depender únicamente de ella, habría declinado su invitación, no tenía el más mínimo interés en compartir algo de tiempo junto al conde, pero si el caballero llegaba a hablar con su padre se metería en serios problemas por rechazarlo, debía hacer creer a su progenitor que si estaba en busca de marido, no buscara casarse, no quería atrapar a un hombre, quería que todo fluyera con naturalidad, por ello tampoco intentaba evitar un compromiso. De lo que sí estaba segura era de que lord Ross no era el hombre para ella.

Su madre se puso eufórica en cuanto la escuchó, asegurando que pronto el aludido hablaría con su padre para que le permitiese cortejarla como era debido, cosa que la desanimó. Bailó un par de veces más con distintos caballeros, pero con ninguno de ellos mantuvo una conversación interesante.

Sus parejas de baile estaban demasiado acostumbradas a comentarios sin inteligencia como para disfrutar de sus palabras.

En cierto momento de la noche, con un terrible dolor de pies y mucho cansancio, decidió escabullirse entre los invitados por uno de los pasillos hasta una de las salidas laterales al jardín. Por suerte, había crecido allí así que conocía la casa como la palma de su mano, podía moverse sin necesidad de una vela.

En cuestión de minutos llegó hasta su lugar favorito en el jardín: una banca en medio de las flores; la paz que se sentía en ese lugar era indescriptible.

Estaba por tomar asiento y disfrutar de la vista de la luna cuando el movimiento de una sombra hizo que se le enderezara la espalda y diera un paso atrás llena de terror. No tenía idea de quién podía estar allí oculto, por eso se imaginó lo peor. No pudo pronunciar palabra alguna hasta que gracias a la luz de la luna logró vislumbrar su identidad.

—Milord, lamento molestarlo, no imaginé que pudiese haber alguien rondando por el jardín —se disculpó ella bajando la mirada.

—El que debe disculparse soy yo, lady Switlor, para empezar, no debería estar aquí, es solo que quería descansar un poco de tantos saludos, sonrisas e inclinaciones. —Clawrence observó al marqués con fascinación, no podía creer que el destino, Dios o lo que fuese los había llevado hasta ese lugar en contra de todos los protocolos y normas. Tal vez debía arriesgarse un poco si es que de verdad quería un buen recuerdo para atesorar.

—Tranquilo, no necesita excusarse conmigo, no cuando yo también he escapado del salón y he venido a esconderme del mismo mal. —Enrique la miró con curiosidad, estaba tan aburrido allí adentro que quiso tomarse un descanso, ya que aún no podía volver a su hogar. Tenía una conversación pendiente con cierto caballero, pero, al llegar allí, no imaginó que se encontraría con una mujer a la que no le costaba confesar que estaba cansada de la sociedad cuando todas ellas se morían por posicionarse en lo más alto de esta; su sinceridad era abrumadora, sorprendente y gratificante.

—La entiendo a la perfección, a veces las normas de etiqueta pueden ser un tanto molestas. Será mejor que me vaya y le dé la privacidad que buscaba cuando decidió escabullirse hasta acá, lo que menos deseo es perjudicarla con mi presencia o molestarla. —Hizo una inclinación dispuesto a volver al salón, pero la joven lo detuvo.

—Lord Chelmendley, disculpe que lo retenga, pero aun arriesgándome a sonar impertinente, atrevida y maleducada, ¿podría hacerle una petición? —El caballero lanzó una mirada a su alrededor asegurándose de que no hubiese nadie por ahí cerca que pudiese descubrirlos. No quería un escándalo que lo llevara directo al altar, no quería casarse, por lo menos no en un futuro próximo, aún tenía muchos años que disfrutar con sus amantes, ya tendría tiempo de preocuparse en darle el título a un heredero.

—¿Una petición? La escucho. —Aun cuando todo aquello sonaba realmente mal, confiaba en que aquello no fuese una trampa, Decidió confiar, ella no parecía de las que arriesgaban su reputación por cazar al marido deseado.

Clawrence nunca había sido una mujer atrevida, mucho menos valiente, pero en cuanto lo vio allí, a solas, una idea se cruzó por su cabeza y ahora nada podía sacarla de allí, no podía pasar su primera temporada social en Londres sin una aventura que recordar. Era joven, así que ya tendría tiempo de lamentarse las estupideces que hacía, además, la cobardía no podía limitar su vida. Su abuela siempre dijo que en ella había un espíritu osado y valiente, y había llegado el momento de usarlo, aunque era probable que después de eso el marqués no se le volviera a acercar.

Caminó hacia él con lentitud intentando reprimir los temblores de su cuerpo; era una noche fría y el viento no tenía compasión con sus brazos prácticamente desnudos. Cuando se acercó lo suficiente, pudo distinguir su ceño fruncido, pero lo que la dejó sin respiración fue su mirada que tenía cierto toque de curiosidad, aunque algo empañada por la desconfianza.

—Solo le ruego que no haga ningún tipo de comentario y que se quede muy quieto, tómelo como un experimento. —No volver a hablar sería una

verdadera lástima, sin embargo, la joven siempre soñó con un primer beso perfecto, y el secreto para lograrlo era hacerlo con un caballero que despertara algo en su interior y el único había sido el marqués; tal vez se estaba apresurando, era su segundo baile, pero ya que había reunido toda la valentía existente en ella no se iba a echar para atrás, tenía que aprovechar las oportunidades cuando la vida se las presentara. Siempre cabía la posibilidad de no volver a verlo.

El rostro de Enrique se llenó de terror, esa mujer empezaba a asustarlo con todo lo que decía, no entendía cómo es que podía estar tan tranquila cuando estaba a solas con un hombre y sin nadie que protegiese su reputación y su virtud; por suerte para ella, él era un caballero. Se quedó sin respiración cuando la dama levantó su mano y le dio una ligera caricia en su mejilla, aunque apartó su mano tan rápido que apenas si pudo sentirla. Estaba avergonzada.

—Lady Switlor, será mejor que vuelva al salón, deben estar buscándola y esto está lejos de ser correcto —le dijo en un intento por ayudarla a recobrar la sensatez, pero ella no parecía dispuesta a alejarse.

—¿Alguna vez se ha sentido aprisionado, como si sus opciones fueran limitadas y casi sin esperanza, milord? Porque eso es lo que siento. —Él se quedó sin palabras, no estaba entendiendo absolutamente nada y la cabeza ya empezaba a darle vueltas; la joven estaba demasiado cerca, y todo aquello era muy extraño.

—Creo que no le estoy entendiendo, milady.

—A veces una mujer también merece obtener lo que quiere, aun cuando no dure más que un par de segundos, ¿no son los recuerdos los que se atesoran toda la vida? Después de todo, los hombres tienen toda una vida para hacer lo que gusten, mientras que nosotras debemos limitarnos a oportunidades más bien limitadas. No se mueva. —Enrique aún estaba intentando entender sus palabras cuando Clarence se acercó y cerrando sus ojos posicionó sus labios sobre los suyos, y su mente quedó en blanco de inmediato. El caballero

se quedó de piedra, no sabía qué hacer, la suave presión del inocente beso era muy diferente, empezando porque nunca una mujer había tomado la iniciativa de besarlo.

La dama estaba por alejarse más que satisfecha. Según su conocimiento, eso era un beso, y fue maravilloso, las cosquillas en su vientre eran más que placenteras; era increíble como un pequeño toque podía robarle todo de sí.

El marqués, por alguna extraña razón y contra todo pronóstico, movió su boca tomando uno de sus labios entre los suyos y sintió que su cuerpo temblaba. Besarla era una sensación diferente, pero reconfortante, satisfactoria, cuando menos la imaginó ya tenía una de sus manos aferrada a la curvatura de su cintura mientras que con la otra acariciaba su mejilla y cuello; el joven imitaba sus movimientos y pronto el beso se llenó de pasión y lujuria.

Clawrence se sentía en una nube, volaba tan alto que sintió su cuerpo liviano, como si ella no fuese más que una muñequita. Aquello se sentía tan bien.

Su primer beso fue mucho más excitante y hermoso de lo que alguna vez imaginó. Sentía tanto, pero a la vez no sentía nada, era algo difícil de explicar. Lo único que sabía era que nunca se había sentido tan dichosa, si así eran todos los besos entonces estaba segura de que el día que contrajese matrimonio sería la mujer más feliz del mundo, pero aún tenía mucho que experimentar y mucho que conocer.

Sintió que la mano del caballero se posicionaba en el costado de su busto. No protestó, no se movió; sus temblorosas manos estaban aferradas a su saco, no era capaz de tocarlo.

Un ligero ruido a su espalda la sacó de su ensoñación, se alejó de inmediato y agudizó el oído para descubrir su procedencia, pero entonces la incomodidad la invadió. Él se quedó viéndola fijamente y ella no supo qué decir o hacer. Estaba por pronunciar una disculpa cuando el ruido se repitió. Sin perder el tiempo, levantó la falda un par de centímetros y esquivándolo corrió hacia un pequeño escondite desde donde podía escabullirse de vuelta al

salón, aunque se detuvo justo a tiempo para ver a un caballero acercándose a un marqués estupefacto que en una oportunidad giró intentando buscarla con la mirada, pero ella ya no estaba a la vista.

La joven corrió de vuelta al salón, agradecía conocer cada uno de los rincones de la casa o de lo contrario habría estado en serios problemas. Cuando llegó a la entrada, su madre estaba allí esperándola con los brazos cruzados. Se quedó helada, ¿la habría visto?

—Chelmdendley, ¿qué haces aquí tan solo? —le preguntó su amigo; el conde tenía el ceño un tanto fruncido.

—Solo tomaba un poco de aire, estoy cansado de tantas jóvenes con sonrisas falsas, quería escapar, ya que tú pareces decidido a no querer irte. Tenemos una conversación pendiente. —El conde notó cómo su amigo buscaba algo a su espalda; siguió su mirada, pero no vio nada fuera de lo común.

—Tendré compañía esta noche, he de admitir que tengo una cita romántica, si lo deseas, podemos reunirnos mañana, prometo ir a tu casa antes del almuerzo, con eso me quedo contigo hasta la cena. —Enrique lo miró con un toque de burla; su amigo ya prácticamente vivía en su mansión mientras estuviese en Londres, con el tiempo entendió que intentar echarlo era misión imposible.

—Como quieras. —No quería hablar con él, aún tenía en la cabeza a cierta joven descarada que se atrevió a besarle sin reserva alguna.

—¿Qué te sucedió? Actúas un tanto extraño, siempre dices que tengo mi propia casa para comer. —El aludido sacudió la cabeza, ese día había sido una verdadera locura.

—Nada, todo está bien.

—¿Volverás al salón o prefieres irte a tu mansión? —Enrique suspiró, de lo que menos tenía ganas en ese momento era de irse a ahogar las penas en la soledad de su despacho, además, quería ver a cierta jovencita, aún faltaban un par de horas para que la velada terminase, tal vez podían bailar un poco.

—Estaré en el salón.

## Capítulo 2

El marqués enderezó su espalda e hizo uso de su parte aristocrática para demostrar su elegancia y posición, quería encontrarse cara a cara con la única mujer que había logrado dejarlo sin palabras, anonadado. Nunca pensó que una mujer de buena familia, educada, quien se suponía una dama en todo el sentido de la palabra se hubiese atrevido a besarlo así sin más. Quería pensar que aquello no había sido más que un arrebató y que ella en realidad era una joven inocente. Parecía muy hermosa y dulce como para tener la reputación arruinada. El problema es que volvía al mismo punto, si lo era. ¿Por qué lo besó? ¿Había hecho lo mismo con otros caballeros? No sabía qué pensar al respecto.

Conoció los placeres femeninos desde muy joven, su posición social y económica le facilitaron la vida considerablemente. Nunca le faltaron mujeres dispuestas a complacerlo en el lecho, incluso había tenido una que otra amante protegida, por lo que tenía la fiel convicción de su inmunidad a ellas. Ninguna había logrado y lograría enloquecerlo, ni siquiera compartía con ellas algo más allá que el placer.

El tema de la boda y su deber para con su título era un tanto más complicado. Conoció cada una de sus responsabilidades desde el mismo momento en que sus estudios empezaron. Su padre, antes de morir, se encargó de convertirlo en un noble; el problema era que no deseaba contraer matrimonio, no podía imaginarse compartiendo su vida junto alguien. Estaba

muy acostumbrado y cómodo con su soledad y tranquilidad como para arruinarla con alguien que solo le causara molestias, por lo que los hijos no eran más que una vana y lejana idea que quizás nunca llegase a convertirse en realidad, así que no había tenido la oportunidad de imaginarse con una copia suya corriendo por el césped del jardín trasero de su mansión. Ese era un lugar hermoso lleno de color. Cuando su madre murió, contrató a una persona para que se encargara de mantenerlo. No era amante de las flores, pero siempre había dicho que la belleza estaba en las cosas pequeñas.

Ya una vez en el salón, caminó entre los invitados con total naturalidad a la vez que su mirada se movía con rapidez entre los diferentes rostros buscando uno que estaba seguro de reconocer a pesar de haberlo visto entre sombras.

—Lord Chelmendley, espero que la velada esté siendo de su agrado. —La duquesa se le acercó con su ya habitual sonrisa curvando sus labios. No parecía ser una mujer muy expresiva.

—Así es, lady Beaufort, no podría estar más complacido —respondió con decencia; era la anfitriona de la noche, de seguro debía saber sobre la joven que se encontró en el jardín, el problema es que no tenía idea de cómo abordar el tema sin que parezca un tanto sospechoso. Era su hija, no quería falsas esperanzas de boda.

—Me alegra. —La dama miró a su alrededor con lo que parecían ser nervios y de repente sus ojos volvieron a posarse en él—. Sé que es un poco extraño, pero ¿no ha visto a mi hija? Hace un rato que la perdí de vista. —El caballero casi soltó una carcajada, al parecer no era solo la joven la que actuaba de manera incorrecta, también era la madre. Si de verdad no aparecía la última opción, tendría que preguntarle a un invitado, con más razón si era un hombre.

Estaba por responder cuando la duquesa lo esquivó para dirigirse a algo a su espalda. Lo dejó solo y con la palabra en la boca. Un tanto consternado se giró y la vio tomando de la mano a su hija.

—¿Se puede saber en dónde estabas? Tu padre está a punto de volverse

loco, el conde de Ross tuvo una conversación con él. —La dama suspiró con pesar, se había olvidado de eso.

—Sabes que me invitó a cabalgar —fue lo único que respondió; el beso con el marqués la había dejado tan eufórica que no tenía ni la más mínima intención de permitirle a su madre que le arruinara la noche. Aún podía sentir la suavidad de sus labios sobre los suyos, el temblor que se apoderó de su cuerpo cuando él la tomó por la cintura y por cuello, el cosquilleo de su vientre, sus piernas incapaces de sostener su propio peso. Fueron tantos sentimientos en tan pocos minutos que se sintió en las nubes, y no tenía intención alguna de bajar de allí.

—Entonces, quedo tranquilo, al parecer la dama ya apareció —intervino Enrique trayendo la atención sobre él, aunque solo una mujer fue capaz de verlo a los ojos; la otra cerró los ojos esperando que desapareciera en cualquier momento.

—Oh, lord Chelmendley, de verdad lamento haberlo molestado, me urgía encontrarla y necesitaba toda la ayuda posible. —El marqués encogió ligeramente los hombros.

—No se preocupe, lo importante es que ella ya está aquí. ¿Se encuentra bien, lady Switlor? —Al escuchar que se dirigía a ella, la joven cerró los ojos con más fuerza. Estaba en problemas, no pensó en lo que haría si lo volvía a ver después de haberlo besado de una forma tan descarada. La ignoraba, pensó que todo seguiría igual.

—Clawrence, lord Chelmendley te está haciendo una pregunta. —La aludida conocía lo suficiente a su madre como para saber que, aunque su voz sonaba normal y no parecía estar alterada, estaba furiosa, por lo que no le quedó más opción que tomar una respiración profunda, abrir los ojos y mirar al caballero. Sus mejillas, de inmediato, se tornaron rosadas, su corazón se aceleró y sus manos temblaron.

—Estoy perfectamente, milord, agradezco su preocupación. —El aludido sonrió y continuó hablando sin darle tiempo a la duquesa para intervenir.

—En ese caso, aprovechando que los músicos han empezado a tocar para el siguiente baile, ¿puedo pedirle que me conceda el honor de compartir conmigo esta danza? —No quería darle la oportunidad para pensar en una forma de escapar o negarse y sin prestarle importancia a una duquesa con el rostro lleno de sorpresa. Tomó su mano obligándola a caminar y dejándola perpleja la llevó hasta la pista de baile.

—No debió hacer eso —murmuró la dama al posicionarse y ejecutar los primeros pasos de la contradanza; su corazón estaba a punto de salirse del pecho.

—Si hablamos de aquello que no se debe hacer, deberíamos empezar por sus actos, no por los míos, ¿no cree? Esos sí que son imperdonables. —Ella se puso tiesa, cosa que fue evidente en sus movimientos.

—Alguien podría escucharnos, será mejor que no hablemos —respondió dando por terminada la conversación; ese baile apenas empezaba y ya era el más largo de su vida, pero no se arrepentía, ese fue el mejor primer beso de la historia, superaba todas las novelas románticas que había leído, superó sus sueños y esperanzas, no, no podía arrepentirse de algo tan mágico, maravilloso y perfecto.

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo, pero no puede pedirme que calle y no le haga las preguntas que rondan mi cabeza en este momento, de seguro entenderá la razón de mi curiosidad. —Clawrence, decidida a no dejarse intimidar, fijó la mirada en cualquier cosa que no fuera el marqués. Si imaginaba que era otra persona con la que bailaba tal vez llegara a olvidarlo y a tranquilizarse, solo debía mantener la calma y actuar como si nada, no podía ser tan difícil; el problema era que su cercanía la alteraba de una forma incontrolable, de no ser por eso, su plan sería perfecto.

—Todo sería mucho más sencillo si solo olvidara lo sucedido, así yo podría mirarlo a la cara sin que mis mejillas se coloreen de rojo —argumentó. En uno de los giros, logró divisar a su madre junto a su padre, que parecían estar conversando, pero lo que la puso aún más nerviosa es que no apartaban

su mirada de ella.

—¿De verdad cree que podría olvidarlo? ¿Acaso usted ya lo hizo? Debería tranquilizarse, la gente empieza a mirarnos. Además, creo recordar que a las jóvenes les dicen que las mejillas sonrojadas pueden ser atractivos para los caballeros. —Ella suspiró y asintió; él tenía razón, tenía que tranquilizarse, por lo que relajó el cuerpo y dejó que sus movimientos fluyeran con más naturalidad.

—Le repito, lord Chelmendley, no es el lugar ni el momento, todos se preguntarán sobre nuestro tema de conversación, prefiero dejar el asunto en los recuerdos, allí no le hacen daño a nadie, nos pertenecen. —Cuando se vive en medio de tantas personas y pocas veces alguna de ellas te muestra lo que es el verdadero amor aprendes lo importante que pueden ser los buenos recuerdos, como un par de objetos o una simple sonrisa se puede convertir en un tesoro, y en eso se había convertido su primer beso.

—Hagamos una cosa, lady Switlor, solo por hoy dejaremos la conversación hasta ahí, pero solo por hoy, así que lo mejor será buscar el momento y el lugar indicado para hablar, merezco una explicación después de la forma en que me abordó y me besó. —Clawrence soltó un bufido muy poco femenino al tiempo en que la expresión de su rostro se tornaba de fastidio, cansancio, como si ya hubiese escuchado esas mismas palabras, o eso fue lo que le pareció a Enrique.

—Milord, estoy casi segura de que no he sido la única mujer a la que ha besado, así que no tendría ninguna diferencia. Tengo un hermano, he escuchado como habla de sus amantes con sus amigos, seguro que para un caballero soltero como usted la situación no debe ser muy diferente, un simple beso no tiene importancia alguna. —Varias ideas empezaron a rondar la cabeza del marqués, cada una más increíble y sorprendente que la anterior. ¿Qué clase de mujer era ella? Parecía no interesarle en lo más mínimo si rompía o no alguna norma de etiqueta londinense, lo que aumentaba su curiosidad y deseo por conocerla.

—Debo suponer entonces que esa no era la primera vez que besaba de improviso a un caballero, ¿estoy en lo correcto? —La aludida quedó consternada ante su suposición, por lo que se apresuró a aclarar la situación.

—Se equivoca, era la primera vez que besaba a un hombre —confesó abochornada; cómo le gustaría poder alejarse y no volver a verlo.

—Pues ha sido un honor compartir su primer beso, pero ¿por qué así? ¿Por qué tomar la iniciativa y no esperar a que sea un caballero quien busque tal acercamiento? —La joven se encogió ligeramente de hombros, no iba a explicarle sus verdaderas razones a ese hombre, eso sería aún más vergonzoso.

—Esto es un poco incómodo, así que prefiero guardar la respuesta para mí y dar por terminada la conversación, por suerte, el baile está llegando a su fin —dijo mirándolo directamente a los ojos, pero, desde ese momento, no pudo apartar la mirada. Ninguno parecía tener la voluntad de hacerlo, y el silencio que se apoderó de ellos fue cómodo, placentero, no hubo necesidad de más hasta que las últimas tonadas de la música fueron ejecutadas y no les quedó más remedio que separarse, hacer una reverencia y esperar el próximo encuentro.

Chelmendley la acompañó hasta donde se encontraba su madre y sin que la duquesa lo notara le dedicó una sonrisa llena de complicidad, y una mirada con una promesa oculta. Hizo una reverencia y se alejó.

—¿Cuál era el tema de conversación, Clawrence? Parecían muy entretenidos mientras bailaban —le preguntó su madre mientras la llevaba hacia donde se encontraba el duque.

—El baile y sus gustos, sus aficiones, tal como me enseñaste, madre, actué como si mi atención girase en torno a él, ¿no es así como se conquista un caballero? Tengo toda la intención de complacerte a ti y a padre, conseguiré un esposo adecuado —dijo sabiendo que, con ello, su progenitora quedaría más que complacida. Por suerte, ella no sabía que todo aquello no era más que mentiras. No quería reprimendas ni lecciones, solo quería que la velada

terminase tan rápido como fuese posible para poder correr a su habitación, cerrar sus ojos y recordar cada segundo vivido junto a cierto noble.

El duque de Beaufort estaba conversando con otro caballero por lo que, después de las debidas presentaciones, ella y su madre permanecieron en silencio, tiempo que aprovechó para analizar su alrededor; las jóvenes en edad casadera, todas, sin excepción alguna, siempre llevaban una sonrisa en sus labios, un sonrojo en sus mejillas y una posición esbelta, elegante, imponente. No parecían hablar mucho y se limitaban a escuchar a su acompañante, fuese cual fuese; se suponía que ese debía ser su actuar ahora que había sido presentada en sociedad y en el mercado matrimonial, y aunque en su momento pensó que complacer a sus padres y a la sociedad no sería tan difícil, ahora que lo veía desde afuera le parecía un tanto deprimente tener que pasar la vida entre las sombras complaciendo a otros.

Desde que tenía memoria, fue educada para asentir y obedecer, pero no le enseñaron cómo reprimir sus ideas y apropiarse de la de los otros como si fueran las propias, porque claro, la inteligencia femenina era peligrosa. ¿Qué sería de ella si no lo lograba? Quería un esposo e hijos, ser una solterona no estaba entre sus posibilidades, solo debía encontrar a alguien que la aceptase tal cual, que no le exigiera cambiar.

El conde de Ross conversaba con otra joven en ese momento. No la conocía, pero era hermosa y por su mirada parecía muy dulce. Ese mismo caballero la invitó a pasear, si de verdad lo deseara, debería sentir algo al verlo junto a otra mujer, rabia, curiosidad, celos, algo, pero no sucedió nada, solo no le importaba. No sabía mucho del amor, pero estaba segura de que ese no podía ser el comienzo de un sentimiento tan poderoso. Sabes que es amor cuando no necesitas mucho para temblar de pies a cabeza, para que se te acelere el pulso, para enloquecer en cuestión de segundos. Su mirada llegó hasta el marqués.

—Clawrence, hablé con el conde de Ross —dijo su padre llamando su atención y trayéndola de vuelta a la realidad. Sus ojos volaron hasta el duque.

—Supongo que su conversación giró en torno a su invitación —su padre asintió.

—Así es, pidió mi permiso no solo para llevarte a cabalgar mañana sino también para cortejarte, y yo accedí. Es un buen hombre, todo un caballero, así que quiero que te tomes el trabajo de conocerlo. Si lo crees conveniente y él realiza alguna propuesta, tendrás un excelente esposo y protector. —La joven solo sonrió y asintió, no tenía mucho que decir ante tal comentario.

La velada continuó en total tranquilidad, compartió un par de bailes más con varios caballeros y aprovechaba cada momento que podía para moverse entre la casa y escabullirse hasta la biblioteca o el balcón un par de minutos; le gustaba la soledad. En varias ocasiones se cruzó con Chelmendley mientras caminaba por el salón, pero mantuvieron su lugar lejos del otro, aunque las miradas furtivas nunca faltaron. La dama no quería ni imaginarse cómo sería la conversación si llegaban a encontrarse en un lugar más privado que les diera la libertad de hablar sin reservas. Ojalá aquello no llegase a suceder.

Cuando el baile llegó a su fin, ella prácticamente corrió hasta su habitación, donde su doncella la ayudó a prepararse para dormir. En tiempo récord, se puso su camisón y peinó su cabello color dorado. En cuanto la dejó sola, tomó su diario personal y escribió todo lo que vivió durante esa noche; estaba segura de que nunca podría olvidar absolutamente nada de todo lo que vivió y sintió, pero como todo aquello le parecía un sueño, escribirlo era lo único que de cierta manera lo convertía en realidad.

Si alguien le hubiese dicho que con un solo acto se puede llegar a tocar el cielo con las manos de seguro que no lo habría creído, y es que no sabía cómo más definirlo. Eran tantos sentimientos, pensamientos; si algún día llegaba a tener una hija se aseguraría de enseñarle lo importante que eran los recuerdos. Le enseñaría a arriesgarse, a no tener límites ni limitantes, a vivir la vida al máximo, a no tener que preocuparse por nada, a conseguir lo que se deseara, De aquello nunca llegaría a arrepentirse, así como ella no lo haría.

Había algo especial en el marqués, algo que la impulsó a hacer la locura

más grande de su vida. Aún no estaba segura de qué era aquello que tanto la atraía a ese guapo caballero; no eran sus características físicas porque a pesar de ser verdaderamente apuesto, no sería difícil encontrar un hombre de cabello claro, ojos azules y facciones perfectas; tampoco era su título, conocía duques, su padre podría encontrarle uno como esposo, además, un marqués ocupaba uno de los lugares más altos en la jerarquía inglesa; no se trataba de su dinero, porque aunque en alguna oportunidad escuchó de su padre que el hombre en cuestión poseía negocios bastante fructíferos que acrecentaban sus arcas, ella no era de las mujeres que buscaban comodidades y lujos, entonces ¿qué era?

Una vez que todo lo vivido y sentido quedó plasmado para la eternidad en el papel, dejó el cuaderno sobre la pequeña mesa junto a su cama, se recostó y cubriéndose del frío cerró sus ojos y dejó que su mente volara junto a quien tanto deseaba.

## Capítulo 3

Enrique llegó directamente a su biblioteca y se sirvió un gran trago con whiskey; había sido una noche de lo más interesante, él era testigo de la teoría por la cual aseguraban que un hombre teme al matrimonio al sentirse acorralado por una dama. Cuando se está tan acostumbrado a la libertad, no puedes pedirle que se amarre a una persona, y es que aunque él bien podía mantener la misma vida de mujeriego, tenía una hermana, sabía el dolor que podía causar en una fémima una traición, por lo que si llegaba a sentar cabeza sería con alguien a quien pudiese considerar, al menos, una amiga.

El tema de lady Switlor era distinto: ella no buscaba cazarlo porque, así como lo besó, bien podría haber maquinado todo un plan para hacerle una encerrona, pero tampoco se alejaba de él por la falta de interés, solo no sabía qué pensar del beso que compartieron.

Sentir sus labios sobre los suyos fue de las más dulces y delicadas caricias que había experimentado, claro estaba que ninguna de las mujeres a las que había besado eran nuevas en el asunto, cosa que fue más que evidente en la joven. Fue su primer beso, no tenía duda alguna, así como estaba seguro de que nunca podría olvidarlo.

Clawrence Switlor era una mujer con belleza incalculable, solo necesitaba ver el azul de sus ojos, el dorado de sus cabellos, el rosado de sus labios, la porcelana que tenía por piel, su delicada pero marcada figura que curvaba su cuerpo, la suavidad de su toque, la dulzura de su mirada era casi que perfecta

y había logrado llamar su atención. ¿Por qué él? Necesitaba respuestas y estaba dispuesto a buscarlas; su título, influencia, posición y dinero no le enseñaron negativas, le habían mostrado posibilidades.

El cansancio lo venció obligándolo a subir hasta su habitación, pero antes de dormir se prometió a sí mismo encontrar el momento y elaborar un perfecto plan para conversar con la dama sin consecuencias no deseables como un matrimonio.

—Hoy quiere que estés más bella que en la velada de ayer si es que eso es posible. No olvides ser muy agradable y poner en práctica todo lo que te he enseñado, seguro que un poco de fina coquetería con tu gran belleza será la perdición del conde. El traje de montar color azul te irá perfecto, combina con el color de tus ojos y realza tu claro y brillante cabello, además que beneficia tu figura. Ponle ese, Carlota —le ordenó la duquesa a la doncella cuando esta se encargaba de preparar a su hija para ir a montar con el conde de Ross, quien llegaría a buscarla en poco más de una hora.

Clawrence, ante la emoción de su madre, prefirió guardar silencio. Por una parte, entendía su emoción, no había pasado mucho tiempo desde su presentación en sociedad y el conde era el primer pretendiente que tenía y el primero que podía terminar convirtiéndose en su esposo; desde que despertó, su progenitora la atosigó tanto con el tema que se vio obligada a desayunar y almorzar en la soledad y tranquilidad de su habitación.

Tal como la mujer indicó, su doncella le puso un lindo y elegante traje de montar color azul claro; era hermoso, decorado con flores blancas sobre la tela, sombrero y guantes a juego. El tono era muy parecido al de sus ojos y también era su favorito.

Conocía sus deberes como dama perteneciente al mercado matrimonial. Un esposo de buena posición social y con dinero suficiente para mantener una estabilidad económica, después, limitarse a proporcionar un heredero y lucir bella y presentable siempre. Sus padres no fueron especialmente malos con ellos, se limitaron a ignorarla toda la vida, a ella y a sus hermanos. Aprendió a

disfrutar de las pocas oportunidades en las que se sentía en familia, ya que ellos estaban más preocupados por ser los grandiosos duques de Beaufort, y su relación era más parecida a la de un par de amigos que a la de verdaderos amantes y compañeros de vida, por lo que le enseñaron a aspirar a ello cuando de un esposo se tratase, en pocas palabras, le enseñaron a conformarse con poco, con no más de lo justo y necesario.

Una vez que terminaron de prepararla, admiró su reflejo en el espejo durante un par de segundos; lucía muy hermosa.

—Ahora solo sonríe, ilumina tu rostro. —Sus labios se curvaron en una pequeña y delicada sonrisa que efectivamente llenó de vida su rostro; estaba lista para conquistar al conde, con un poco de suerte terminaría siendo la condesa de Ross y sus preocupaciones serían más bien limitadas.

El conde llegó a su casa a las tres de la tarde sobre un hermoso caballo de pelaje oscuro. Tal como prometió, ella le pidió llevar su propia yegua por lo que para ese momento el lacayo ya la tenía lista al igual que la calesa en la que los seguiría su doncella que cumpliría su obligación como carabina además de llevar una canasta con un poco de comida para disfrutar durante el paseo. Una vez que el lord saludó al duque, salieron rumbo hacia Hyde Park manteniendo un trote rítmico y lento, lo que les permitía mantener una conversación amena y agradable sin necesidad de levantar la voz.

—Es usted una excelente jinete, lady Switlor, debió tener un excelente instructor, maneja el animal a la perfección —la dama asintió y acarició el cuello de Storm, su linda yegua gris, y el único regalo que le había dado su padre.

—Se lo agradezco, es una de mis actividades favoritas como bien creo haberle hecho saber la noche anterior durante baile que compartimos, ¿lo recuerda? —el aludido asintió.

—Así es, lo recuerdo, y le aseguro que no lo olvidaré para la próxima vez que salgamos a dar un paseo y tal vez la lleve a mi casa de campo, tengo un criadero de caballos, de los mejores que puede imaginar, seguro que le

agradará verlos, los vendo a otros lores y oficiales del ejército, y cuando llegue el momento de tener hijos les enseñaré a disfrutar de ellos tanto como lo hago yo. —Clawrence, por un momento, se imaginó cómo serían sus hijos; tal vez un apuesto pequeño de ojos verdes y cabello claro o tal vez una pequeña mujer de ojos azules y cabello castaño aprendiendo a montar cuando apenas sabían caminar.

—Eso suena grandioso, momentos como esos son los que no se olvidan. Yo nunca olvidaré el día en que mi padre me regaló a Storm. —Eso fue hace cuatro años y tenía el propósito de mitigar su dolor luego de la muerte de su pequeño perro Malvavisco, la mascota que la había acompañado durante su niñez; fue la única muestra de cariño de su parte, y era una de sus posesiones más preciadas.

—Suena grandioso; antes de irme a la universidad mi padre me dedicaba al menos una hora al día para salir a cabalgar por nuestra casa de campo, solíamos hacer carreras, ver quién montaba primero y le daba la vuelta al terreno en menos tiempo; cuando empecé a estudiar lo hacíamos durante las vacaciones, pero murió hace poco más de seis años. Quiero tener los mismos recuerdos con mis hijos, quiero que cuando muera me recuerden con alegría y amor —confesó con una sonrisa en sus labios; eso sonaba mucho mejor de lo que ella alguna vez tuvo junto a sus padres. Parecía ser un gran hombre, un caballero y un grandioso posible esposo.

—¿Tiene usted hermanas? —preguntó la joven esperando saber cómo sería él si sus hijos no fueran varones; todos sabían que, para cualquier lord, una hija no era más que un insufrible gasto.

—Así es, tengo tres hermanas y un hermano, una de ellas tiene su misma edad, aunque no son hijas de mi madre, ella murió al darme a luz; padre se casó un par de años después y me dio cuatro hermanos. Él fue el más feliz de todos, no solo de tener el título asegurado con otro en la línea de sucesión sino además con tres hijas que lo llenaron de amor —dijo con un ligero tono de admiración y felicidad—. Si entiendo bien la razón de su pregunta, permítame

decirle que sí, yo amaría a mis hijos por igual sin importar si es mi heredero o mi pequeña dama —comentó con dulzura, cosa que le agradó a la joven.

—Yo tengo un hermano, aunque no he compartido mucho con él.

—Es que no todas las familias son como la mía, somos caballeros y damas en todo el sentido de la palabra, sin excepción alguna. —Clawrence lo miró con una falsa sonrisa; la arrogancia había vuelto.

—Eso suena maravilloso —fue lo único que pudo responder ante su comentario bastante fuera de lugar. Cosas como esas oscurecían sus cualidades, no soportaba tanto ego en una sola persona.

—Padre siempre dijo que pocos eran merecedores de pertenecer a nuestra familia, de ahí que me hizo prometerle que mi esposa debía ser un ejemplo a seguir entre las mujeres de la sociedad, debe ser mi dama. —La joven se quedó sin palabras, según sus dichos, quería una esposa que luciera como la perfección en persona, solo eso, nada de inteligencia o dulzura, solo faltaron un par de segundos para que la decepción se apoderara de ella; esperaba mucho más de él, pero por lo visto era tan superficial como todos.

Por suerte, estaban bastante cerca del lugar acordado en el que disfrutarían de las onces que traía su doncella un par de pasos atrás, por lo que se ahorró una respuesta. Bajó de su caballo y le dio las riendas al lacayo que acompañaba su doncella en la calesa; él se apresuró a amarrar al animal a una rama cercana, la de ella y la del lord. Clawrence tomó la cesta, sacó la manta y la puso sobre el césped junto con las galletas y los panecillos que había en el interior de esta. Se sentó y acomodó su falda de forma tal que esta no se arrugara mucho y no se vieran más que la punta de sus zapatos, como toda una señorita.

El conde tomó asiento frente a ella y empezó un largo discurso de sus muchas cualidades, tanto personales como aristocráticas, apenas si le daba oportunidad para hacer uno que otro pequeño comentario que no consistiera en más de cinco palabras. No llevaba muchos minutos ahí cuando ya estaba deseosa por volver a casa.

—¡Lord Chelmendley! Qué grata sorpresa verlo por aquí, no creí que fuera de los que salen a pasear por Hyde Park sin compañía —dijo una dama a espaldas de la joven con una voz tan fuerte que fue inevitable no oírla, pero solo escuchar su nombre causó un cosquilleo en su cuerpo y una loca necesidad por ver si efectivamente se trataba de él, por lo que aprovechando que lord Ross estaba demasiado concentrado en algo sobre un negocio que llevaba entre manos, giró su cuerpo con delicadeza y lentitud de una forma muy sutil, solo lo suficiente para que sus ojos pudiesen buscar al marqués sin necesidad de ser muy evidente, y no necesitó de mucho esfuerzo para lograrlo; ahí estaba él, tan elegante con ese pantalón azul oscuro, camisa blanca y saco beige montando un imponente caballo negro.

—La soledad es muy provechosa cuando se tienen deseos de pensar o meditar, debería intentarlo algún día, milady, de seguro lo disfrutaría —respondió él; cómo no escucharlos si estaban prácticamente a su lado, aunque el marqués no parecía haber notado la presencia de la dama.

—Oh, entonces supongo que no es el momento de ofrecer mi compañía. — La mujer en cuestión era una condesa viuda muy conocida por el gran número de amantes que habían pasado por su cama; era fácil reconocerla con aquel escandaloso vestido que usaba ese día, seguro que un mal movimiento podría dejar al descubierto cierta parte de su anatomía femenina. Para Lawrence fue inevitable no mirar su busto esperando que este se hallara correctamente resguardado bajo su ropa, y así era.

—Tal vez en otra ocasión. —En ese momento lord Chelmendley giró su rostro y la joven, ante el miedo de ser vista, hizo un brusco movimiento que llamó la atención de su acompañante, pero no solo la de él, sino también la de cierto jinete que sonrió al reconocerla.

—Milady, ¿se encuentra bien? —preguntó el conde interrumpiendo su monólogo.

—Estoy bien, lo lamento, es solo que me pareció ver un gusano en el césped y me asusté, pero ahora puedo ver que no era más que una pequeña rama caída

—soltó levantando una pequeña y delgada rama; su madre siempre dijo que los caballeros ansiaban una dama a la que cuidar, seguro que parecer una mujer asustadiza ayudaba en su labor.

—Si gusta podemos volver a su hogar, una vez allí tomaremos un poco de té y continuaremos con nuestra conversación —ella asintió, lo que menos quería era encontrarse frente a frente con Chelmdendley. El conde se puso de pie, le tendió la mano y la ayudó a levantarse; su doncella recogía la manta y las sobras de la comida cuando los interrumpió el caballero de quien tanto ansiaba huir.

—Lord Ross —dijo Enrique acercándose a la pareja y haciendo una pequeña reverencia al conde y luego a la dama, movimiento que ella imitó.

—¡Chelmdendley! Qué placer volver a verlo. Lamento no haber tenido oportunidad de conversar con usted la velada anterior —dijo Ross a modo de saludo mientras que ella no se atrevía ni a levantar la mirada, tenía los ojos fijos en una pequeña flor blanca que crecía entre el inmenso verde del césped.

—Una verdadera lástima. Lady Switlor, me alegra verla de nuevo. ¿Cómo se encuentra el día de hoy? —Al verse siendo el centro de atención no le quedó más opción que levantar el rostro y sonreír a los caballeros que la observaban esperando respuesta.

—Me encuentro muy bien, milord, agradezco su interés —respondió con gracia. Enrique no tardó en notar que ya estaban guardando todo aquello que habían llevado con ellos y que el sirviente que los acompañaba se acercaba con sus caballos. Para él fue inevitable lanzar una mirada llena de diversión hacia la joven; aunque hacía solo un par de segundos que había notado su presencia, estaba seguro de que no hacía mucho que habían llegado, por lo que algo le decía que su paseo había sido abruptamente interrumpido por alguna extraña razón que ya creía saber cuál era.

—¿Puedo unirme a su trayecto? Espero que aún no estén pensando en volver, hace un día maravilloso y el sol está en su mejor punto. —Aunque su comentario iba dirigido a ambos, su mirada seguía curiosamente fija en la

joven.

—Lamento informarle que ya volvíamos a casa. Lady Switlor sufrió un percance con una rama y prefiere volver a la comodidad de su hogar, se llevó un buen susto y deseo que se sienta cómoda, tal vez sea en otra oportunidad — comentó el conde arrebatándole al sirviente las riendas del caballo de la dama y llevando el animal hasta ella; Clawrence era perfectamente capaz de montar por sí sola, el problema es que en el proceso su falda podía subirse más de lo debido, por lo que fue su doncella quien se encargó de ayudarla. Ross la imitó y, una vez arriba, a modo de despedida, inclinó su cabeza hacia el caballero que no parecía tener la más mínima intención de alejarse y dejarlos emprender el rumbo.

—Quiero pensar que una rama no pudo haberla alterado, milady, no parece de las que se asustan con facilidad; sin embargo, espero que se encuentre en perfectas condiciones, y como el caballero que soy no me gustaría que sufriera ningún percance durante camino, así que prefiero acompañarla, después de todo, yo voy a visitar a un amigo y casualmente debo tomar la misma ruta. — El conde le lanzó una mala mirada, aclaró su garganta y llamó la atención de la dama acercándose a ella de manera protectora.

—No tiene de qué preocuparse, es mi deber llevarla sana y salva junto a su familia, le aseguro que a mi cuidado ella estará en perfectas condiciones. Fue un simple susto, no implica un peligro para su vida. —La voz de Lord Ross salió un tanto áspera, había fallado en el intento por ocultar la rabia que le provocó su comentario, como si él por ser un conde no fuese un caballero.

—Tranquilícese, Ross, mi único deseo es proteger a la dama y comprobar con mis propios ojos su bienestar porque no sé si está enterado, pero el duque de Beaufort y yo tenemos negocios en común, además que el hermano de la joven es un gran amigo, no me lo perdonaría si algo sucediese, no hay que desestimar los efectos de lo que usted llama “un simple susto”. Y me queda de camino. —Clawrence lo miró como si se hubiese vuelto loco; sus palabras eran una completa ridiculez, no había peligro alguno, por lo que las razones

para insistir en acompañarlos debían ser otras, y eso sí la llenaba de terror.

Al conde, por mucha rabia que la decisión del duque le provocase, no le quedó más opción que aceptar su compañía y olvidarse de conversar un poco con la dama. La quería como esposa, era una mujer educada y de buena familia, con una excelente dote y además parecía ser agradable, estaba seguro de que ella era lo que necesitaba para mantener a su madre contenta y tranquila. Le daría el heredero que tanto quería y sería libre de tener la amante que deseara sin tener que estar sufriendo con los largos discursos de su madre por no cumplir con sus deberes para con el título familiar; ella era aún de lo que fue su padre antes de morir y lo preparaba para heredar sus posesiones y obligaciones.

Ya habían emprendido la marcha y la joven era quien la lideraba seguida de cerca por el duque y el conde. Aunque este último mantenía cierta distancia, no parecía tener deseos de permanecer cerca del caballero.

—Espero que el trayecto esté siendo agradable para usted, cualquier dama estaría mucho más cómoda en la calesa junto a su doncella que andando sobre el caballo, si gusta podemos parar y cambiar de transporte —ella negó. Su cuerpo estaba rígido, en tensión, le costaba respirar con normalidad y sus manos tendían a temblar, nunca se había sentido tan incómoda haciendo algo que tanto le gustaba: cabalgar.

—No debe preocuparse por mi comodidad, su gracia, disfruto mucho de cabalgar y para mí no hay nada mejor que esto, lo prefiero incluso a ir en una cómoda calesa o carruaje, es mucho más relajante y me ayuda a pensar. —Él se acercó un poco más aprovechando que el tamaño de la calle se lo permitía.

—Algo un tanto extraño en una dama de su posición, pero no por ello es menos sorprendente y se puede decir que hasta gratificante, aunque tales gustos y actitudes no deberían de parecerme extrañas en usted, aún no he podido olvidar nuestro último encuentro, esa noche sí estuvo llena de verdaderas sorpresas. —La aludida se tensó aún más, como si aquello fuese posible, y su cabeza se movió de un lado a otro deseando que nadie estuviese lo

suficientemente cerca como para haber escuchado su imprudente comentario.

## Capítulo 4

—Le ruego que no se vuelva a repetir tal cosa, cualquier persona podría escucharlo, malinterpretarlo y con un solo comentario mi reputación estaría arruinada. Mi actuar siempre ha sido el correcto. —El duque soltó una pequeña y disimulada sonrisa un tanto burlona, y él que pensó que su día sería de lo más aburrido y monótono.

—Entonces, ¿cómo explica sus actos? —La hija del duque agradeció de sobremanera que no especificara ni el día, ni el acto en cuestión, ni el momento, ni el lugar, gracias a ello si alguien notaba su conversación y era consciente de sus palabras era imposible que entendiera o se hiciera alguna idea del tema y la gravedad de este. Ahora entendía que debió pensárselo mejor antes de besarlo, pero es que nunca imaginó que sus caminos se cruzarían con tanta insistencia.

—Seguro que en algún instante de su vida ha sentido deseos de hacer algo que llenase su pecho de ansias. Bien, pues yo tenía curiosidad y justo en ese momento usted hizo acto de presencia, era mi mejor opción. —Él se estiró un poco hasta tomar las riendas del caballo de Clawrence y lo jaló obligándolo a detenerse y a ella a mirarlo, necesitaba que le respondiera una pregunta con sus ojos fijos en los propios y poco le importaba si con ello llamaba la atención de todos aquellos que transitaban por allí.

—¿Quiere decir que fue una clase de experimento que bien pudo haber hecho con cualquier otro caballero? Porque según lo que me dan a entender

sus palabras yo solo fui el elegido por casualidad.

La joven, sintiéndose entre la espada y la pared, dejó salir su mejor sonrisa.

—Se lo agradezco, milord, pensé que perdería el control del caballo —dijo en voz alta obligándolo a soltar las riendas, pero en sus ojos podía ver que no se daría por vencido y obtendría una respuesta a como dé lugar, pero ¿cómo decirle que con solo verlo quedó embelesada y a la primera oportunidad que tuvo prefirió aprovecharla y disfrutar del primer beso que siempre soñó? Sonaba un tanto ridículo aun para ella.

—¿Esa es su respuesta, eludir mi pregunta como si nunca hubiese sido formulada? Me da la opción de pensar en muchas posibilidades y le aseguro que cada una es un tanto más deprimente que la anterior. —Ella ya estaba cansada, no podía creer que se atrevía a tanto, ¡estaba poniendo en peligro su buen nombre!

—Si gusta una respuesta le aseguro que se la daré, pero no aquí ni ahora, no pienso arriesgarme a ser escuchada, podemos vernos en el lugar que guste, solo dígame la hora y haré lo posible por hacer acto de presencia. —Enrique no podía estar más complacido con la idea de hablar con ella con tranquilidad y privacidad, sin peligros, así no tendría excusa alguna para negarse a hablar; le encantaba la idea.

—Perfecto, estoy de acuerdo. Por lo que recuerdo de las tardes que pasé en su casa jugando con su hermano creo recordar que el jardín es bastante amplio... —Clawrence frunció el ceño y lo miró confundida.

—No sabía que usted era amigo de mi hermano, aunque ese fue uno de los argumentos que usó con el conde para argumentar su decisión de acompañarnos —comentó interrumpiéndolo.

—Cuando eso sucedió usted era apenas un bebé por lo que es entendible que no lo recuerde, sin embargo, sí, de niños fuimos amigos hasta que mi padre decidió llevarme a vivir a la casa de campo de la familia. Ahora, si me permite continuar, creo recordar que hay una zona bastante tupida con árboles y ya que lo que más deseamos es privacidad —dio una rápida mirada a su

alrededor cerciorándose de no ser escuchado, además que notó con cierto placer que Ross parecía un tanto aburrido y los separaban un par de metros de distancia—, la veré allí a las 10 de la noche —la joven negó.

—Milord, espero que no me esté pidiendo que me escape de mi casa para ir en su encuentro en plena noche y en medio de la oscuridad —comentó incrédula; eso solo aumentaría los de por sí ya enormes nervios que atravesaban por su cuerpo al saber que estarían a solas. ¿Se volverían a besar algún día? Prefería no pensar en ello.

—De hecho, lady Switlor, es justo eso lo que le estoy pidiendo. — Dejándola sin la oportunidad de hacerle entender lo impropio e indebido que era el encuentro en cuestión, solo aceleró el trote de su caballo hasta quedar justo en frente; era imposible continuar con la conversación, hasta el más discreto notaría la impertinencia de sus actos. Estaba en serios problemas.

No tardaron mucho en llegar a la mansión de los duques. Ambos caballeros bajaron de sus monturas y acompañaron a la dama hasta una de las salitas para el té, pero esta, arriesgándose a sonar grosera, se disculpó alegando un fuerte dolor de cabeza y se retiró tan rápido como pudo rumbo a su habitación obligándolos a irse; en su defensa, tenía los nervios muy alterados como para poder fingir sonrisas y actuar como si solo fuese una muñeca cuando lo único que quería era gritar. Sintió que la respiración se le cortaba, que el aire no entraba en sus pulmones, todo a su alrededor daba vueltas, le costaba mantenerse en pie y su cuerpo no le respondía, solo fue entrar para caer como piedra sobre su cama.

Cerró sus ojos e intentó calmarse temiendo perder la conciencia en cualquier momento. En cuanto recuperó los movimientos de sus brazos, como pudo y aprovechando que el cierre del vestido estaba por el frente, se deshizo de él con lentitud y torpeza; el corsé era un poco más complicado, le costó trabajo soltar los listones que lo ajustaban a su cuerpo, pero lo logró. Quedó con no más que su ropa interior.

Al recuperarse por completo, se levantó y fue hasta su tocador, varios

broches ya se habían caído, ella solo terminó de quitar los pocos que aún quedaban dejando que su cabello cayera libre por su espalda en unas suaves ondas color dorado claro; su nana decía que era el color del sol: brillante, sedoso, hermoso, deslumbrante. Observó su reflejo en el espejo detallando cada una de sus facciones; siempre se sintió muy alegre y cómoda con su físico, se sentía hermosa, el problema fue que no aprendió a tener seguridad en sí misma por lo que tampoco se creía con el poder de conquistar el corazón de un hombre como el marqués, un caballero en todo el sentido de la palabra, poderoso, con una gran riqueza y presencia; solo necesitaban verlo para generar respeto. Estaba segura de que para él no existía otra opción para el matrimonio más que un acuerdo por conveniencia y su padre se interesaba tan poco en ella que no le importaba con quién se casaba o si simplemente no lo hacía, entonces, ¿qué se suponía que haría durante el encuentro con Chelmdendley? Porque estaba decidida a asistir.

Se quedó muy quieta analizando la situación. Deseó tener de nuevo a su nana, ella siempre le dio los mejores consejos de su vida, eran como madre e hija, o así fue hasta que la duquesa notó la gran cercanía entre ellas y sin darle explicación alguna solo la despidió y la alejó de la joven tanto como pudo, nunca más la volvió a ver, ya eran ocho años sin ella. Francisca la habría ayudado, pero estaba completamente sola.

Faltar a la cena era una opción, pero su madre se lo prohibió años atrás, así que llamó a su doncella quien la ayudó a ponerse un bonito y elegante vestido de muselina color rosa claro. No tenía ánimos de recoger su cabello por lo que lo dejó con un pequeño broche con pequeñas piedras planeadas brillantes que hacían juego con un delicado brazalete que decoraba su mano. En el comedor, igual que todos los días no había más que silencio e incomodidad, pero para la duquesa el cambio de la joven fue más que evidente.

—Hija, ¿cómo estuvo tu paseo con lord Ross? Vi que llegaron acompañados del marqués de Chelmdendley. —Las palabras de lady Beaufort la tomaron por tanta sorpresa que el cubierto cayó de su mano causando un

gran estruendo y ganándose una mirada reprobatoria por parte de su padre.

—Lo lamento. Fue un paseo agradable, madre, cuando decimos volver nos encontramos al marqués por el camino y este decidió acompañarnos ya que su destino le quedaba de camino; llegué un poco casada así que preferí quedarme en mi habitación el resto de la tarde —explicó e intentó ser concisa y clara. Su madre la observaba con curiosidad mientras que su padre no apartaba la mirada de su plato.

—¿Y consideras al conde como un buen partido para esposo? Porque de ser así podemos invitarlo a tomar el té o incluso a cenar. —El duque de Beaufort tenía un extraño acuerdo con su esposa: ella se comportaba como toda una dama tal como lo exigía su posición y él cumplía todos sus deseos económicos y sociales; nunca discutían porque el único momento en que estaban juntos era durante la cena y apenas si compartían un simple saludo; eran como un par de conocidos que decidieron tener hijos para cumplir con sus deberes, incluso los conocidos compartían mucho más tiempo que ellos. En casos como esos, él se limitaba a asistir al evento fuese cual fuese y comportarse.

—No lo sé, madre, no tuvimos oportunidad de charlar mucho sobre cosas personales, la conversación fue más bien banal, habrá que esperar para ver cómo se dan las cosas.

—Es muy sencillo, Clawrence, si quieres un hombre lo atrapas a como dé lugar, como mujer tienes muchas armas que puedes usar a tu favor, necesitas un matrimonio conveniente con un caballero que no te obligue a pasar por necesidades y mucho menos que cambie el estilo de vida que has llevado hasta ahora, si necesitas consejos o ayuda no dudes en pedírmelo, yo estaré feliz de ayudarte. —Ella solo sonrió y asintió sin pronunciar palabra alguna, cosa que desilusionó a la dama, pero no insistió.

—Esta noche puedo arreglármelas sola, gracias, Saray, puedes retirarte —le dijo a su doncella una vez que pudo subir a su habitación; la hora estaba cada vez más cerca y necesitaba paz, soledad y tranquilidad para llenarse de valentía.

—Como ordene, milady, solo no dude en llamarme si me necesita —la joven asintió, y la doncella se retiró cerrando la puerta tras de sí.

Tomó asiento en un pequeño sofá cerca de la ventana desde donde tenía una vista perfecta al lugar del jardín en el que se daría el encuentro, o por lo menos a los altos y frondosos árboles que lo bordeaban. Los nervios y la ansiedad la estaban matando. Prefirió no cambiarse, solo tomó una capa negra que la cubría en su totalidad, lo cual era perfecto ya que el color de su vestido podía llamar la atención en medio de tan oscura noche.

Cuando la hora se acercaba, se puso la capa y salió de su habitación silenciosamente. Sus movimientos era medidos, limitados, cuidadosos; usó las escaleras del servicio, ya que no podía usar la puerta principal ni la del patio, en cualquiera de los casos sería muy sencillo ser descubierta por lo que tomó una pequeña salida por la que se iba a los establos, por allí solo solía permanecer el mozo de las cuadrillas a quien por suerte no se encontró, y mucho más fácil de lo que imaginó ya estaba a tan solo un par de metros del lugar acordado.

Se acercó al primer árbol que se topó en su camino, se apoyó en este, miró el cielo y respiró profundo, no podía creer que estuviese haciendo semejante locura, después de esa noche no volvería a acercarse a lord Chelmendley, estaba decidido. Continuó su camino hasta el centro del lugar, conocía muy bien el espacio, de pequeña le fascinaba corretear por allí imaginando que era un bosque encantado lleno de maravillas, extrañezas y tesoros. Era un pequeño prado con flores blancas que cubría el verde del césped, fue inevitable no agacharse un poco para tomar una de ellas.

—No sabe cómo me alegra que al final haya decidido venir, pensé que me dejaría solo —dijo Enrique haciendo acto de presencia sobresaltándola hasta el punto de soltar la delicada flor.

—No tenía muchas opciones, supongo que le debía una explicación —respondió con la soltura más mal fingida que hizo en su vida y se agachó para tomar la misma flor.

—Quítese el sombrero de la capa, aunque la luna me permite verla apenas si distingo sus ojos, ya que vamos a hablar me gustaría verlos. —La joven, con manos temblorosas, descubrió su rostro tal como él le pidió dejando a la vista su cabello suelto y su mirada baja; morirse de los nervios era poco para lo que sentía en ese momento. Sería sincera y se iría tan pronto como terminase de hablar, estaba decidido.

—Prefiero ir directo al punto, debo volver a mi habitación cuanto antes, ya que no quiero que noten mi ausencia. El beso que le di fue más como un experimento, vera, cuando lo vi me pareció un hombre muy apuesto, muy guapo y caballeroso, siempre soñé con que mi primer beso sería especial, digno de ser recordado, algo que le pudiese contar a mis hijos si es que algún día llego a tenerlos, y cuando decidí escabullirme del salón para descansar un poco de la multitud me lo encontré a usted en el jardín, lo único que hice fue aprovechar el momento y cumplir un deseo, lo besé, pero le aseguro que es algo que no volverá a suceder, lo que menos quiero es atrapar a un hombre que no desea ser cazado, no tengo intenciones de buscar un matrimonio no deseado, quiero que mi unión a un hombre sea un deseo mutuo —confesó sin reservas ansiosa por correr, no podía estar abochornada; sus mejillas estaban de un rojo vivo y ardiente, necesitaba escapar, volar de ser posible, en definitiva, necesitaba huir.

Enrique se quedó sin palabras, le gustaba su actitud, no se fue con rodeos ni con respuestas cortas y poco específicas, prefirió decirlo todo en un solo discurso, palabras que fueron dulces, atrayentes.

Se quedó en un completo silencio durante tanto tiempo que ella dio por terminaba la conversación, por lo que tomó la falda de su vestido dispuesta a girar e irse por el mismo camino que tomó para la llegada, pero pronto fue retenida cuando su acompañante la agarró del brazo impidiéndole moverse y obligándola a mirarlo una vez más. Se quedó prendada de sus ojos, fue como un hechizo.

—Ya que compartimos la sinceridad, me permito preguntarle, ¿Ross cumple

con ese perfil de esposo? —Clawrence frunció el ceño; qué cambio de tema más fuerte.

—Lord Ross es una persona muy agradable, pero me es imposible decir si busca o no un matrimonio, apenas si tuvimos una pequeña charla esta misma tarde en Hyde Park, durante el baile solo compartimos una pieza; como bien le dije, necesitaré más que eso para saber si puedo considerarlo un posible esposo. —Movi6 su brazo un tanto desesperada pero este no fue liberado, no solo sentía el hormigueo que le causaban sus dedos rodeando su piel sino que era plenamente consciente de su cercanía, de su olor a menta, los pequeños toques de miel en el verde de sus ojos, sus espesas pestañas, sus labios delgados, el pequeño y apenas visible lunar que poseía en el ment6n...

—En ese caso, aunque no parezca necesario seg6n los requisitos que debe cumplir un caballero para ser considerado parte de su lista de pretendiente, me veo en la penosa obligaci6n de dejarle muy en claro que no tengo la m6s m6nima intenci6n de casarme. Eso s6, le ruego que no lo tome personal, es algo que no deseo ni con usted ni con nadie, adem6s que puedo decir que no creo que nos volvamos a encontrar en un lugar tan íntimo y privado. Le pido disculpas si mis palabras son un tanto fuertes, pero prefiero dejar todo por lo claro, lo que menos quiero son corazones rotos. —Aquellas palabras la enfurecieron, la estaba rechazando de la forma m6s vil y agresiva posible; era un completo imb6cil, y si antes tenía alguna duda de si volverían a hablar, ahora estaba m6s que segura de que no se le volvería a acercar.

Lo oblig6 a soltarla sacudiendo su brazo con fuerza, di6 un paso atr6s, sac6 pecho y lo observ6 con esa mirada altiva, poderosa y llena de valentía que no sabía que tenía, y fueron esos ojos los que dejaron sin habla al marqués, quien despu6s de vivir por muchos ańos con su hermana Emily, una mujer alegre que no conocía límites, sorprenderlo es casi imposible, pero ella lo logró, veía ese mismo esp6ritu aventurero y revolucionario que hizo de su hermana la mejor mujer del mundo. Le encantaba aunque cada una lo mostrara de forma distinta.

—Si eso es lo que le preocupa, pues pierda cuidado, puedo jurarle que no

volveré a acercarme a usted, ni siquiera para saludarlo, me limitaré a hacerlo desde la distancia. Me complace informarle, lord Chelmendley, que usted no es el tipo de hombre con quien desearía compartir mi vida. —Una vez más dio media vuelta dispuesta a recoger los pocos pedazos que le quedaban de dignidad y volver a la seguridad de su hogar, pero no alcanzó a dar más que un par de pasos cuando ahí estaba él, interrumpiendo su camino y ubicándose frente a ella—. ¿Qué desea, milord? Debo volver a mi habitación —soltó furiosa.

Enrique no tenía muy clara la respuesta a esa pregunta, él también quería saber qué había motivado tal movimiento, pero no se arrepentía, se limitaba a actuar conforme iban avanzando los segundos.

—¿Le han ofendido mis palabras?

—No, pero le repito, debo volver a mi hogar. —La seriedad acompañaba su delicada voz, fiel muestra de su carácter; era una mujer fuerte que cuando se sentía en peligro era capaz de defenderse y lo hacía sin límites ni problemas, siempre pensando solo en su bienestar, después de todo, casada o no, creció en medio de la soledad y algo le decía que siendo la esposa de algún caballero aquello tampoco acabaría.

—Ya está aquí, podemos conversar un poco, ¿no le parece? Yo solo quiero conocerla un poco —la joven negó.

—Que tenga buena noche, lord Chelmendley, espero no tener que volver a verlo en un futuro próximo. —Hizo una perfecta reverencia que bien reflejaba la excelente educación que le costó su padre, pero cuando estaba por esquivarlo y continuar con su camino, tomándola por sorpresa, el marqués la agarró por la cintura y pegó su cuerpo al de él uniendo sus labios en un delicado beso que apenas empezaba.

## Capítulo 5

Clawrence se quedó de piedra, él la estaba besando. Le costó volver a la realidad y fue gracias a que el marqués empezó a mover sus labios con delicadeza y lentitud acariciando los suyos uno a la vez, tomándose su tiempo en cada uno de ellos hasta que de repente empezó a explorar con su lengua; ella estaba en medio de un hechizo, no hizo más que elevar sus brazos, posicionarlos sobre sus hombros, acariciar su cuello y el nacimiento de su cabello y devolverle el beso con el mismo fervor y entrega con la que él se estaba entregando.

Durante varios segundos o minutos fueron uno solo, conectados por algo más que sus labios. Sus corazones latían de forma unísona y se unían en una sensual danza, cada experiencia en brazos del otro era aún mejor que la anterior, decir que se sintieron volar llevándolos más allá cielo era poco, pero al sentir que Enrique movía una de sus manos hasta el costado de uno de sus senos recordó como hacía tan solo un par de segundos ese mismo hombre que parecía ser un caballero acababa de rechazarla de la forma más cruel y poco delicada posible y aun así le estaba permitiendo que la besara de esa forma, casi que se estaba entregando a él en esa caricia, a alguien que no lo merecía. Solo tuvo que recordar aquello para tener la voluntad de poner las manos sobre su pecho y empujarlo con tanta fuerza como pudo para alejarlo.

—Le ruego, lord Chelmendley, que no vuelva a hacer tal cosa, supongo que entenderá la razón de mi rechazo, y si aún la desconoce permítame ilustrarlo:

no solo me dejó más que claro que no le intereso en lo más mínimo sino que me pidió que no me acercara a usted, bien pues ahora soy yo quien se lo pide, no quiero que se me acerque. —Estaba furiosa, cosa que él notó con solo ver las llamas en sus ojos, y sorprendentemente, le encantó.

No la detuvo cuando ella empezó a caminar rumbo a la mansión, se limitó a observar el movimiento de sus caderas, pero cuando lo creyó conveniente la siguió a una distancia prudente para comprobar con sus propios ojos que llegara en perfectas condiciones. Una vez que la vio cruzar una pequeña puerta a la que llegó después de atravesar los establos, se quedó observando la gran cantidad de ventanas esperando ver alguna pista de cuál era su habitación y, cuando empezaba a perder la esperanza de descubrirlo, vio que una de ellas se abría unos pocos centímetros, lo suficiente para ver sus delicadas manos.

No supo cuánto tiempo se quedó allí, mirando el cristal que cubría y protegía a la dama, quería entender qué era lo que lo atraía a ella.

Sintiendo ya que el cansancio tomaba posesión de su cuerpo, a paso lento fue hasta donde su caballo pastaba con tranquilidad, lo desamarró, subió sobre el animal y emprendió la marcha a todo galope. Gracias a la gran velocidad a la que iba y a sus grandes habilidades como jinete no cayó y no tardó más que un par de minutos en llegar a su mansión, algo que no podía hacer muy seguido en Londres por la gran multitud de personas que recorrían sus calles, ya sea caminando, en carruaje, calesa o caballo.

Desde joven tenía la costumbre de tomarse un buen trago antes de dormir, pero esa noche en especial no se sentía con ánimos para perderse en el color ambarino del líquido. Subió directo a su habitación, se deshizo de su ropa y se recostó boca arriba. Decidido a no matarse la cabeza pensando en cosas que no valían la pena, como aquella atrevida y descarada señorita de ojos claros. Lo correcto era olvidar el asunto y seguir con la vida que estaba acostumbrado a llevar, la de un libertino que gozaba con plenitud de sus posibilidades, porque si de algo estaba seguro era de que él no era el adecuado para ninguna dama y Clawrence Switlor no era la dama adecuada para él.

—Lady Switlor, me gustaría que el día de mañana me acompañe a mi mansión, me gustaría presentarle a mis hermanas, la mayor está casada con el conde de Weseex desde hace tres años y se encuentra en cinta, espera su primer hijo; la siguiente fue presentada en sociedad dos años atrás y en este momento se encuentra comprometida con el vizconde de Portman, la ceremonia se realizará dentro de un mes; la menor aún no ha sido presentada en sociedad, faltan cuatro años para ello. Será un verdadero placer contar con su presencia durante la cena. —Habían pasado dos días desde el encuentro con el marqués, días en los que había preferido permanecer en casa negándose a salir de su habitación; estuvo tan inmersa en sus libros y su pintura como le fue posible, aunque era mejor si nadie veía lo plasmado en sus lienzos o ahí sí estaría en serios problemas.

—Será un verdadero placer acompañarlos, milord, me siento muy alagada de haber sido invitada, espero agradecerles a sus hermanas, tal vez terminamos siendo grandes amigas —el conde asintió complacido seguro de que el encuentro en cuestión sería perfecto para continuar con su idea de cortejar a la dama.

—Perfecto, entonces mi carruaje la recogerá a las 6 de la tarde, ¿le parece bien? —ella asintió, estaba planeándose la posibilidad de un matrimonio con el conde; era una gran opción.

—Estaré lista a la hora indicada, se lo aseguro. Milord, esperando no sonar imprudente, ¿puedo hacerle una pregunta? —Ese día estaban tomando el té en el jardín de los padres de la joven; los duques de Beaufort habían sido invitados por la duquesa y ella había desaparecido misteriosamente dejándolos con la única compañía de dos sirvientes que se encargaban de atenderlos, pero estos permanecían a una distancia prudencial, tenían cierta intimidad en su conversación, cualquiera diría que era el momento propicio para coquetear con todas las de la ley, pero no, todo seguía tan normal, soso y aburrido como lo era siempre.

—Por supuesto, siéntase en la libertad de hacer la pregunta que guste, yo

con todo el placer del mundo estaré encantado de complacerla. —El caballero se esmeraba mucho por complacerla en cada cosa que ella le pedía, tanto que llegaba a tornarse un tanto abrumador, y con tristeza tendía a recordar que aquello terminaría una vez se casaran, si es que llegaban al altar; sin embargo, nada bueno dura, mucho menos las atenciones de un hombre, esas terminan una vez que consiguen lo que quieren.

—Creo recordar que usted, además de sus tres hermanas, tiene un hermano, pero él no es muy nombrado por aquí en Londres, ¿puedo saber por qué? Es algo curioso y extraño, a pesar de no haber heredado el título tengo entendido que el difunto conde le dejó una muy buena herencia con parte de sus negocios. —El conde no pudo evitar demostrar la incomodidad y molestia que le causaba su curiosidad, aunque que pensaba reprimir esa cualidad de ella en cuanto tuviera la oportunidad, era demasiado entrometida para su gusto y placer, pero al menos así cumpliría con su deber de casarse con una buena dama y empezar a trabajar en su heredero, después hasta podría concentrarse de lleno en su amante, porque sí tenía una.

—Así es, está usted en lo correcto, tengo un hermano llamado Luis y es un año menor; efectivamente, mi padre le dejó una propiedad en el campo, una acá en la ciudad y un negocio prospero, pero nunca le gustó Londres, madre siempre dijo que tenía alma de salvaje por lo que pasa sus días en su casa de campo, solo viaja a la ciudad cuando es necesario e imposible de eludir. Es poco lo que puedo decirle sobre él, nunca tuvimos una relación especialmente cercana, en otras palabras, mientras a mí me preparaban para el título, él disfrutaba —Lawrence asintió comprendiendo sus palabras y solo pasaron un par de segundos para sentirse morir del aburrimiento; ambos miraban a su alrededor como esperando encontrar un tema de conversación en común, algo que les resultara interesante, tanto como mantener la atención del otro.

—¿Le gusta el arte, milord? —preguntó como última forma de escape.

—Debo admitir que no soy muy amante de ello, ¿por qué pregunta? —ella llamó a uno de los sirvientes y le susurró una orden; la mujer salió casi

corriendo y al regresar tenía un cuaderno en sus manos.

—Desde pequeña centré mis estudios en la pintura y el piano, en especial la pintura, no importa la técnica mientras implica retratar algo que mis ojos ven en el papel o el lienzo; este cuaderno es el que siempre llevo conmigo. —Lo abrió en una de las hojas y en el blanco del papel estaba plasmada una flor pintada a blanco y negro con un acabado y detalle que habría sorprendido y maravillado a cualquiera, menos a él, el conde de Ross no sabía apreciar el trabajo y esfuerzo de otros que no fueran él mismo.

—Tiene usted un gran talento —fue lo único que comentó, y sus palabras estaban llenas de cierto desdén y desagrado; por instinto, llena de rabia, ella casi que arrancó su cuaderno de sus manos y se puso de pie.

—¡El tiempo se pasa volando cuando se está disfrutando de la compañía! Lamentándolo mucho debo ir en busca de mi madre, prometí prepararnos juntas para la velada de esta noche y como bien sabe la promesa a una madre debe ser cumplida pase lo que pase, el tiempo apremia, espero tener el placer de verlo esta noche. —Hizo una reverencia y se movió tan rápido que no le dio tiempo de responder, ni siquiera de reaccionar; era grosero hacer tal cosa con un invitado pero la joven no podría aguantar por mucho más tiempo su indiferencia y falta de emoción.

Parte de la información era cierta, debía prepararse para un baile, no estaba segura en dónde o en casa de quién, pero aún era muy temprano para tal cosa y nunca aceptaría la compañía de su madre. En cuanto tuvo oportunidad, corrió a su habitación por unos carbones y con su cuaderno en mano fue hasta los establos, pidió que le ensillaran su caballo y salió tan rápido como pudo hasta aquel lugar oculto entre los árboles que, aunque le traía muchos recuerdos, todos eran placenteros, no tenía queja alguna y seguía siendo su lugar favorito. En cuanto llegó se dejó caer sobre el césped, buscó una hoja en blanco y empezó a pintar el hermoso paisaje frente a sus ojos, la majestuosidad de los árboles, la fuerza y resistencia de su tronco, la pureza y delicadeza de las flores, la vida.

En algún momento terminó pasando la hoja y con el movimiento de su mano y los suaves trozos del carboncillo pintó el rostro que llevaba atormentando sus lienzos desde hacía un par de noches. Antes de darse cuenta ya tenía el rostro del marqués estampado en el papel.

El ruido de un caballo la puso alerta, lanzó una mirada a su yegua, pero esta continuaba pastando en total tranquilidad tal como hacía desde la última vez que la había mirado, y Storm debía conocer al intruso o de lo contrario no estaría tan tranquila, por lo que pensó que bien podía ser un sirviente que le traía un mensaje, pero su teoría rápidamente desapareció al ver a su hermano acercándose a ella.

—Has vuelto —dijo ella a modo de saludo cerrando su cuaderno y poniéndose en pie; su falda tenía césped y estaba un tanto arrugada por lo que la sacudió.

—Así es, mi esposa está indispuesta esta noche y madre me llamó para que las acompañara a la velada en casa del conde de Warrington, ya que padre no tiene deseos de ir. Cuando llegué a la mansión y no te encontré, supe que estarías aquí, ya te saltaste la cena. —El heredero la miró con diversión, aunque nunca tuvieron una relación especialmente buena, él siempre se esmeró por salvarla y protegerla cuando su institutriz se enfurecía al no encontrarla en la biblioteca estudiando como era debido, de alguna forma se las ingenió para encontrar su escondite secreto y en varias oportunidades iba en su caballo a buscarla y llevarla de vuelta.

—Espera, la velada es en casa de los condes de Warrington, la condesa es hermana del marqués de Chelmendley, ¿o estoy equivocada? —su hermano negó acercándose, tomando asiento y ayudándola a tomar el espacio a su lado.

—No te equivocas, estás en lo correcto.

—Pero ella se casó hace muy poco, pensé que estarían en su viaje de bodas —comentó un tanto más nerviosa. No quería volver a verse con lord Chelmendley y de asistir a la velada eso sería casi imposible de evitar, pero era su culpa, su madre leyó la invitación frente a ella y le hizo prometerle que

asistiría antes de enviar una carta confirmando su asistencia, lamentaba no haber prestado atención a sus palabras.

—No tengo respuesta para eso, no conozco la razón por la que no hicieron su viaje de bodas, solo sé que debemos estar allí en un par de horas y que si te pones a pintar vas a perder la noción del tiempo y tendrás muy poco tiempo para prepararte, pero antes de irnos, escuché que Ross te está pretendiendo. — Ella soltó un suspiro y asintió, escuchar eso tendía a deprimirla, y pensar que él podía convertirse en su esposo lo empeoraba todo.

—Así es, mañana iré a cenar a su casa y conoceré a sus hermanas. —Él se giró y la miró directamente a los ojos.

—Ross no es el hombre para ti, Claw, es lo único que puedo decirte, lo conocí en la universidad y sé la clase de persona que es, no quiero que tu vida futura esté llena de tristeza, te mereces mucho más. —No eran cercanos, llevaron vidas muy diferentes y rara vez tuvieron la oportunidad de conversar como un verdadero par de hermanos, pero tampoco eran enemigos, solo eran un par de personas que no tuvieron la oportunidad de conocerse y llevarse como los hermanos que eran, aunque tal vez ahora que él estaba casado y ella estaba a punto de casarse aquello podía cambiar.

—¿Por qué lo dices? —preguntó extrañada.

—Porque lo conozco, porque es un hombre que no sabe valorar lo que tiene, que solo sabe números, comodidad y placer propio, pero yo me haré cargo de él. —Su hermana estaba por preguntarle a qué se referiría cuando de repente él se puso en pie, la tomó de las manos y la ayudó a levantarse—. Vamos, tienes que prepararte. —La ayudó a subir a su caballo y en medio de risas hicieron una pequeña carrera hasta los establos.

Antes de subir a prepararse, su hermano le consiguió un par de panecillos, galletas, fruta y vino que calmaron su hambre; eso de no asistir a la cena y no pedir que le subieran la comida no había sido una buena idea.

Su doncella le preparó un baño y se encargó de escogerle lo que usaría esa noche. Le puso un poco de lavanda en la piel, su esencia favorita, y le hizo un

delicado recogido que dejaba parte de su cabello cayendo en lindas y delicadas ondas sobre su hombro derecho con pequeñas flores blancas adornándolo, perfecto para el vestido que usaría ese día pues este dejaba al descubierto sus hombros y tenía una pequeña manga baja, además que el color era un tono entre el azul y el verde, con un par de detalles en encaje blanco y guantes a juego. Su madre siempre tuvo un muy buen gusto en cuanto a joyas y moda, era la dama que cumplía a la perfección con su papel de duquesa de Beaufort.

El duque se sentía indispuerto por lo que se acomodaron los tres en el carruaje. Jonathan se sentó junto a su hermana mientras su madre iba frente a ellos; el trayecto a casa de los condes fue más bien tranquilo y silencioso, la joven recostó su cabeza en el hombro de su hermano y se permitió cerrar los ojos para disfrutar del balanceo del carruaje. El camino se le hizo tan corto y cómodo que se le tornó bastante placentero y agradable, era como si no estuviese a punto de encontrarse con cierto hombre despreciable.

El rechazo del marqués aun cuando ni siquiera estaba intentando conquistarlo le dolió mucho más de lo que le gustaría admitir, y después de eso que se atreviese a besarla como lo hizo solo era como poner el dedo en la llaga para aumentar su agonía; era un imbécil, un completo idiota y no quería volver a acercarse a él en ninguna circunstancia, aun si con ello debía quedarse toda la velada en la esquina de las solteronas.

Al llegar, su hermano las llevó del brazo hasta la entrada en donde fueron recibidos por los condes de Warrington. Ella era una hermosa dama en todo el sentido de la palabra, que tenía bastante parecido con su hermano; el conde era un caballero que solo necesitaba mirarlo para ver el amor que tenía hacia su esposa. Ver tanto amor era algo realmente extraordinario.

—Lady Switlor, es un placer conocerla, espero que la velada sea de todo su agrado; ¿conoce a mi hermano, el marqués de Chelmendley? —El hombre apareció frente a ella con su ya habitual elegancia.

—Ya conozco a la dama, Elyse. ¿Cómo ha estado, Switlor? No sabía que

había vuelto a Londres —dijo saludando primero a Jonathan.

—He estado un poco ocupado con mi esposa, no se ha sentido muy bien últimamente, pero quería volver a ver a mi hermana, a mi padre y a mi madre, así que decidí volver y aproveché para acompañarla esta noche, sobre todo a Clawrence ahora que puede terminar casándose en cualquier momento. —Él miró a la dama, tomó su mano entre sus dedos y a la vez que ella hacía una reverencia, Enrique dejaba un pequeño beso en el dorso de esta.

—Milady, me alegra ver que goza de excelente salud. —La joven se limitó a sonreír incapaz de pronunciar alguna palabra.

—Espero verlo en otra oportunidad, Chelmendley. Vamos, Claw, si no consigues pareja para el primer baile será un verdadero placer ser el primer afortunado en acompañarte en una danza, creo que nunca lo hemos hecho —comentó a su hermana, pero se vio siendo interrumpido por Enrique.

—De hecho, lady Switlor, ya que su hermano nombra el asunto, me gustaría pedirle que me conceda el primer baile de la velada.

—Ella estará encantada —respondió su madre que hasta el momento se había mantenido al margen de la conversación dejándola sin palabras y casi que sin respiración.

## Capítulo 6

—¿Hay algo entre Chelmandley y tú que yo deba saber? —preguntó Jonathan a su hermana claramente intrigado al ver el interés del caballero que en cierto momento fue su amigo al invitar a bailar a su hermana. Lo conocía lo suficiente como para saber que aquello no era normal en él, era más bien de los que preferían quedarse en la sala de juegos o conversando con algún caballero que le pudiera traer algún beneficio o con quien hacer un buen negocio; no era de los que buscaban una esposa, era de los que la compraban.

Clawrence sintió que sus manos empezaban a temblar de repente y su corazón se aceleraba como si fuera a todo galope sobre su caballo, necesitaba encontrar la excusa indicada para volver a casa lo más pronto posible, de solo pensar que por su madre no tenía más opción que bailar con el marqués se sentía desfallecer.

—No, por supuesto que no, lord Chelmendley no es más que un conocido, compartimos un baile durante la velada que realizaron nuestros padres en casa la noche anterior, pero no hablamos más que de los demás invitados, supongo que pidió mi primer baile por cuestión de educación o compromiso. —Su actitud llamó la atención de su hermano; ella no parecía precisamente tranquila hablando del caballero en cuestión, quizás no la conocía lo suficiente, pero sí sabía diferenciar entre su actitud normal y cuando estaba presa de los nervios.

—Bien —fue lo único que respondió, no solo porque no le parecía correcto entrometerse en la vida privada de su hermana sino porque no tenían la

suficiente confianza para hacer tal cosa y ella era de las mujeres más inteligentes que conocía, estaba seguro de que ella sabría elegir al hombre indicado para compartir su vida, pero eso sí, de llegar a necesitarlo, haría todo por su pequeña Claw.

Para Jonathan fue curioso que no se encontraran al conde de Ross. Aunque recorrieron todo el salón y saludaron a gran parte de los invitados, un caballero interesado por una dama es capaz de asistir a todas las veladas con tal de mantener la esperanza por verla y conversar un poco, un argumento más que apoyaba su teoría de que un matrimonio con ese hombre era muy mala idea y si de él dependiese no lo permitiría. Debía hablar con su padre, debía convencerlo de delegarle el trabajo de encontrarle esposo a ella, solo así tendría voz y voto a la hora de elegir y podría asegurarse de que fuera una buena elección; era una mujer muy buena y dulce como para estar obligada a llevar el mismo estilo de vida que llevaba su madre siendo duquesa.

Se quedó cerca de ella durante todo el protocolo y el inicio de la velada. Su hermana se aferraba con fuerza a sus brazos como si de su único polo de salvación se tratase.

—Cuando la música empiece a sonar no podrás quedarte a mi lado y lo sabes, ¿a qué le temes? Confía en mí, si no me lo dices no puedo ayudarte. — La dama sentía que los nervios iban en aumento y que en cualquier momento terminaría cayendo desmayada, pero cuando estaba por hablar y confiar en el único hermano y ser humano que parecía dispuesto a escucharla, se acercó el marqués dispuesto a reclamar el baile prometido.

—Lady Switlor. —Le tendió su mano dispuesto a llevarla a la pista de baile; Jonathan intentó detenerlo y hasta pensó en una excusa, pero su madre actuó mucho más rápido que él.

—Vamos, baila conmigo, hijo mío, espero ser lo suficientemente hermosa y joven para merecerlo. —Al próximo duque de Beaufort no le quedó más opción que ceder la mano de su hermana y tomar la de su madre, eso sí, no estaba dispuesto a perderla de vista y de ser necesario intervendría sin

importarle causar un escándalo.

—Quiero pensar que no está huyendo de mí, milady —dijo Enrique moviéndose al compás de las primeras notas de una contradanza. Fue muy consciente de la forma en que evitaba su mirada e incluso su toque cuando se vieron al darle la bienvenida, algo que le provocaba un extraño sinsabor en el pecho; esa no era la joven atrevida y arriesgada que conoció en aquel jardín en medio de la oscuridad que les proporcionaba la noche, y estaba deseoso por volver a tener en frente a esa mujer.

—Lo que usted piense o deje de pensar lamento informarle que no es de mi interés, milord, y será mejor que centremos la atención en el baile. —Su voz era fuerte y seria, sin delicadeza ni intento por agradarle, algo que logró hacerlo sonreír.

—¿Por qué? Creo que disfrutar de una dulce y tranquila conversación durante los próximos minutos que estará en mis brazos no es una idea que me disguste, todo lo contrario, se podría decir que me resulta agradable por no calificarlo con otra palabra, aunque como bien se lo expuse en una ocasión, no creo que usted sea de las que se escandalizan con facilidad. —Para el momento en que terminó de hablar ya ella tenía la vista fija en él, y sus ojos estaban llenos de incredulidad; el problema es que su atención se quedó en la mitad de sus palabras.

—¿En sus brazos? Me disculpa, lord Chelmendley, si llego a sonar un tanto grosera y poco respetuosa, pero yo no estoy entre sus brazos ni me interesa estarlo, esto no es más que cumplir con mi deber como dama al verme imposibilitada a rechazar su invitación —declaró con fuerza, tal vez con demasiada teniendo en cuenta la ceja elevada de su acompañante y la diversión en su mirada.

—Tiene usted una forma muy interesante de expresar sus sentimientos, ¿puedo preguntar por qué después de besarme sin reserva alguna se atreve a aseverar que no desea estar cerca de mí? —Ansiaba ponerla entre la espada y la pared. Con las pocas oportunidades que había tenido para interactuar con

ella, descubrió que solo se atrevía a actuar sin reservas cuando se sentía en libertad y en confianza, ambiente que pensaba proporcionarle solo por tener el placer de ver esos altaneros, desafiantes y atrevidos ojos.

—Le ruego, milord, que no traiga a mi mente recuerdos que me llenan de terror y vergüenza, son actos de los que le aseguro me arrepiento y no tengo la más mínima intención de recordar y mucho menos repetir. —En su larga vida, Clawrence no imaginó que tendría una discusión parecida con alguien que solo la había rechazado después compartir con él su primer beso. Su vida parecía haber enloquecido y su tranquilidad desaparecido después de haber tomado la decisión de seguir sus deseos e instintos sin recordar sus deberes como dama. Tantos años de clases de comportamiento se perdieron en menos de cinco minutos por un beso con el hombre, sin duda alguna, equivocado.

—Nunca llegué a pensar que mis labios le provocarían tanto recelo y hasta puede decirse que asco, o eso no pareció provocarle la última vez que los probó. —Las mejillas de Clawrence se tornaron rosadas, demasiado como para poder disimularlo.

—¿Es que usted olvida que ese tipo de comentarios en lugares tan públicos pueden ser perjudiciales no solo para mi reputación sino también para su libertad como soltero? —Estaban siendo demasiado imprudentes; estaban en medio de un salón lleno de personas más que dispuestas a difundir todo chisme que estuviera a su alcance, en especial ciertas mujeres que hacían llamarse damas solo por poseer un título.

—Siempre he pensado que las mejores decisiones de la vida se toman de improviso, no sería extraño que un día me levante y decida comprometerme a como dé lugar con la primera mujer con quien baile, y adivine que, usted fue la primera. —El cuerpo de la joven entró en tensión y sus movimientos se vieron claramente limitados.

—Esto es una broma y una de muy mal gusto, ¿verdad? No se atrevería a hacer tal cosa, yo no deseo casarme con usted al igual que usted no desea casarse conmigo, ¿o debo recordarle que usted me dejó muy claro ese asunto?

—Es mi deber casarme con una dama de alcurnia y buena familia que me acompañe por el resto de mi vida y me proporcione hijos y herederos, ¿no es ese el deber de todo caballero? —Ella, asustada, aterrada, negó con la cabeza, no podía ser cierto—. ¿Sabe algo, lady Switlor? Desde esa noche en la que me besó no he dejado de pensar en usted, siempre supe que quería a mi lado una mujer con fuerza capaz de imponerse y cumplir con sus deseos sin limitaciones. Le repito, las mejores decisiones no deben pensarse mucho, a veces solo hay que actuar. —No hacía mucho que había empezado la velada y Clawrence ya estaba desesperada por irse, solo faltaban un par de minutos para que el baile terminase, poco le importaba lo que diría su hermano o su madre, pero ella tomaría el carruaje y se iría a casa.

—Milord, creo que usted se está confundiendo o ha bebido demasiado alcohol. —Sus movimientos marcaban el final de la danza; Enrique solo necesitó ver cómo los ojos de su acompañante buscaban desesperados a su madre y hermano para saber que estaba a punto de salir corriendo.

—Milady, la espero en el balcón del lateral derecho en exactos quince minutos. Le aconsejo que se presente o le aseguro que soy capaz de ir a buscarla y no quiere saber cuál sería el desenlace de tal encuentro. —Lady Switlor tembló de terror, ¿en que se había metido? ¡Ese hombre estaba demente! Tenía que alejarse de una vez por todas y para siempre o terminaría en serios e irreversibles problemas que cambiarían su vida para siempre.

—No, mi respuesta es y será no, no estoy dispuesta a acceder a encuentros furtivos sean en el balcón, en el jardín, en la biblioteca o en donde sea, no puede amenazarme de esa forma, no es un acto digno de un caballero.

—A veces se deben olvidar las normas, seguro que usted entiende de eso, milady. Ahora, usted decide, formamos un escándalo aquí, en medio del salón, o mantiene una conversación conmigo en la tranquilidad del balcón en donde le aseguro no tiene nada que temer. —Clawrence nunca había sentido tantas ganas de acabar con alguien a golpes de una forma lenta y dolorosa, lo odiaba, no había más que decir, lo odiaba con todas las fuerzas de su corazón. No

podía creer que él, quien hacía tan solo un par de días le había pedido que no se volviera a acercar porque no le interesaba en lo más mínimo, ahora la estuviese amenazando de la forma más vil y cruel posible; estaba en muy serios problemas.

—Bien, estaré allí en quince minutos, pero no le daré más que dos, después de eso me iré. —Los pocos minutos que quedaban se limitaron a mirarse como si de una batalla se tratase esperando encontrar la forma que atacar al otro, por ello, una vez la música se detuvo y ambos realizaron la debida reverencia no pronunciaron palabra alguna, sino que se alejaron tanto y tan rápido como les fue posible.

La joven dama, mientras buscaba a sus familiares, pensó en huir del salón. Si se iba ya no tendría oportunidad de ingeniarse una encerrona comprometedora, pero no fue capaz, no era una cobarde y no iba a permitir que ese estúpido marqués la creyera débil.

Enrique fue hasta donde se encontraba su hermana, la tomó de la mano y la llevó hasta una de las esquinas más alejadas y completamente solitaria del salón. ¿Por qué estaba haciendo todo eso? Aún no lo sabía, pero de lo que sí estaba más que seguro era de que no quería detenerse. Tomó una decisión que nada ni nadie podría cambiar, ni siquiera el terror ante la idea de una unión eterna y para llevar a cabo su plan necesitaba aliados, seguro que de llegar a arrepentirse sería mucho tiempo después de disfrutarlo, vivirlo y acostumbrarse a lo que sería su nueva vida como hombre casado.

Tenía a su hermana a la vista cuando se detuvo de golpe y meditó sus actos, estaba a punto de cambiar su vida por completo por lo que parecía ser un simple capricho, un interés momentáneo en una mujer que primero dejó sin palabras y luego lo ignoró como si de cualquiera se tratase y el beso que ella misma le dio no hubiese significado nada. ¿De verdad era ella la mujer que quería a su lado o solo se estaba dejando llevar por la curiosidad y calentura? Por primera vez en su vida estaba verdaderamente nervioso, pero como bien se lo dijo a ella, las mejores decisiones se toman sin pensárselo demasiado,

así que arrepentirse ya no era una opción y sí tendría la oportunidad de volver a disfrutar de la actitud de la joven.

—Elyse, necesito que me hagas un favor, quiero que en exactos veinte minutos vayas al balcón del lateral derecho y que lleves contigo a cuanta persona puedas, debes entrar sin avisar. —La condesa lo miró confundida y con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué estás planeando, Enrique? Qué favor más extraño el que me estás pidiendo, ¿qué intentas ocultarme? —preguntó desconfiada. Nunca había visto a su hermano en actitud parecida, lucía nervioso y mucho más misterioso de lo que acostumbraba, además que no solía pedirle ese tipo de favores, es más, nunca solía pedirle nada y justo en ese momento le pedía algo tan extraño que no sabía qué pensar al respecto.

—Dime una cosa, Elyse, ¿quieres que yo sea feliz y cumpla mis deseos más profundos? —Ella, mucho más confusa que al principio, movió su cabeza de arriba abajo de forma afirmativa, quería ver en qué terminaba todo aquello—. Bien, entonces en ese caso te limitarás a seguir mis instrucciones sin hacer preguntas. —Dio media vuelta dejándola sin la posibilidad de hacer una pregunta o comentario alguno, solo pudo ver cómo se alejaba y se perdía entre la multitud.

—¿Qué pasa, amor? —Su esposo la tomó por la cintura llamando su atención.

—Enrique está planeando algo que no sé qué tan bueno es y necesita mi ayuda para llevarlo a cabo, pero no me quiso decir sobre qué se trataba, eso me preocupa. —Su amado acarició su rostro obligándola a mirarlo; amaba esa dulce mirada.

—¿Crees que puede perjudicar a alguien? No creo que tu hermano sea del tipo de persona que busca el mal de otros. —Ella se perdió en su sonrisa y el amor de sus ojos.

—Yo tampoco lo creo, así que supongo que necesitaré de tu compañía en aproximadamente diecinueve o dieciocho minutos en el balcón del lateral

derecho —el conde asintió antes de robarle un pequeño beso. Ya estaban casados, seguro que podían perdonarles un par de caricias en público, además que apenas empezaban a vivir su amor, aún tenían mucho que experimentar.

El marqués se moriría de los nervios. Ya no aguantaba esperar sentado en alguna esquina o fingiendo conversar con alguna otra persona, ni siquiera un vaso con whiskey podría calmar sus ansias por lo que sus pasos lo llevaron hasta la entrada de aquel anhelado y ansiado lugar que marcaría un nuevo comienzo en su vida. Corroboró que nadie lo viera entrar, de nada serviría ser descubierto solo, prefería esperar un par de minutos más antes de llamar la atención de los invitados, al menos su hermana tendría una primera velada como anfitriona sin duda inolvidable, aunque algo le decía que su método no sería del todo bien recibido.

Desde que el primer baile terminó, Clawrence no había dejado de ver la entrada al balcón, por lo que vio el momento exacto en el que Chelmendley entró.

—Si no te sientes bien podemos volver a casa, pareces distraída —opinó la duquesa de Beaufort al notar la mirada perdida de su hija y el constante movimiento de sus manos, fiel muestra de sus nervios.

—Estoy bien, madre, no tienes de qué preocuparte. —Esas palabras fueron más para sí misma que para su progenitora. No tenía de qué preocuparse, todo estaría bien, nada tenía por qué salir mal, sería solo un rápido y fugaz encuentro en el que daría fin de una vez por todas a lo que fuera que los estuviese uniendo y que de paso estaba acabando con su cordura.

Aún no había pasado el tiempo acordado para el encuentro, pero bien sabía que él ya estaría allí esperándola, así que lo mejor sería acelerarlo. Cuanto más pronto se vieran, más pronto terminaría su pesadilla y su vida volvería a la normalidad.

Dio varias vueltas por el salón para despistar a todo aquel que pudiese darse cuenta de sus movimientos. Cuando encontró el momento adecuado, se escabulló hasta la puerta y la cruzó tan rápido como pudo. Una vez fuera tomó

aire mientras rogaba al cielo que nadie la hubiera visto. No se atrevió a mirar hacia el frente, sus ojos estaban fijos en la luna y la gran cantidad de estrellas que brillaban en las alturas.

—Podrías mirarme, así no me sentiría tan ignorado —dijo Enrique con una voz suave dándole a conocer cuál era su ubicación; estaba recostado en el barandal de piedra justo frente a la puerta.

—Milord, debo volver al salón cuanto antes, no quiero que mi hermano o mi madre noten mi ausencia, así que le ruego que sea directo y me diga cuál es la razón por la que prácticamente me obligó a venir a verlo. —Su espalda permaneció pegada a la puerta manteniendo tanta distancia como le era posible.

—¿Por qué tanto afán? No es necesario correr. —Su voz permaneció igual de neutral. No podía apresurar la noche, aún faltaban varios minutos antes de que su hermana hiciera acto de presencia y para ese entonces ya debía estar protagonizando una escena un tanto más comprometedora y hablar de esquina a esquina con una distancia considerable entre ellos; eso, aunque sería un escándalo, no causaría el efecto deseado.

—Lord Chelmendley, se lo ruego, dígame qué es lo que quiere, deseo volver al salón cuanto antes —él asintió, pero sin darle tiempo a reaccionar se acercó, la tomó de la mano y la arrastró hasta el barandal de piedra dejándola sorprendida y temblorosa.

—Quiero que me beses tal como hiciste aquella noche en tu jardín.

## Capítulo 7

—Eso no volverá a suceder, milord, además, creo recordar que fue usted quien en una oportunidad me dejó muy en claro que prefería que me mantuviese alejada, ¿o es que ya olvidó sus propias palabras? —Estaba a la defensiva y eso era normal teniendo en cuenta que era ella quien más riesgos corría estando allí, eso sin contar con que él tenía cierta ventaja sobre ella. Él sabía muy bien lo que era estar cerca de una mujer, mucho más cerca de lo que estaban ellos dos. Sus manos cerradas en forma de puños y sus antebrazos apoyados en su pecho intentaban mantenerlo a una distancia prudente, cosa que no estaba logrando.

—¿No te pasa que a veces terminas arrepintiéndote de tus actos o de tus palabras? Algo así es lo que estoy experimentando hoy. —Clawrence sintió cómo las manos del marqués se aferraban con fuerza a su cintura, casi podía sentir sus dedos dejando una marca sobre su piel; su aroma y su cercanía la estaban afectando: sus brazos estaban cediendo, de seguir así terminaría abrazada al caballero.

—Le ruego que no se dirija a mí con tanta familiaridad y cercanía, milord, no es correcto y puede generar mal entendidos, así que le agradecería si dejara de hacerlo; por otro lado, entiendo a qué se refiere, últimamente he estado arrepintiéndome de lo que hice un par de días atrás durante una velada en el jardín de la mansión familiar. Suélteme, por favor, dé un par de pasos atrás, dígame lo que tenga que decirme y déjeme en paz de una buena vez. —Enrique

no estaba seguro de cuánto tanto tiempo había pasado desde que ella había hecho acto de presencia, pero tenía la certeza de que su hermana no vendría en su encuentro hasta dentro de varios minutos, debía entretenerla un poco más de tiempo.

—Prometo liberarte si me respondes unas preguntas: ¿por qué yo?, ¿qué te impulsó a besarme a mí y no a cualquier otro que te diera la oportunidad? — La joven lo miró intentando parecer consternada, como si sus palabras la sorprendieran o alarmaran, pero rápidamente desistió de la idea de parecer ser alguien que en realidad no era.

—Preferiría dejar el tema hasta ahí, entiéndalo, lord Chelmendley, fue algo que sucedió y que no tiene explicación, así que es mejor si dejamos el tema hasta ahí, es como la cuarta vez que se lo pido y espero que en esta ocasión sí sea escuchada. —En un movimiento tan rápido del que ella no fue consciente, él logro hacer que sus brazos cedieran y terminaran apoyados sobre sus hombros; sus senos estaban siendo aplastados por su musculoso y masculino pecho al igual que su vientre, casi podía sentir el calor de su piel como si no hubiesen varias telas separándolos.

—Bésame y demuéstrame que no te importo, que yo no fui más que una casualidad, alguien que estuvo en el lugar y el momento indicado, hazlo y juro que dejaré de hablarte, no volveré a molestarte nunca más, mi trato hacia ti estará limitado por el decoro y lo correcto, tal como debe ser entre una dama y un caballero, seguro que no ha de ser muy difícil si tenemos en cuenta la seguridad de tus palabras. —El cuerpo de la joven tembló ante la expectativa de volver a probar sus labios por lo que inevitablemente sus ojos se fijaron en el delicado rosado que prevalecía en ellos; la idea no le molestaba.

Cuando él empezó a acercarse, de a poco se quedó sin respiración y entró en pánico; era muy débil en todo mientras el marqués estuviera implicado.

—Se lo ruego, no lo haga —pidió desesperada. Si volvía a probar el sabor de sus labios terminaría por derrumbar las pocas paredes que aún le quedaban para protegerse de él y de lo que estaba sintiendo; era demasiado, era como

Enrique Cartler poseyera un poder especial capaz de hacerle olvidar hasta de sus deberes como mujer y de la importancia de conseguir un matrimonio y rechazar los amantes.

—Quisiera poder decirte que tengo la potestad para detenerme y cumplir con tus deseos, pero tú parece haber robado toda mi fuerza de voluntad y teniéndote tan maravillosamente cerca no puedo pensar en más que tomarte entre mis brazos, estrecharte fuerte y besarte. —Para ese punto ya sus rostros estaban demasiado cercanos como para dar marcha atrás, por lo que antes de darse cuenta, ya estaban entregándose en cuerpo y alma al beso que compartían y que llenó su cuerpo y alma de emoción y un sentimiento desconocido que los hizo temblar de pies a cabeza. No era el momento para tomarse la molestia de limitar algo tan hermoso en una sola palabra.

El primer acercamiento no fue más que un inocente y casto beso, apenas un roce y se separaron tan rápido que fue casi fugaz. Se miraron a los ojos como esperando una señal o muestra de que su caricia sería bien recibida y, al no encontrar más que aceptación en los ojos del otro, fue lady Switlor quien tomó la iniciativa y sin pensárselo mucho cerró sus ojos y unió su boca con la del marqués dejándolo tan sorprendido y fascinado como la primera vez; su cercanía y su espontaneidad eran la perdición del marqués.

Enrique la tomó con tanta fuerza como le fue posible sin llegar a causarle algún daño; su cuerpo tembló al sentir cómo sus curvas se amoldaban con gran facilidad a su cuerpo y sus delicadas y suaves manos se apoyaban en su cuello con una timidez y delicadeza embriagante. Todo en él despertó y el calor lo envolvió, en ese momento lo supo, aunque en un par de años terminara arrepintiéndose, estaba decidido a casarse con esa mujer. Clawrence Switlor se convertiría en Clawrence Cartler, marquesa de Chelmendley, aun si tuviera que llevarla frente al altar a la fuerza. Cuando llegase el momento y la magia terminase, pensaría en una solución, pero por el momento se dedicaría a disfrutarlo.

Tomó posesión de su labio inferior y lo succionó con delicadeza haciéndole

soltar un pequeño gemido que despertó cierta parte de su anatomía. Le encantaba saber que su cuerpo estaba reaccionando a sus besos tal como él quería.

La joven sintió un cosquilleo poco común en el vientre que se extendió por todo su cuerpo hasta alojarse en su entrepierna, sobresaltándola.

—Esto no es correcto, tenemos que detenernos —susurró entre besos, aunque sus palabras no podían ser más poco creíbles; sus labios aún seguían los movimientos del caballero con la misma intensidad y entrega, apenas si se separaban un par de segundos cuando sus pulmones no soportaban la falta de aire, pero se recuperaban con rapidez y el deseo los volvía a unir.

Lord Chelmendley pensó en proponerle matrimonio en ese mismo momento de la forma tradicional, tal como lo haría cualquier pareja normal: un par de palabras sobre las ventajas de su unión, hacerle la debida pregunta, esperar la respuesta, hablar con su padre y todo estaba listo, así tal vez sería mucho más fácil afrontar lo que estaba por venir, porque eso ya no quería detenerlo, pero ¿y si lo rechazaba? ¿Y si ella no deseaba un matrimonio? Una negativa lo empeoraría todo, por primera vez en su vida se estaba sintiendo entre la espada y la pared, entre una encrucijada, no podía decidirse entre llevar a cabo su plan sin pensar en nada o esperar y que fuera ella misma quien decidiera su futuro. Podría hacerlo si la devolvía al salón de inmediato; no podía arriesgarse a no tenerla, no era una opción para él, la quería en su vida, poco importaba el resto.

—Sería muy sencillo acostumbrarme a ti —susurró más para sí mismo que para ella, sin embargo, la dama fue muy consciente de sus palabras y les dio su propio significado lo que hizo que separara sus labios de los de él de inmediato.

—¿Disculpe, a qué se refiere? —Ella bien sabía que nada de eso debía estar sucediendo y quería creer que por sus actos él no la estaba tomando por una mujercuela que se convertiría en su amante porque nunca caería tan bajo, ni siquiera por el marqués; su padre no había invertido tanto en su educación y

preparación para terminar actuando como una libertina. Ella era toda una dama.

—No me mal entiendas, es solo que quiero que recuerdes que todo lo que suceda de hoy en adelante es porque así lo deseo, porque sé que es lo mejor para los dos y juro que te haré feliz, no te causaré dolor, por lo menos no a propósito. —Lady Switlor no podía sentirse más confundida, no estaba entendiendo absolutamente nada y su actitud llena de misterio no le ayudaba; lo cierto es que sintió unas inmensas ganas de escapar, algo en su corazón le decía que había llegado la hora de volver a la realidad y la seguridad del salón, corría demasiados peligros entre sus brazos y en un solitario balcón.

—Milord, lo mejor es que volvamos al salón —opinó sin hacer esfuerzo alguno por liberarse de su abrazo.

—Antes de volver, dos cosas: primero, creo que ya puede empezar a llamarme por mi nombre de pila, no por mi título, por lo menos en privado, estoy seguro de que ya tenemos la confianza y cercanía suficiente para tal cosa; segundo, quiero un beso más, solo uno que me llene de una muy buena cantidad del calor que me proveen tus labios, necesito que me dure hasta la próxima vez que nos volvamos a ver, algo que espero que suceda muy pronto, no podría aguantar mucho tiempo lejos de ti. —El corazón de Clawrence se había vuelto loco, latía con tanta fuerza que no le extrañaría si el marqués alcanzaba a escuchar su sonido.

—Milord, esto no es correcto, lo más probable es que pronto termine comprometida con el conde de Ross, por ende, pronto seré su esposa y esto no puede volver a repetirse, además, seguro que usted debe contraer matrimonio en poco tiempo, una razón más para detener esto aquí y ahora. —Algo le decía que pronto el conde hablaría con su padre y nada podría evitar un compromiso.

—¿Y si nos casamos tú y yo? —Tal vez había decidido no decírselo, pero teniendo la oportunidad no podía desaprovecharla. La sorpresa fue evidente en el rostro de la joven, sentimiento que pronto se convirtió en incredulidad.

—Lord Chelmendley, creo que ya tenemos más que claro que, así como usted no desea casarse conmigo, yo no deseo unirme de por vida a usted.

—Tal vez yo sí lo deseo. —No podía darle tiempo de meditar y reaccionar a su confesión, por lo que la besó de repente haciéndole olvidar toda la conversación que mantuvieron minutos atrás; ella una vez más posicionó sus manos en su cuello y empezó a dejar delicadas caricias que los envolvió a ambos en una profunda y deliciosa privacidad. Solo eran los dos, no existía el mundo, no había normas, títulos o deberes que los separaren.

Enrique pensó en tomarla en ese mismo lugar, volverla loca y llevarla al cielo del placer, perderse en sus curvas, en sus ojos, en sus gemidos, en sus labios, en su profundidad, lo haría con todo el gusto del mundo, sería una razón más que maravillosa y casi perfecta de enloquecer; sin embargo, se limitó a mantenerla tan cerca como le fue posible, eso era todo lo que podía hacer, era su deber respetarla y protegerla. El día que la reclamase como suya debía ser en todos los sentidos posibles, tanto carnales como legales, en otras palabras, debía llevar el título de marquesa de Chelmendley para poder conocer su cuerpo sin reserva alguna.

No supo cuánto tiempo estuvieron ahí, entregándolo todo. Al separarse juntaron sus frentes mientras esperaban a que sus respiraciones se normalizaran. Al abrir los ojos, Clarence suspiró, algo la impulsó a mirar hacia la puerta y de inmediato su sangre se congeló. Cartler, extrañado ante su rostro lleno de perplejidad, siguió su mirada y la realidad lo golpeó de repente, por un momento olvidó lo que había hecho, pero ahora tenía las consecuencias de sus impulsos justo en frente. Frente a ellos estaban una gran cantidad de los invitados con la mirada fija en ellos al tanto de cada uno de sus movimientos a la vez que guardaban absoluto silencio, de ahí que no fueran conscientes de su presencia.

La comitiva era presidida por su hermana quien no separaba sus ojos de los de él. Con solo verla estuvo seguro de que si ella tuviera la posibilidad lo más probable es que ya estaría dándole un par de buenos golpes por la encerrona

que acababa de organizarle a una dama que se veía obligada a hacer algo que al parecer no deseaba.

—Oh por Dios, no puede ser —susurró la joven perdiendo la fuerza y el equilibrio, se tambaleó y tuvo que sostenerse de los brazos del caballero para evitar caer al suelo. Todo a su alrededor daba vueltas mientras sus ojos no dejaban de examinar la expresión de los invitados.

Como buen salvador, su hermano hizo acto de presencia moviéndose entre la multitud hasta llegar a ella. Sin problema alguno se la arrebató de los brazos al marqués quien consideró la posibilidad de intentar evitarlo, pero al verla tan afectada prefirió dejarla ir.

Jonathan la sacó del balcón y aunque no conocía la mansión de los condes atravesó la primera puerta que se encontró por su camino que terminó llevándolos a una pequeña sala que parecía ser de descanso; preocupado por su hermana, la sentó en un pequeño sofá y la abrazó con fuerza; podía sentir el fuerte temblor de su cuerpo y veía el miedo en su rostro, no era para menos, acababa de ser descubierta en una situación bastante comprometedor con el marqués. Ya no tendría más opción que una boda, y aunque su boda no fue una obligación y él no podía ni hacerse una pequeña idea de lo que ella sentía, sí podía imaginarlo, y estaba seguro de que ni así se acercaba a lo que ella sentía en ese momento.

—Claw, vamos, pequeña, todo va a estar bien, ya lo verás. —Parecía estar en shock, no reaccionaba, no hablaba, no pronunciaba palabra alguna; era como si aunque su cuerpo estuviese presente, su cabeza estuviera a miles de kilómetros de distancia—. No puedes lamentarte por el pasado, no hay forma de cambiarlo, la única opción que nos queda es enfrentarlo con valentía y con la frente muy en alto; todo estará bien. —Tenía tantas preguntas que ansiaban una respuesta, pero entendía que no era el momento. Por suerte su madre presenció el espectáculo o de seguro se habría desmayado. La duquesa había ido en busca de un refresco, por lo que no estuvo para ver cómo se arruinaba la reputación de su hija, aunque sí se vería obligada a enfrentar los chismes,

cosa que no estaba segura de qué tan buena idea era porque, en esos casos, la imaginación puede ser la peor enemiga.

—No quiero casarme con él —dijo con la voz rota volviendo a la realidad y con esas cinco palabras sintió el peso de las consecuencias de sus actos caer sobre sus hombros. Se desplomó sobre el sofá de una forma muy poco femenina para luego abrazarse a sí misma y llorar. Su reputación estaba arruinada; el marqués no deseaba casarse con ella y, por estúpida y demorarse más de lo debido, habían sido descubiertos en una situación más que comprometedora.

—Cálmate, pequeña, todo va a estar bien, ya lo verás. Chelmendley cumplirá con su deber y se casará contigo, yo me aseguraré de que eso suceda.

—Ella, en medio de su tristeza, se aferró a él y lloró con aún más fuerza.

—Ese es el problema, Jonathan, él no quiere casarse conmigo, nuestra unión no sería más que una obligación y por ende estará llena de desgracias, terminaremos odiándonos el uno al otro —aseguró melancólica; aunque no se hubiese casado por amor, sí le hubiera gustado que al menos fueran amigos, que fuera una decisión de los dos, un acuerdo mutuo de respeto, pero todo le salió mal.

—Sé que no es el momento de decirlo, pero si Chelmendley te resulta tan desagradable, ¿por qué te estabas besando con él en un solitario balcón? Eres muy inteligente y sabías que en cualquier momento alguien podía descubrirlos y el final sería el mismo, ¿por qué arriesgarse si no lo deseabas como esposo?

—Su hermana limpió sus lágrimas, levantó el rostro y lo miró, no era capaz de confesarle que fue ella quien inició todo un par de noches atrás cuando decidió besarlo como una cualquiera.

—No sé qué me paso, fui una inconsciente, una estúpida —respondió bajando la mirada avergonzada, ya no era capaz de mirarlo.

Su hermano lamentaba mucho la situación. Cuando vio a gran parte de los invitados aglomerados en la entrada al balcón y se acercó, nunca imaginó que la causante de tan escandalo sería su hermana. No lo dudó dos veces antes de

sacarla de ese lugar, porque, aunque sintió unas inmensas ganas de enfrentarse a Chelmdley y acabarlo a golpes, ya era suficiente con los hechos protagonizados por Clawrence.

La puerta se abrió y la condesa entró hecha una furia seguida por su hermano.

—Espero que mañana a primera hora realice la solicitud pertinente para una licencia especial, lord Chelmdley —dijo el futuro duque a forma de amenaza; de ser necesario estaba dispuesto a desafiarlo a duelo con tal de proteger el bien nombre de Claw.

—No, esto fue un error y no quiero ese tipo de consecuencias, me equivoqué y estoy dispuesta a afrontarlo sola, no me casaré con el marqués, seguro padre me permite viajar a Francia, allí puedo establecerme con mi tía abuela Margaret. Recuerda, Jon, que ella siempre fue muy agradable con nosotros. —No iba a permitir que su vida se convirtiera en un infierno, amaba su país, pero prefería irse a Francia si con ello conservaba su libertad y no se veía obligada a casarse por un simple beso; ambos serían felices, aunque claro, cada quien a su manera.

—No, eso sí que no, no voy a permitir que arruines tu reputación por el animal que tengo por hermano, soy capaz de ahorcarlo si no actúa como un caballero y se casa; por supuesto que preparará todo para que la boda se efectúe lo antes posible, tal como debe ser, ya que se tomó tantas molestias para organizar semejante plan tan bien preparado, seguro que no se le ocurrió de un minuto para otro. —Esas palabras, aunque no tenían la intención, terminaron siendo una confesión que logró detener las lágrimas de la joven a la vez que miraba al marqués de forma acusatoria.

## Capítulo 8

—¡Usted organizó todo esto! ¡Me tendió una trampa! ¿Cómo se atrevió? ¿Quién se cree usted para jugar con la vida de las personas de esa manera? Es usted la peor persona que he conocido —dijo con pura, sincera y verdadera rabia; se sentía usada, ultrajada, como un objeto que cualquiera podía manejar a su antojo. No podía creer que ese hombre se hubiera atrevido a tanto, ni siquiera sabía que él quería casarse, mucho menos con ella.

—Perdóname, Clawrence, pero después de escuchar que no querías casarte conmigo y que el conde de Ross ya estaba a punto de formalizar su compromiso, no podía arriesgarme a un rechazo de tu parte o que tu padre no me concediera tu mano, tenía que estar seguro de que te convertirías en mi esposa, te dije que las mejores decisiones no se piensan mucho y eso fue lo que me pasó cuando probé el sabor de la gloria en tus labios. —Sus palabras podían encantar a cualquiera, pero no a ella, no cuando bien sabía que él no quería casarse con ella, por lo menos no de corazón; era simple deseo y como el caballero que era no podía solo robar su virtud y desaparecer, tenía que tenerla en su cama a como diera lugar y no encontró más solución que llevarla al altar obligada. Lo odiaba. No había otra palabra que describiera lo que sentía en ese momento más que odio, ya que la rabia era demasiado pequeña y simple para ello.

—¡Bajo ningún concepto me casaré con usted! No hay forma alguna en la que acepte tal cosa —aseguró, pero entonces su hermano la tomó de la mano

llamando su atención.

—Pequeña, yo soy quien más se opone a esa unión, te lo aseguro, lo que menos quiero es que mi hermana se case con un poco hombre que no fue capaz de decir su intención con propiedad como lo haría un verdadero caballero, pero debes pensarlo con calma, imagina lo que dirá padre cuando se entere que estás metida en semejante escándalo. Una cosa es que te ignore y una muy distinta es que dañes la buena reputación de la familia, además, las consecuencias no solo serán para ti, nuestros padres verán cómo su vida social termina afectada, incluso mi esposa sentirá el cambio, no es tan sencillo como te lo imaginas, de ser así Francia estaría llena con las inglesas que han arruinado su reputación y lo que menos quiero es que vivas escondida y lleves una marca por el resto de tu vida, eres una dama. —Por mucho que no le gustara la idea, su hermano tenía razón y ella lo sabía; la sociedad londinense podía ser muy cruel cuando se lo proponía y una cosa era verse afectada ella, otra muy distinta era su familia.

—Clawrence, por favor, hablémoslo en privado —intervino el marqués por primera vez desde que todo el escándalo estalló; había permanecido alejado escuchando todo lo que decían, pero con su mirada fija en la dulce dama que acababa de perjudicar. Ahora que veía cómo la sonrisa había desaparecido de su rostro, entendía todo el daño que acababa de causarle; claro, olvidó que las leyes para los hombres eran mucho más permisivas que para una mujer, la había lastimado.

—No, no pienso volver a acercarme a usted, por lo menos no por voluntad propia, usted no tenía ningún derecho de decidir sobre mí o sobre mi vida, pero como es hombre de seguro no pensó más que en usted y le recuerdo yo también soy un ser humano, tengo sentimientos, opiniones y sueños que gracias a usted acaban de desaparecer. Sácame de aquí, Jonathan, por favor. —Lo que más le dolió a Enrique fue que ella ni siquiera lo miró a los ojos, no le dio el placer de ver ese hermoso rostro que lo enloqueció desde el primer momento en el que tuvo la oportunidad de detallarlo de cerca; tenía que arreglarlo.

—Llévalos por atrás, Elyse, que nadie los vea, yo me encargaré de la duquesa —la condesa asintió y de inmediato se acercó a ella, la tomó por los hombros y la llevó hasta una pequeña puerta en la pared contraria.

—Saldremos al jardín trasero, sería un poco difícil pedir que les traigan su carruaje y que salgan sin ser vistos, pero puedo prestarles dos caballos, pueden seguir el camino hacia el sur y, cuando lleguen a los límites de la casa, encontrarán un pequeño camino que los llevará a la vía principal y desde allí será sencillo llegar a su hogar. —Por mucho que le doliera, el marqués la dejó ir, tenía que darle un poco de espacio y tiempo para que se hiciera a la idea de lo que estaba por venir para ellos.

Tal como aseguró la condesa, salieron al jardín trasero muy cerca de los establos. Fue Jonathan quien se encargó de ensillar dos caballos mientras que Elyse susurraba palabras de aliento para Clawrence quien al subir al animal olvidó toda etiqueta y montó a horcadadas; no tenía la cabeza para recordar las normas. Pronto salieron a todo galope hacia el sur siguiendo las instrucciones que les dieron. Ambos eran muy buenos jinetes, así que en tan poco un par de minutos ya estaban tan lejos de la mansión que apenas si lograban divisar su estructura a lo lejos.

—La llevaré a su mansión, lady Beaufort, alguno de mis lacayos se encargará de su carruaje —le dijo Enrique a la duquesa cuando fue a buscarla; ella ya estaba al tanto de todo lo sucedido y contrario a lo que muchos pensarían, estaba guardando la calma de una forma increíble y durante el trayecto no pronunció palabra alguna cuando él esperaba que le pidiera al menos una explicación, pero no sucedió. Cuando se detuvieron en la entrada, la ayudó a bajar y la acompañó hasta la puerta.

—Milady, bienvenida —saludó el mayordomo.

—Tal vez el duque aún esté en su despacho, suele retirarse a su habitación bien entrada la noche —fue lo único que dijo antes de entrar y desaparecer escaleras arriba dejándolo con el hombre.

—¿Podría hablar con lord Beaufort? —preguntó al hombre quien no dejaba

de verlo con la sorpresa reflejada en su rostro y la confusión en su mirada.

—Le ruego que me espere aquí, lord Chelmedley, iré a preguntarle al duque si puede recibirlo.

—Dígale que es un asunto de vida o muerte.

El hombre desapareció por uno de los pasillos dejándolo solo y preocupado. Se volvía loco de a poco sin saber en dónde estaba o si estaba bien, por lo menos lo alentaba el saber que no estaba sola y que su hermano sabría cuidarla, pero no por ello evitaba sentir unas inmensas ganas de ir en su búsqueda.

—Milord, lo esperan en el despacho. —Lo acompañó hasta la entrada y, en cuanto puso un pie en el interior, la penetrante mirada de Beaufort lo recibió.

—Creo que no hemos sido presentados, lord Chelmedley, y aun así aparece en la puerta de mi casa a una hora poco apropiada, ¿podría decirme por qué? Espero que, tal como le indicó a mi mayordomo, el asunto en cuestión sea de suma importancia. —El marqués se adentró en su despacho y tomó asiento en una de las sillas que había frente a su escritorio; era imposible no sentir nervios, había llegado el momento de la verdad.

—Supongo que es mejor que hable primero conmigo a que lleguen a sus oídos comentarios indebidos. Quiero pedirle en matrimonio la mano de su hija Clawrence. —El duque lo miró con sorpresa.

—Ese no es un asunto de vida o muerte, lord Chelmedley, y estoy seguro de que pudo haber esperado hasta mañana, y lamento informarle que alguien se le ha adelantado. Esta misma tarde ha venido el conde de Ross para pedir mi autorización y proponerle matrimonio a mi hija. —Enrique rascó su cuello con un tanto de incomodidad; claro, decirle a un padre que acababa de arruinar la reputación de su hija nunca era fácil.

—Me reuní con su hija esta misma noche durante el baile de los condes de Warrington, supongo que recordara que la condesa es mi hermana. —En el momento fue la desconfianza la que hizo presencia en la conversación.

—Así es, lo recuerdo perfectamente, pero explíquese, ¿qué tiene que ver

eso con mi hija?

—Seré directo, durante este encuentro fuimos descubiertos por una gran variedad de invitados en una situación un tanto comprometedor y como el caballero que soy es mi deber solucionarlo y la única forma es uniéndome a ella de por vida, quiero convertirla en mi marquesa lo antes posible y para ello necesito su bendición. —Si sus palabras causaron en el duque algo de rabia o sorpresa, no se le notó, todo lo contrario, su rostro continuó con la misma expresión.

—¿Quién propició el encuentro?

—¿Acaso eso importa? Lo único que interesa es que tengo la plena intención de salvar su buen nombre y casarme con ella. —La calma de Beaufort era bien conocida por entre todos los nobles, pero su ceño fruncido y sus labios apretados solo podían significar rabia.

—Por supuesto que importa; si fue mi hija quien lo planeó todo entonces no necesita mi bendición para unirse a ella en matrimonio, tendrá su aceptación y eso es lo único que importa; sin embargo, aunque es poco común, sé de varios hombres que dicen ser caballeros y son capaces de articular cualquier tipo de excusa para atrapar a la dama que desean o necesitan, en ocasiones como esas suelen estar motivados por algún interés en específico. —Los labios de Chelmendley se curvaron en una pequeña sonrisa; aunque el padre de la joven no demostraba ni un poco el cariño que él tenía por su actitud, era más que evidente lo mucho que se preocupaba por su bienestar y futura felicidad.

—Espero que no esté suponiendo que mi interés en Clawrence está basado en el dinero o la posición social, por si no lo sabe, milord, tengo varios negocios y todos ellos muy fructíferos por lo que mi economía está solventada, y en cuanto a la posición, soy un marqués, no me interesa buscar algo más alto.

—Pero sigue sin responder a mi pregunta, ¿quién propicio el encuentro? Conozco muy bien a mi hija y sé que ella no es del tipo de mujer que planea una encerrona a un hombre, es una dama educada capaz de conseguir al caballero que desee, de ahí que todo esto que me cuenta sea muy extraño y

prefiero tener una hija con reputación dudosa a tener una infeliz. —El joven puso su mano sobre el escritorio causando un ruido sordo, no iba a dar su brazo a torcer después de todo lo que hizo, aun si debía raptarla y llevársela a Gretna Green.

—Si ya sabe la respuesta no veo la razón por la cual necesita escucharlo, pero a pesar de ello sé que lo mejor, tanto para ella como para mí, es casarnos. —El duque apoyó sus brazos sobre la mesa y se acercó un poco más.

—¿Qué lo lleva a asegurar tal cosa? Mejor aún, ¿qué sabe usted de los deseos de mi hija? —Era poco cariñoso, pero muy protector con los suyos, principalmente con su esposa e hijos.

—Lord Beaufort, por lo que puedo ver no será nada sencillo convencerlo para aceptar mi proposición hacia su hija, así que solo puedo decirle que con o sin su bendición voy a subir esas escaleras e iré a buscar a Clawrence porque no estoy dispuesto a dejarla ir. Será mi esposa y punto, y aunque intenté hacer las cosas bien, eso es todo lo que usted necesita saber. —Se puso de pie dispuesto a cumplir con su palabra, pero cuando tomó la puerta para abrirla la voz del hombre lo retuvo.

—Tiene mi bendición, Chelmendley, pero no puede subir a buscar a mi hija en este momento y le recomiendo que se vaya, mañana será un nuevo día, lo mejor es dejarla descansar y no se preocupe que yo mismo hablaré con Ross —el aludido asintió y salió del despacho.

Al pasar junto a las escaleras las observó con tristeza, pero siguió su camino. Al día siguiente iría a conseguir la licencia especial y haría que el sacerdote empezara con las amonestaciones; en menos de un mes serían marido y mujer.

Cuando Jonathan y Clawrence llegaron a casa, llamaron a uno de los sirvientes para que llevara a los caballos de vuelta a sus dueños de inmediato mientras que él acompañaba a su hermana hasta su habitación. Lucía tan taciturna, como si no hubiese nada sobre la faz de la tierra que pudiera sacarle

una sonrisa y alegrarle la vida, pero lo entendía, afrontar todo lo que acababa de sucederle no debía ser nada sencillo para ella, un solo segundo cambiaría su vida por completo.

—Déjame sola —le pidió la joven.

—¿Estás segura? —ella asintió para luego llamar a su doncella; quería deshacerse de su vestido cuanto antes, sentía que el corsé estaba demasiado ajustado y no podía respirar.

—Estaré bien —Jon, aceptando su petición, asintió.

—Si necesitas algo me quedaré a dormir esta noche, estaré en mi habitación —le dijo antes de desaparecer por la puerta; él tenía su propia casa en Londres, no era tan grande ni lujosa como la familiar, pero por lo menos le daban a él y a su esposa algo de privacidad.

Una vez que se quedó en camisón, su doncella se retiró y ella misma se quitó los broches de su cabello y lo cepilló mientras disfrutaba de la luna que estaba hermosa, grande, redonda y brillante; ella era la única testigo de toda su historia con el marqués, era la única que estuvo presente en cada encuentro y que conocía todo lo que había en su corazón. De pequeña su nana le contó una historia sobre los poderes de la Luna, decía que ella poseía el poder más poderoso del mundo porque guardaba muchos secretos, protegía a los amantes y bendecía a aquellos que guardaban en su corazón sentimientos puros y verdaderos. La miró y, cuando las lágrimas empezaron a mojar sus mejillas, le rogó que la hiciera feliz, que no la uniera con aquel que no la merecía, con alguien que, aunque no le diera amor, la respetara y la aceptara tal cual era, que le diera su lugar como esposa y mujer; estaba segura de que no era mucho pedir.

El frío empezó a calársele entre la piel por lo que tomó una manta gruesa, la puso sobre sus hombros y se recostó sobre el sofá cercano a la ventana, y se permitió llorar en silencio tanto como su corazón lo necesitó. Cuando se calmó, ya el sol empezaba a asomarse por el horizonte. Tenía los ojos tan hinchados que de seguro a su madre le daría algo y se sentía tan cansada que

su cuerpo pedía a gritos la cama, pero se sentía esperanzada, segura de que fuera lo que fuera que sucediera con su vida ella sería capaz de afrontarlo con la fuerza, valentía y la alegría que siempre la habían caracterizado.

Entendió que no tenía más opción que casarse con el marqués de Chelmendley, no había forma alguna de detener esa boda, pero ya que él se sentía con la libertad de jugar con su vida a su antojo, pues ella haría exactamente lo mismo, la única diferencia sería que no le daría nada de lo que tanto deseaba. Nunca más volvería a besarlo, jamás permitiría que la tocara, no tendría descendencia. Si deseara placer carnal, debería buscarse una amante porque de ella no obtendría más que malas miradas y un trato rebelde; lamentaría el día en que decidió sobre ella.

Se recostó sobre la cama y, en cuanto cerró los ojos, cayó profundamente dormida.

Enrique apenas si esperó a que amaneciera para ir a buscar a su abogado, le explicó la situación y casi ni lo dejó desayunar cuando ya lo estaba sacando de su casa para que hiciera los trámites correspondientes. Era un hombre inteligente y estaba seguro de que en menos de lo que se lo imaginaba ya tendría la licencia especial.

Dio tantas vueltas por Londres como pudo esperando no aparecerse en la puerta de los duques de Beaufort, tanto que terminó frente a la puerta de su gran amigo y cuñado.

—¿Qué se supone que debo hacer, Andrew? Estoy desesperado, fui imbécil por haberme dejado llevar por las emociones del momento, ni siquiera sé si somos el uno para el otro o si este matrimonio es buena idea, nunca tuve esa certeza, pero aun así la voy a llevar al altar prácticamente obligada, ¿puedo acaso ser más estúpido? Yo creo que no. —El conde, recién levantado, sirvió dos tragos con whiskey y le entregó uno de ellos. Lamentaba haber dejado a su esposa sola en la cama, pero seguro que si no acompañaba y ayudaba a su hermano tendría serios problemas con ella y era lo que menos quería.

—Al parecer, cancelar el matrimonio ya no es una opción. —El marqués lo

miró como si se hubiese vuelto loco.

—No hay razón alguna que me llegue a siquiera pensar en cancelar la boda, eso es imposible, anoche hice muchas cosas y no pienso echarme para atrás, seguro que se te ocurre una mejor idea que esa. —Dunne levantó su vaso y lo chocó con el de su cuñado.

—Salud, amigo mío, brindemos por esas mujeres que aparecen en nuestra vida para llevarnos al cielo y al infierno con sus labios o con una simple mirada, porque déjame decirte que esa misma mujer lleva un anillo en su dedo, mi apellido, próximamente a mi hijo en su vientre y es dueña de mi amor, puede que la tuya vaya por el mismo camino. —Bebió el contenido de su vaso de un solo trago aun cuando el marqués lo miraba de forma extraña; aquello le causó diversión.

—No quiero saber de la vida íntima que mantienes con mi hermana, y el punto es que yo no puedo hablar de amor, tú ya llevas un tiempo casado con Elyse y sé de primera mano que entre ustedes siempre hubo amor, el problema es que yo no sé qué es lo que hay entre nosotros, ni siquiera sé si hay algo que nos una. —En esa oportunidad fue él quien bebió su trago con un movimiento rápido y disfrutó del ardor que le provocó al bajar por su garganta; quería más pero no podía, debía ir a ver a su ahora prometida.

—¿De verdad crees que no tienen nada que los una? A mí me parece que sí, después de todo, si no lo hubiese, no habrías pensado semejante plan con tal de asegurarla como esposa. Que no quieras aceptar lo que sientes no significa que no exista.

## Capítulo 9

—Es el mismo punto, Dunne, si lo hay o no, no lo sé y temo equivocarme —confesó mortificado; quería lo mejor para ambos.

—A mí se me hace que estás profundamente enamorado de tu dama y aún no te has dado cuenta. La terquedad es un defecto muy famoso en los Cartler, he tenido que enfrentarme a ello desde que estoy con tu hermana, pero si no lo aceptas pronto terminarás por perderla. —El aludido bufó; esperaba consejos de verdad no cuentos de hadas que no le dieran razón alguna a su vida.

—Vivir en las mieles del matrimonio no te ha hecho ningún bien, amigo mío, el amor no es para todos, o por lo menos tal sentimiento no es para mí, no cuando crecí con la idea de buscar una mujer que me provea herederos y alcurnia, además que no creo que uno se enamore de una mujer que apenas ha visto en un par de oportunidades que básicamente se han basado en un par de besos. No la conozco lo suficiente. —El conde le dio un pequeño y amistoso golpe en la espalda.

—Piénsalo bien, Enrique, sabes que estás enamorado cuando la ves y sientes que todo a tu alrededor desaparece, cuando solo te importa ella y no buscas más que su felicidad y tranquilidad, cuando mueres por ver sus labios curvados en una sonrisa, cuando enloqueces por probar sus labios, por ver sus ojos, por acariciar su piel. Se diferencia de la simple atracción sexual porque, aunque la desees, con ella quieres más, quieres todo, incluso su simple cercanía, un pequeño abrazo, una mirada; ahora pregúntate si es eso lo que

sientes cuando estás junto a lady Switlor, porque de ser así ya tienes la respuesta a tu dilema. —Él tomó aire para luego servirse un vaso con un buen trago de whiskey, lo bebió con un solo movimiento y se puso de pie.

—Lo mejor será que me vaya, iré a ver a mi chica y no quiero llegar tarde, necesito que ella vea el interés que hay en mí por nuestro matrimonio, deséame suerte. —El conde lo acompañó hasta la puerta.

—Es poco probable que llegues tarde, con un poco de suerte llegarás después de que se levanten, pero ya que viniste en busca de un consejo debo decirte que sería buena idea si te vas a dormir un poco, tienes unas ojeras enormes y tu aspecto no es el mejor, deberías irte a tu casa a descansar un poco —él negó; estaba seguro de que no podría dormir hasta que su situación con Clarence estuviera aclarada, incluyendo el tema del matrimonio, porque aunque tenía la bendición del duque, después de ver cómo ella aseguraba que jamás se casaría con él, no estaría tranquilo hasta verla a su lado frente al altar.

—No tengo tiempo que perder. —Se marchó, montó a su caballo y salió a todo galope; en ese momento la condesa llegó hasta la puerta y abrazó a su esposo.

—¿Crees que toda esa locura termine bien? —preguntó un tanto preocupada. Amaba a su hermano con locura y odiaría la idea de verlo siendo infeliz junto a una mujer que no tenía lo necesario para complementarlo.

—No tengo el placer de conocer a lady Switlor, pero por lo que he escuchado es una gran dama, educada y de muy buena familia. En la universidad escuché cuando su hermano decía que ella era la mejor mujer del mundo. No cualquier hombre dice eso de una hermana, además parece ser una persona muy dulce y de corazón noble. Y en cuanto a tu pregunta, sí, sí creo que todo eso terminará bien porque él, aunque aún no lo quiere aceptar, ya está irremediablemente enamorado de ella, y ella terminará amándolo en las mismas proporciones o incluso puede que un poco más, ya sabes, cuando son los ojos indicados ya no puedes voltear a mirar otros. —Andrew no dejaba de

ver los ojos de su esposa quien al entender el mensaje se lanzó a sus brazos y lo besó con pasión; su hermano estaría bien, era inteligente, apuesto y poderoso. Todo estaría bien.

El marqués no tardó mucho en llegar a casa de los Beaufort. El mayordomo abrió la puerta con un tanto de disgusto, era entendible, una vez más, la hora no era la más apropiada para una visita, pero él estaba tan afanado que apenas si se detuvo a entregarle su sombrero y sus guantes cuando a pesar de los gritos del hombre ya iba escaleras arriba en busca de la habitación de su amada.

Por el tamaño de las puertas y las figuras grabadas en la madera iba descartando las habitaciones principales que es en donde supuso que descansaban los duques, y la habitación del frente debía ser de Jonathan, ya que era el primogénito. Abrió la primera a la derecha, pero en el interior solo había una cama sin usar; al abrir la de la izquierda, su corazón empezó a latir con emoción. Sobre la cama estaba su dulce dama profundamente dormida y muy bien abrigada; parecía un ángel, un motivo más que disminuía la lista de contras a su unión.

Cerró la puerta con mucha suavidad, pues no deseaba despertarla, se acercó a la cama y se permitió observarla un par de segundos. Su piel parecía porcelana, sus labios una dulce fresa, sus ojos una joya preciosa y su cabello oro líquido; era la perfección en persona. Nunca en su vida conoció a una mujer que se le acercase en belleza, astucia, emoción, alegría, dulzura y lo que más le gustaba de ella: su locura, porque fue eso lo que lo hechizó desde el primer momento. Claro, no cualquiera se atrevía a besar al hombre que deseaba.

No duró mucho tiempo ahí cuando la puerta se abrió de repente y frente a sus ojos aparecieron el duque, su hijo, el mayordomo y tres sirvientes más, y causaron tal estruendo que despertaron a la joven; ella, al ver la gran cantidad de comitiva que había en su habitación, se sobresaltó para luego tomar las mantas que la cubrían y se tapó hasta la nariz. Asustada, sus ojos se fijaron en

el marqués; él no debía estar ahí.

—¡Retírese! ¡De inmediato! —le exigió a él. Si alguien se enteraba de ese encuentro, causarían un escándalo aún más grande que el que provocaron con el beso en casa de los condes de Warrington.

—Chelmendley, baje y espere a mi hermana en uno de los salones para té. Esto no es correcto, usted no debería estar aquí —le exigió el hermano de la dama claramente furioso por el atrevimiento que se estaba tomando ese hombre. Nadie le había permitido la entrada a la mansión y mucho menos a la habitación de la joven, se estaba tomando atribuciones que no le correspondían; aún no se casaban.

—No pienso moverme de aquí hasta que hable con Clawrence.

—¡Baje inmediatamente, lord Chelmendley, o me veré en la obligación de ordenarle a mis sirvientes que lo saquen por la fuerza! Que le haya dado mi bendición para su matrimonio no significa que pueda comportarse como si ya estuvieran casados. Ella sigue siendo una dama y vive bajo mi techo, es mi deber protegerla. —El aludido no dejaba de ver ese par de hermosos ojos que lo volvían loco, ¿cómo no enloquecer por una mujer como ella? Era la perfección en persona, nadie tendría una vida aburrida con ella a su lado. Las sorpresas estarían a la orden del día y la emoción y alegría serían sus más grandes compañeras.

—Bajaré con una condición: que me prometas que hablarás conmigo —le pidió con suavidad y dulzura.

—Bien, bajaré en cuanto esté lista, pero por favor retírese y espéreme en el salón para el té, solo serán unos minutos —él asintió y, bajo la atenta mirada de todos, abandonó la habitación y siguió al sirviente que le indicaría el camino hasta el lugar acordado. Mientras bajaba las escaleras, recordó las palabras de su cuñado, recordó la descripción que le dio del hombre enamorado. Solo eso necesitó para entender la verdad y lo tomó por tal sorpresa que un mareo lo obligó a sostenerse del barandal. No había error, estaba enamorado de Clawrence Switlor.

—Milord, sígame por favor —le pidió el sirviente trayéndolo de vuelta a la realidad; él asintió y continuó bajando.

Las damas siempre le parecieron simplonas, a su parecer eran aburridas, les faltaba emoción, alegría, entusiasmo, parecían más un adorno que una persona capaz de pensar y razonar. Siempre pensó que si llegaba a encontrar una mujer con la mitad de decisión y personalidad que deseaba, sería la indicada, pero encontró una con mucho más de lo que imaginó; ella tenía todas las características que una vez deseó y aún más, era perfecta para él, lo complementaría como ninguna otra y eso era algo que tenía que hacerle entender. Ahora sí estaba seguro de que estaban hechos el uno para el otro y no había otra forma de ser felices más que uniéndose de por vida, para siempre.

Cuando tomó asiento para esperar a su dama, ya estaba mucho más tranquilo y alegre, ¿cómo no estarlo si tenía la dicha eterna al alcance?

—Le pediré a la cocinera que te prepare algo, apestas a alcohol y parece que no hubieses dormido en días. Esa no es la forma de presentarse ante tu prometida y su familia después de arruinar su reputación —le recriminó Jonathan; no parecía un verdadero noble, mucho menos un marqués.

—Antes de venir a verla estuve con Andrew y bebí dos tragos de whiskey, seguro que solo exageras. —El joven lo tomó por el brazo y prácticamente lo arrastró hasta un pequeño espejo.

—Tu ropa está arrugada, las ojeras bajo tus ojos son demasiado grandes como para no notarlas, estás despeinado y desaliñado, ¿es esa la presentación de un marqués? —Él se miró y negó; su futuro cuñado tenía razón por lo que se comió todo lo que la sirviente le llevó, fue hasta la habitación del futuro duque, se lavó la cara, se peinó e hizo todo a su alcance para mejorar su presentación.

—Mucho mejor —comentó Jonathan al verlo.

—Vamos, hija, te ayudaré a arreglarte, te espera tu prometido —le dijo la duquesa a Clawrence luego de sacar a todos de la habitación quedándose solo con la doncella para que le preparara un baño a la joven. Ella se levantó y

dejó que la prepararan como era debido; un baño con olor a rosas, un peinado elegante con pequeñas flores blancas adornando sus risos, un hermoso vestido color rosa que dejaba a la vista sus hombros y sus brazos apenas si estaban cubiertos por una pequeña manga; era muy hermoso como todos los otros, el problema es que ella se sentía como en las nubes, aún no había despertado y ya tenía que enfrentarse a Enrique Cartler. Ese hombre estaba loco para atreverse a ir a buscarla a esas horas de la mañana cuando nadie estaba preparado para recibirlo.

Una vez lista, bajó y se lo encontró de pie junto a la ventana. Lucía mucho mejor que minutos atrás en su habitación.

—Bien, lord Chelmendley, lo escucho, ¿qué deseaba decirme? —preguntó la dama con una actitud desdeñosa y agresiva a la vez que se ubicaba cruzada de brazos cerca de la puerta. Le haría la vida imposible desde ese mismo momento y por el resto de su historia.

—Mi abogado me dice que podremos casarnos en dos o, a más tardar, en tres semanas. Como no sabía en dónde quería que se realice la ceremonia, pensé en hacerlo en mi hogar. Elyse estará encantada de ayudarte a prepararlo todo, incluyendo las invitaciones para todos los nobles que desees. De mi parte solo quiero que asista mi hermana y su esposo, no tengo una amistad tan cercana con todos los lores como para querer su compañía. —Ella continuó con la misma expresión y posición; estaba ejecutando su papel de indiferente a la perfección y continuaría haciéndolo.

—No me interesa, tiene la libertad de organizar la ceremonia como crea conveniente. Solo avísame el día y la hora y ahí estaré, no es que tenga la opción de no asistir. ¿Algo más? —Sentía que con su indiferencia le estaba clavando una daga en su corazón; él no imaginó que convencerla sería tan difícil.

—Clawrence, sé que cometí un error, pero no lo hice con mala intención, todo lo contrario, lo hice por nosotros, porque por la forma en que nos besamos sé que juntos estaremos bien, estoy seguro de que lo que sientes

cuando te beso no lo sentirás con ningún otro. —Ella elevó su ceja derecha; seguía siendo el mismo imbécil que recordaba.

—No lo sé, nunca podré saber qué se siente besar a otra persona porque usted no me dio la oportunidad de conocer a otros, se limitó a asegurarse que usted fuera el único, pero no se preocupe que ahora que veo que lo único que le complace son mis labios, pues puedo asegurarle que nunca más volverá a probarlos. Tiene prohibido tocarme, ni siquiera podrá acercarse a mí y veremos en qué termina esta estupidez de matrimonio. Ahora, le agradecería si se retira, no deseo volver a verlo a menos que sea expresamente necesario. — Se dio media vuelta y desapareció por el pasillo dejándolo con la palabra en la boca y un sinsabor en el corazón. No tenía ni idea de qué podría hacer para recuperar a la mujer que en su momento conoció, aunque debía admitir que, aun así, con ganas de matarlo, le parecía una verdadera maravilla.

Sin pensárselo dos veces, la siguió guardando cierta distancia para no causar un escándalo ni llamar la atención de algún sirviente o de alguien más de la familia. De suceder eso, terminarían sacándolo a la fuerza.

Clawrence salió hasta el jardín y segura de que estaba sola se encaminó hacia los establos; su yegua era la única que podía calmarla por lo que iría a cepillarla.

Una vez que entró a su cubículo, la puso en posición, y sin importarle si su vestido se arruinaba o arrugaba, se acercó con el cepillo en mano y empezó a pasarlo por su piel. Le encantaría salir a cabalgar, pero tendría que cambiarse y tardaría mucho más tiempo, además que aún no había comido nada.

—Cuando nos casemos me encargaré de que lleven tu caballo a mi mansión y puede que te compre otro para cuando estemos en nuestra casa de campo — dijo sobresaltándola.

—¡Usted no debería estar aquí, retírese de inmediato! —le exigió claramente nerviosa. Estar tan lejos de todos y en un lugar tan privado la ponía muy nerviosa, podían suceder muchas cosas en aquel establo y nadie nunca lo sabría, ni los sirvientes, ni su hermano, ni sus padres, se sentía vulnerable ante

el deseo, no tenía la fuerza de voluntad para mantenerlo lejos.

—No, no lo haré, antes de irme y no volver a verte hasta la boda necesito que me des algo o puede que termine muriendo. —Ella se enderezó y se ubicó tan cerca de su caballo como pudo esperando que su yegua la pudiera defender.

—¿A qué se refiere? —Su plan sería perfecto de no ser porque su caballo era tan tranquilo que nunca se quejaba si algún extraño se le acercaba, por lo que cuando Enrique se acercó y la tomó de la cintura para pegarla a su cuerpo dejándola sin defensas, Storm no profirió ningún ruido ni queja, todo lo contrario, se movió hacia un lado dejándoles más espacio.

—Necesito un beso. —Acercó su rostro en busca de sus labios, pero ella giró el rostro impidiéndoselo.

—No volverá a besarme nunca más, no lo permitiré. —El marqués, dispuesto a provocarla, posicionó sus labios sobre su cuello, justo en donde se sentían los fuertes latidos de su corazón y, sin previo aviso, empezó a besarla obligándola a cerrar los ojos. Se sentía tan placentero que no fue capaz de quejarse, todo lo contrario, se limitó a poner sus manos sobre sus hombros en un intento por no caer desplomada al suelo; sus piernas temblaban y en su vientre sentía un muy ligero y placentero cosquilleo.

—Tal vez pueda convencerte de otra manera —continuó besando cuanta piel tuvo a su alcance y, cuando la sintió lo suficientemente dispuesta, se atrevió a mover una de sus manos hasta posicionarse sobre uno de sus senos; se moría por conocer las maravillas que escondía bajo su vestimenta.

Contrario a todo lo que imaginó, Clawrence no rechazó su caricia, de hecho, empezó a curvarse hacia él como buscando más de ello. Solo eso necesitó para saber que estaba tan excitada que no controlaba sus propios movimientos, y aun así cuando intentó besarla ella se giró impidiéndoselo. Un tanto frustrado, besó el borde de su vestido, justo donde empezaba la curvatura superior de sus senos. Sin dudarlos dos veces, con su mano libre, buscó los botones y desabrochó la prenda. Pronto continuó con los cordones de su corsé

y con un simple tirón tuvo a su alcance un par de rosados y firmes pezones que se levantaban orgullosos. No lo pensó cuando tomó entre sus labios uno de ellos; la joven soltó un fuerte gemido y sus piernas flaquearon. Enrique, como pudo y sin llegar a soltarla, la arrastró hasta un pequeño montón de paja en donde tomó asiento y la posicionó sobre sus piernas a horcadas luego de levantar su falda dejando a la vista sus hermosas, largas y tonificadas piernas.

No pensaba tomarla allí, ella merecía que su primera vez fuera mucho más especial, pero eso no significaba que no la llevaría al cielo aun si no podía probar del dulce néctar de sus labios.

Centró su atención en sus delicados senos hasta que la sintió tambalearse sobre su erección, y aunque eso lo enloqueció, esa parte de su anatomía seguiría muy bien guardada en sus pantalones. Lo que sí podía era con sus dedos acariciar sus piernas hacia arriba hasta llegar a su muslo; la sintió tensarse.

—Relájate y disfruta, tu virtud está a salvo, no pienso reclamarla, por lo menos no aún, no aquí ni será hoy —susurró a su oído.

## Capítulo 10

Chelmendley acarició su piel y sus senos hasta que la sintió preparada, solo entonces se sintió capaz de tantear con sus dedos el centro de su feminidad. Al escuchar un pequeño suspiro acarició la piel y empezó a darle tanto placer como pudo. Supo que iba por buen camino cuando una vez más se tambaleó sobre su mano buscando algo que aunque no conocía sabía que ansiaba; actuaba por instinto, por naturaleza, su cuerpo parecía tener vida propia y se sentía tan a gusto que no podía pensar en nada más que las manos de su prometido en su cuerpo. No era lo correcto, pero después de todo igual terminarían casándose.

—Déjame besarte, te lo ruego —le suplicó el marqués desesperado. Verla presa de la excitación y el placer que lo hacía sentir, era algo que simplemente no podía explicar, ni siquiera se podía comparar con alguna de sus amantes pasadas o con alguno de sus encuentros sexuales furtivos; era maravilloso saberse el único con la posibilidad de provocar tales sensaciones en ella, tenían toda la vida para conocer sus puntos débiles.

—Te lo advertí, nunca más volverás a probar mis labios, tendrás que suplicar —le respondió ella entre gemidos a la vez que se aferraba aún más al masculino cuello de su prometido que no dejaba de besar su piel y senos. Su mano no dejaba de moverse entre sus muslos, y ella sentía que la presión en su vientre bajo iba en aumento con cada segundo que pasaba, Después de todo, un matrimonio con él quizás no sería del todo malo, en medio de un establo le

estaba demostrando su gran habilidad y experiencia en aquello de dar placer a una mujer, aunque prefería no pensar en las muchas amantes que habían pasado por la cama del marqués; eso era mortificarse demasiado y sin necesidad.

—Veremos si serás capaz de mantener tu promesa cuando seamos marido y mujer o en nuestra noche de bodas. —Incrementó sus movimientos hasta que los gemidos y gritos de su dama demostraron lo cerca que estaba del éxtasis, y como si fuese el placer propio terminó dejando una suave mordida en uno de sus senos para luego chupar la piel. Estaba seguro de que dejaría una marca y le encantaría saber qué sentiría o pensaría ella cada vez que la viera; tenía la esperanza de que recordara el placer que le provocó.

Una vez que los movimientos, los sonidos y los espasmos de placer se detuvieron, dejó un par de besos más para luego amarrar su corsé y apuntar su vestido; su falda aún seguía enrollada en su cintura, pero era imposible arreglarla, ya que seguía sentada en la misma posición sobre él y con sus piernas abiertas.

Clawrence estaba recostada en su pecho y podía sentir los fuertes latidos de su corazón y la dura carne chocando con la piel cercana al centro de su feminidad. No sabía mucho de asunto, pero él no parecía estar muy a gusto. Se movió un poco intentando acomodarse mejor y terminó rozando con más fuerza aquella especial anatomía masculina que una dama no debería conocer estando soltera y apenas ver de casada. Él soltó un pequeño gruñido y la tomó de las caderas para mantenerla muy quieta justo en donde estaba.

—No te muevas o terminaré enloqueciendo —le rogó; ella obedeció y prefirió no preguntar por qué. Nunca se había sentido tan a gusto como se sentía entre sus brazos y abrazada a él. Sus manos seguían en su cuello y sus dedos se movían con delicadeza a lo largo de su piel.

No sabían cuánto tiempo había pasado desde que se quedaron ahí abrazados el uno al otro como si nada más importase o existiera. Fueron las horas, minutos y segundos más placenteros de sus vidas, pero había llegado el momento de volver a la realidad.

—Debes irte, alguien puede encontrarnos y ahí sí que armaríamos un verdadero escándalo —él asintió y la ayudó a bajar de sus piernas, mientras ella alisaba su falda. Enrique se puso de pie, se giró y acomodó su pantalón de forma tal que no fuese muy evidente aquello que escondía, aunque era casi imposible ocultarlo, necesitaba volver a su hogar cuanto antes y organizar la boda a como diera lugar. Cuando volvió a verla, ella estaba tan arreglada como pudo; el problema era que no había que ser muy inteligente para saber qué había sucedido entre ellos, por otro lado, ya estaban comprometidos, así que las consecuencias de tal escándalo serían casi que inexistentes.

—Volveré por ti para nuestra boda, le pediré a Elyse que venga a buscarte para que juntas lo preparen todo. Por más que quieras olvidarte de todo y aparecer frente al altar para decir sí acepto, no es lo correcto, tendrás que empaparte del asunto, quizás sería más sencillo si tú misma lo organizas todo. Pronto serás mi marquesa y eso nada ni nadie lo cambiará. —La aludida suspiró; era plenamente consciente de ello y en parte tenía razón, la forma más sencilla de entender que se convertiría en lady Clawrence Cartler, marquesa de Chelmendley, era participando de los preparativos, además que ya que solo se podía casar una vez en su vida, prefería hacerlo de forma tal que fuera acorde con sus gustos y deseos.

—Bien, lo haré, dile que venga o yo puedo ir a buscarla, cualquiera de las dos opciones está bien para mí —Enrique asintió conforme con su respuesta. Se acercó y dejó un pequeño beso en su mejilla, pero se prometió a sí mismo que volvería a probar esos dulces labios pronto.

—Hablaré con ella esta misma tarde. Nos veremos pronto, mi bella dama. —Le dedicó un pequeño guiño para luego salir de los establos, rodear la casa e ir a la entrada principal, allí ya estaba esperándolo uno de los lacayos del hombre con su caballo listo. No tardó en subir y salir a todo galope rumbo a su mansión; su abogado no tardaría en ir a buscarlo para darle una respuesta a sus solicitudes.

La joven intentó mejorar su aspecto tanto como pudo, dejó a su caballo

tranquilo y salió rumbo a casa. Por el camino se encontró a su hermano quien la miró de pies a cabeza con su ceja derecha ligeramente elevada. Las mejillas de Clawrence se tornaron rosadas y se vio obligada a bajar la mirada un tanto avergonzada. Para Jonathan no fue muy difícil adivinar qué había sucedido entre ella y su futuro cuñado, pero no protestó ni hizo comentario alguno, se limitó a sonreír y dejarla seguir su camino como si nada hubiese sucedido. Conocía a su hermana, ella jamás haría algo que no deseara, solo bastó con ver sus ojos para saber que todo estaría bien y que su matrimonio la haría feliz, de no ser así, siempre podía tener una pequeña conversación con el hombre en cuestión.

Al siguiente día, explicar el pequeño morado que tenía en uno de sus senos no fue una tarea sencilla. Explicó que había sido a causa de una de las varillas del corsé que al estar demasiado ajustado la lastimó, pero ni ella misma se creyó una historia tan rebuscada. Su doncella no dejaba de mirarla como si la acusara de algo siempre que la ayudaba a prepararse, sobraba decir que se sentía muy incómoda, pero cada vez que en la soledad de su habitación pasaba sus dedos sobre la pequeña marca sentía un pequeño cosquilleo en su vientre al recordar cómo fue que la obtuvo. Sus mejillas se sonrojaban al imaginar al marqués haciéndola otra de esas, y no era como que le molestara, después de todo, ella también lo disfrutaba.

El abogado le informó a Chelmendley que había conseguido la licencia especial sin dificultad alguna, solo debían esperar a que se realizaran las amonestaciones pertinentes y podrían casarse en cuanto así lo desearan, por lo que dos semanas después ya estaban frente al altar escuchando las palabras del párroco. Ella estaba vestida con un hermoso y elegante traje color azul claro casi blanco, un hermoso y delicado peinado decorado con pequeñas perlas a juego con los aretes y collar a juego.

La ceremonia se realizó en la parroquia perteneciente al marquesado y a la pequeña reunión de celebración asistieron solo unos pocos invitados, solo los nobles que se considerasen cercanos a la familia, por lo que no habían más de

veinte familias en el salón. Todo fue muy sencillo y elegante, una boda digna de la aristocracia y que sin duda llamó la atención de gran parte de los londinenses, no solo por el escándalo que propició la unión sino también por la celeridad con la que se realizó. Después de todo un compromiso habría sido suficiente para acallar los rumores, pero haber acelerado la boda con tanto interés incluso levantó las sospechas de la falta de virtud e incluso de un posible embarazo; comentarios que, aunque no podían estar más fuera de lugar, lograron ponerlos en el centro de atención.

Para Clawrence no fue nada sencillo prometer obediencia a su esposo; la fidelidad y el respeto eran naturales, pero tener que cumplir con todos sus deseos sin poner reparo alguno le costaría un muy buen esfuerzo, eso sí, si lograba hacerlo, cosa que dudaba.

—Los declaro marido y mujer, puede besar a la novia. —En el momento en que Chelmdendley se acercó dispuesto a besarla, ella giró el rostro haciendo que sus labios terminaran en su mejilla.

—Ya te lo dije, no me volverás besar —le susurró un segundo antes de girar y juntos miraron a los invitados que aplaudían su unión.

Durante la pequeña cena a modo de celebración, bailaron juntos y compartieron la cena uno junto al otro. Conversaron poco y se limitaron a mirarse el uno al otro en un intento por conocerse, por entender los sentimientos y opiniones que les generaban todo aquello que estaban viviendo; el problema era que no se atrevían a hablar, a expresarse, a comunicarle al otro aquello que había en su corazón, lo que complicaba de sobremanera la posibilidad de terminar con las diferencias y vivir un verdadero matrimonio.

Cuando el momento de retirarse llegó, él la llevó hasta su mansión. Frente a la puerta los esperaban todos los sirvientes a quienes presentó en cuanto bajaron del carruaje. La casa era demasiado grande para mostrarla en una sola noche, por lo que se limitó a llevarla al despacho, a la biblioteca, a la cocina, al salón principal, a la habitación de la marquesa y por ende la del marqués, lugar que compartirían esa noche. Al estar a solas, los nervios florecieron.

Una cosa era disfrutar de un par de caricias furtivas y una muy diferente saber que esa misma noche consumirían su matrimonio, algo natural, después de todo ya era esposos, pero sería la primera vez para ella, y en cierta forma para él, ya que nunca le había quitado la virtud a una dama. Las jóvenes vírgenes tenían un enorme prohibido para él por razones más que obvias, sin embargo, era a su esposa a quien tenía en frente.

—¿Recuerdas los minutos que compartimos en el establo? —dijo el caballero cerrando la puerta con seguro y acercándose a ella; no quería abrumarla por lo que solo se deshizo de su chaqueta, chaleco y pañuelo.

—Sería imposible olvidar aquello, por supuesto que lo recuerdo —respondió la aludida con las mejillas ligeramente sonrojadas al recordar su actitud libertina.

—Bien, creo recordar que te sentiste a gusto con mis caricias, si deseas consumir la unión esta misma noche lo que sucederá no será muy distinto, adentrarme en tu cuerpo por primera vez puede ser un poco doloroso al principio, es normal, debemos darle la oportunidad a tu cuerpo de acostumbrarse a la invasión, pero te juro que al final será muy placentero y ambos lo disfrutaremos, puedo asegurártelo. —Tomó asiento sobre la cama y le dio un par de golpecitos a su lado para invitarla a acomodarse.

—¿Me estás dando la oportunidad de elegir si quiero yacer contigo esta misma noche o esperar a que esté lista? —preguntó sorprendida. En varias oportunidades, mientras estuvo en la escuela para señoritas, le repitieron sobre el deber de una mujer para con su esposo, que además de tener que darle herederos, debía proveerle placer sin poner resistencia alguna. La idea de permitirle decidir era completamente nueva para ella, y estaba segura de que era muy poco común.

—Por supuesto, no pienso obligarte a nada, no soy un salvaje, eres libre de decidir qué hacer o no con tu cuerpo, incluso elegir quién comparte tu cama y a quién le provees de caricias y placer. Eso sí, aunque esté dispuesto a esperar a que estés lista para yacer en mis brazos como mi mujer, debes saber que yo

debo ser el único en tu cama, si no soy yo no puede ser ningún otro, la sola idea de compartirte me enferma. —Tenía una hermana que adoraba con su vida, jamás sería capaz de obligar a una dama a hacer algo que no deseara, hacerlo sería como permitir que trataran de la misma manera a Elyse; él era un caballero en todo el sentido de la palabra, incluso en el trato con su mujer. Ser un hombre no lo hacía mejor que ella.

—Pero la ley me obliga a complacerte —comentó recordándole la sociedad en la que vivían; era difícil imaginar otro tipo de vida cuando incluso su familia vivía bajo ese tipo de normas.

—Las normas pueden decir lo que quieran, pero yo soy libre de elegir mi propio comportamiento; piénsalo bien, si te trato como un simple objeto para darme placer o como yegua de cría no tendría moral para defender a mi hermana de un hombre que haga lo mismo con ella; eres una mujer hermosa, una dama, mereces mucho más que eso. —Clawrence nunca antes había escuchado algo más hermoso en su vida. No había compartido mucho tiempo con Jonathan, pero estaba segura de que aunque jamás lastimaría físicamente a su esposa, por lo que sabía de él, no tardaría en dejarla embarazada y conseguirse una amante que calentara su cama: era lo mismo que hizo su padre durante tantos años.

—No vale la pena retrasar algo que es inevitable, después de todo eres mi esposo. Eso sí, tienes prohibido besarme. —Él la miró como si se hubiese vuelto loca, pero se quedó sin palabras y hasta sin respiración al ver cómo empezó a desabrocharse los botones de su vestido que, por suerte, estaban al frente. Esa mirada llena de picardía y coquetería fue lo que lo conquistó desde el principio, esa dulce forma de dejarlo sin palabras como un estúpido mientras ella lo seducía; era imposible no perder la cabeza por ella, y aunque por su comportamiento nadie diría que era virgen, era perfecta.

Ella se deshizo de su vestido y demás vestimenta con movimientos lentos hasta quedar con un hermoso y atrevido camisón que era casi transparente y dejaba poco a la imaginación. Un regalo de su madre quien al ponérselo

aseguró que con ello mantendría al marqués en su cama.

El tema de las amantes era un asunto que debían tratar con prontitud. No tenía la potestad para pedirle que no las tuviera, pero sí era su deber buscar la forma en que ese asunto fuera un tanto menos doloroso y vergonzoso; era imposible dejar de pensar que si él buscaba placer en otra mujer era porque ella no era capaz de complacerlo como debía ser; aunque aún era inexperta, quería proveerle a su esposo la misma plenitud que él estaba segura le daría, y tenía que esforzarse para ello.

Caminó hasta él quien no dejaba de repasar su cuerpo de arriba abajo con los ojos más oscuros que había visto en su vida. La deseaba, era la misma mirada que había visto en los establos. Cuando estuvo a su alcance, él la tomó por las caderas y la ayudó a sentarse a horcadas sobre él; no era libertina, después de todo era su esposo.

—No lo olvides, no puedes besarme —le recordó para luego poner las manos sobre su pecho y empezar a levantar su camisa. Quería quitársela y con un poco de su ayuda lo logró, dándole la libertad de acariciar y conocer su duro y musculoso pecho; era un hombre apuesto por donde fuese que se le mirase. Después de todo fue una mujer muy afortunada, tenía a su lado a un guapo caballero.

—Te lo ruego, necesito uno de tus besos, te lo suplico —murmuró con voz ronca a la vez que soltaba su camisón y se lo quitaba para dejarla completamente desnuda; esa mujer era un festín a los ojos de cualquier hombre: sus senos eran un tanto voluptuosos al igual que sus caderas, su cintura era pequeña, sus piernas largas, su piel parecía de porcelana, sus rosados pezones erguidos, orgullosos, los rozos claros que ocultaban su feminidad. Nunca imaginó ver algo tan hermoso y excitante en una sola mujer.

—Si suplicas un poco más tal vez cambie de opinión, pero eso no sucederá hoy. —Enrique buscó su cuello y empezó a dejar besos en su piel.

—Te ganarás mucho más de estos. —Pasó la mano sobre la marca apenas visible de su seno; era la única forma que tenía de demostrar su frustración al

no poder besarla, pero era tan hermoso ver su cuerpo y saber que le pertenecía.

—Mientras solo tú puedas verlos —comentó con coquetería excitándolo aún más como si aquello fuese posible. La tomó por las caderas y rozó su entrepierna con la de ella robándole un gemido, su nuevo sonido favorito. Deseaba poder causar en ella muchos más de esos, tantos como le fuese posible. Quizás terminara siendo ella quien le rogara por uno de sus besos. Cuando el deseo es mutuo jugar con ello es peligroso, perder la batalla es de lo más sencillo.

La tomó en sus brazos, la levantó y la acomodó en el centro de su cama a la vez que él se ubicaba sobre ella. Besó su cuerpo de pies a cabeza a la vez que sus manos se movían sobre su piel conociendo cada uno de sus secretos. Su favorito fue un pequeño lunar que tenía justo debajo de su seno derecho, cada vez que sus labios se ubicaban sobre ese delicado lugar ella temblaba y soltaba un pequeño gemido; incentivó su centro femenino con su boca y sus dedos hasta que la sintió a punto de llegar al éxtasis, solo entonces se permitió ponerse entre sus piernas y prepararse para entrar en su cuerpo.

—Puedes detenerme cuando lo creas necesario, pero si no entro en ti en este mismo momento enloqueceré. —Ella tomó su rostro entre sus manos y acercó sus labios a su oído. También se moría por besarlo, pero antes muerta que darse por vencida y darle todo lo que quería, ya que fue imposible negarle su cuerpo, por lo menos le negaría sus labios.

—Reclama mi cuerpo, es lo único que me falta para ser completamente tuya —susurró deseosa y pronto empezó a sentir la delicada presión que ejercía su anatomía masculina al irse adentrando en ella; esas palabras eran mucho más que una invitación a culminar su unión, mucho más que el simple deber de consumir un matrimonio; era la única manera que tenía de confesarle los sentimientos que guardaba en su corazón, el amor que nacía en su interior. Lo aceptó después de que su corazón acelerara sus latidos a más no poder después de escucharlo decir que respetaría sus decisiones y la trataría como a

una igual aun teniendo la libertad legal de manejarla a su antojo. Lo amaba.

## Capítulo 11

Nunca es fácil aceptar un sentimiento como el amor, no solo porque muchos tienen la idea de que el amor te hace débil o que simplemente no existe, sino porque a veces cuesta entender que alguien más es dueño del corazón y hasta la alegría de la vida; es crear cierta dependencia hacia la persona que lejos de hacernos débiles nos hace fuertes, capaces de todo; es un apoyo, una fuente de poder, de no ser así, no es amor.

Se tomaron y entregaron el uno al otro sin reservas ni miedos. Aunque eran conscientes de que se pertenecían mutuamente ninguno era capaz de admitirlo en voz alta, por lo que su unión, hasta ese momento, no era más que un acuerdo de placer y compañía, aún tenían mucho más que compartir para encontrar ese vínculo que los obligase a aceptar lo que ya no podían negar.

Tal como su esposo le advirtió, la primera invasión fue dolorosa y se sentía un tanto incómoda, sin embargo, él volvió a centrar su atención en acariciar sus senos y besar su cuello, por lo que las molestias no tardaron en desaparecer para ser remplazadas por el placer que pronto la llevó de vuelta al cielo, tanto que terminó enrollando sus piernas alrededor de la masculina cadera en un intento por mantenerlo unido a ella. No tardaron mucho en llegar al éxtasis, abrazados el uno al otro y dispuestos a amarse por el resto de los días que les quedaran de vida. Estaban seguros de que su futuro estaba justo ahí, en esa misma cama, usando el mismo apellido y con las mismas ansias de un beso.

—Te lo ruego, bésame —ella negó y se limitó a dejar un pequeño y casto beso en su mejilla, no obtendría más.

—Ya sabes cuál es la respuesta —respondió movimiento sus manos arriba abajo a lo largo de su espalda; le encantaba sentir cómo sus músculos se tensaban a su paso y su anatomía volvía a la vida ansiosa por empezar de nuevo.

—Dios, te juro que nunca más volveré a comportarme como un idiota, si debo tomar alguna decisión lo primero que haré es comentarla contigo y nunca más haré algo sin tener la certeza de que estás completamente de acuerdo con ello. Seguro que puedes perdonarme el pequeño error que cometí, además, no terminamos tan mal después de todo. —Él movió su cadera, estaba tan excitado como al principio.

—No importa, puedes decir lo que quieras, pero no volverás a probar mis labios en un muy buen tiempo.

Hicieron el amor durante toda la noche una y otra vez hasta que sus cuerpos cayeron dormidos en un profundo sueño abrazados el uno al otro, pero aunque se entregaron en todos los sentidos, sus labios no se tocaron ni en una sola oportunidad. No había nadie más terco que ella y esa noche lo comprobó. No importó lo que hiciera, intentara o lo mucho que la complaciera, Clarence se negó a permitir que la besara por lo que, aunque fue una noche maravillosa, no se podía catalogar como perfecta. Necesitaba volver a probar sus labios cuanto antes, después de todo fueron ellos los que los unieron y con un poco de suerte seguirían haciéndolo.

No harían viaje de novios. Enrique no lo creyó conveniente teniendo en cuenta la gran cantidad de rumores sobre un embarazo, por lo que prefería permanecer un par de meses cerca, después de que todos notasen que la verdadera razón por la que se casaron tan pronto no fue por un sorpresivo hijo, entonces la llevaría a conocer todas sus propiedades que eran bastas no solo en Londres, pues poseía una cerca de Escocia en la que se levantaba un hermoso castillo hecho en piedra rodeado por una gran pradera verde y un río

cercano que hacían del paisaje un lugar digno de ser admirado. Cualquiera se sentiría una verdadera princesa al saber que todo aquello le pertenecía, o eso decía Elyse cada vez que viajaban allí. Enrique estaba buscando la manera de comprar la propiedad vecina para regalársela a su hermana; estaba seguro de que eso la haría muy feliz y ansiaba ver la sonrisa en sus labios.

La dama se encargó de hacer de la habitación de la marquesa un espacio para ella. Ella misma escogió sus muebles y las decoraciones y puso un lindo escritorio con su respectiva silla, en el cual colocó una pequeña biblioteca personal que había traído de la casa de sus padres. Lo único que dejó fue el tocador, que era muy hermoso y hacia juego con todas las demás decoraciones del lugar.

Su esposo le dio una habitación vacía junto a la biblioteca y cerca de su despacho, para que hiciera del lugar su propio despacho; ese pequeño detalle le encantó porque le estaba dando la oportunidad de tener privacidad, la hacía sentir como si todo aquello de verdad también fuese propio, de los dos, como la familia que eran.

Aunque durante el día pocas veces podían compartir mucho tiempo, las cenas siempre eran para los dos y durante ese lapso se dedicaban a compartir las experiencias del día y los recuerdos especiales de la vida en un intento por conocer un poco más del otro; y las noches también eran para ellos; ella no había dormido en su habitación ni una sola vez. Siempre que terminaban la cena y se retiraban a sus aposentos, él la arrastraba hasta su espacio y empezaba a desvestirla con suavidad y coquetería acariciando la piel que poco a poco iba quedando al descubierto, pero en ninguna de las muchas veces que hicieron el amor sus labios volvieron a tocarse.

—Necesito ideas —pidió el marqués a su hermana y cuñado; ese día se levantó tan temprano como pudo y fue a visitarlos, ya había pasado mucho tiempo desde la promesa de no volver a besarlo y ya no podía más, por lo que decidió ir en busca de ayuda.

—Su rabia es más que entendible, Enrique. Nosotras, las mujeres,

poseemos muy pocos espacios en los que podemos decir que tenemos la última palabra y aunque no todas tienen la libertad de ello, su padre le dio la libertad de elegir su compañero de vida. Para nosotras la vida es un contaste de obediencia, aprendemos a atesorar cada oportunidad de autonomía y que tú le hayas robado la única que tuvo fue como si le volvieras a poner unas cadenas, y de hecho lo hiciste, solo que en esta oportunidad viene en forma de anillo. —Al escucharla, su hermano entendió muchos de los actos de su esposa.

—Pero ¿qué se supone que debo hacer para remediarlo? Aunque quiera, ya no puedo devolver el tiempo y cambiar mis actos. —Andrew suspiró; cuando un hombre encuentra al amor de su vida desea atraparlo a como dé lugar, en su posición él habría hecho lo mismo.

—¿Y si le das un regalo? —opinó el conde; la mayoría de las mujeres se complacían con una hermosa joya, unos lindos vestidos o algún que otro objeto de valor.

—Ella no es de ese tipo de mujeres, Andrew, piénsalo. Por lo que nos cuenta Enrique, ella y yo tenemos mucho en común, ¿acaso tú me darías una joya en un intento por solucionar nuestros problemas? —Su esposo de inmediato negó; no todas las mujeres eran iguales y habían unas pocas que eran mucho más difíciles de complacer. Su esposa sin duda alguna era una de esas, a ella se le podía comparar con una caja de sorpresas, nunca se sabía qué esperar.

—No, amor, por supuesto que no, de seguro tú terminarías lanzándomelas a la cabeza sin importar si son esmeraldas, zafiros, diamantes o rubíes, entonces habrá que pensar en algo más —Elyse asintió, estaba de acuerdo con sus palabras; una verdadera mujer especial no se deja deslumbrar por piedras preciosas u objetos valiosos por mucho que brillen o por lo costosos que sean, ellas esperan algo más, algo que de verdad demuestre que te esforzaste, que te salió del corazón y que lo pensaste especialmente para ella. Si no es una mujer convencional, los regalos convencionales no funcionan.

—Piensa en algo que sea especial para ella, algo que le demuestre que siempre la tendrás en cuenta para todo, que ella no es solo un adorno sino todo lo contrario, es parte esencial de tu vida. Yo te daría un consejo tal vez un tanto más útil, pero lamentablemente no la conozco lo suficiente, durante el tiempo que estuve con ella y la ayude a preparar su boda apenas si mantuvimos una verdadera conversación, todo se basaba en flores, colores o materiales, es una mujer un tanto tímida. —El marqués sonrió; no, ella no era en absoluto tímida.

—Creo que es más bien que tú eres demasiado extrovertida, Lys, estoy seguro de que llegaste a hablarle hasta por los codos dejándola un tanto aturdida, ¿quién puede hablar cuando tú tienes la palabra? —dijo a modo de chanza ganándose un pequeño golpe en su brazo por parte de su hermana.

—¡Idiota! Sigue así y terminaré prohibiéndote la entrada en mi casa —respondió en un intento por parecer brava, pero falló al ver cómo ambos caballeros intentaban aguantar la risa y al final terminaron riendo los tres—. Tienes a tu lado una mujer realmente única, hermano, no puedes perderla, nunca vi que tus ojos brillaran tanto o que tu sonrisa fuera tan grande cuando estabas con esas amantes tuyas, demuéstrole lo mucho que vale en tu vida y será tuya para la eternidad, no me queda la menor duda de que ella también te quiere con locura, pero también se niega a aceptarlo —le aconsejó con dulzura.

—¿En qué momento creció tanto mi hermanita? Hace no mucho salías corriendo a buscarme siempre que tenías miedo. —Ella lo abrazó.

—Sigo siendo la misma, Enrique y tú sigues siendo mi gran hombre, es solo que ahora tengo alguien más para que me defienda, estoy casada, de la misma forma en que tú encontraste a alguien más a quien cuidar. —Dejó un pequeño beso en su mejilla; ellos siempre tuvieron una relación muy especial, algo normal teniendo en cuenta que sus padres murieron cuando ella aún era muy pequeña y fue su hermano quien la cuidó y educó desde entonces.

—Todo estará bien, Lys, lo prometo, pronto traeré a mi esposa conmigo y

podrán sentarse a tomar té y hablar de cuanto deseen como si un par de amigas de toda la vida se trataran. Estoy seguro de que se entenderán a la perfección, ambas son igual de tercas, orgullosas, hermosas e inteligentes, además que tienen algo en común... —No completó la frase como dándole un poco de misterio al asunto, por lo que su hermana se vio obligada a adivinar.

—¿Tú?

—No, no soy yo, ambas tienen a un gran afortunado pero imbécil esposo —comentó a modo de burla con la vista fija en su cuñado quien soltó una carcajada.

—De eso no hay duda alguna.

Cuando volvió a casa, le dijeron que su esposa estaba en la sala de música, cosa que le pareció extraño, pues en ningún momento escuchó que alguno de los instrumentos que había emitiera sonido alguno, y aunque estuvo tentado a ir a buscarla, prefirió quedarse en la biblioteca con un libro en sus manos mientras fingía leerlo cuando su cabeza no dejaba de pensar en una solución para sus problemas.

Pensó en regalarle un caballo, pero, aunque es un obsequio que de seguro apreciaría, no lo tomaría de la misma manera o con el mismo propósito con el que él se lo daba.

Las joyas estaban completamente descartadas desde el principio y una propiedad no valía la pena cuando bien sabía que todo lo que él poseía también le pertenecía a ella. Se puso de pie y caminó hasta una de las ventanas que daba al patio trasero, al ver a uno de los mozos preparando un caballo con el hermoso paisaje de fondo supo lo que tenía que hacer.

Dejó el libro sobre una de las mesas y salió corriendo hasta la sala de música, le dio un suave toque a la puerta y al escuchar un “pase” entró; ella estaba sentada frente al piano con los dedos sobre las teclas como si lo fuera a tocar.

—Pensé que escucharía algún tipo de melodía al acercarme —comentó el marqués con un tono de voz lleno de diversión. Clawrence miró a su alrededor

y a la gran cantidad de instrumentos, para luego suspirar.

—He de admitir que la música no es uno de mis mayores talentos, sé cantar y puedo tocar un poco de piano y arpa, sin embargo, no lo hago con tanta pasión como debería, de ahí que no sea tan buena en el asunto, soy más del tipo de actividades que implican el aire libre, la naturaleza, incluso pinto paisajes y me quedan muy bien, ese tipo de colores me alegran. —Su esposo sonrió para luego acercarse y sentarse junto a ella en el banquillo del piano. Ubicó sus dedos sobre las teclas y empezó a tocar con tanta naturalidad que la sorprendió; tenía mucho talento, era hermoso.

—Antes de morir, mi padre se encargó de enseñarme a tocar el piano. Decía que un caballero tenía que conocer de música y saber interpretar al menos un instrumento. Elyse no lo recuerda porque ella era apenas un bebé, pero es uno de los recuerdos que más atesoro en mi vida y espero, cuando tenga un hijo, enseñarle lo mismo, aunque me temo que tendrá que ser el piano porque es el único instrumento que conozco. —La marquesa lo miró con una pequeña sonrisa en sus labios; el día en que su padre le regaló a Storm fue igual de importante para ella, era el único recuerdo que tenía de ellos dos juntos y lo atesoraba como si se tratase de la joya más valiosa e importante de su vida.

—¿Te das cuenta de que puedo estar embarazada en este mismo momento? —preguntó divertida; ya se tenían la suficiente confianza como para hablar de cualquier tema, por ello un día le preguntó cómo podía quedar embarazada o por qué su ingle se hinchaba y levantaba de esa forma siempre que estaban a punto de hacer el amor. Sobraba decir que sus mejillas estaban muy rosadas mientras él le explicaba que, así como ella se humedecía, esa era la forma en que su cuerpo demostraba lo excitado que estaba.

La idea de ser padre lo atraía, bastante, quería ver cómo el vientre de su amada se hinchaba gracias a su semilla y cómo al poco tiempo se convertía en un pequeño heredero o una dulce señorita.

—Puede que sí, supongo que nos hemos esforzado mucho en el asunto, sin embargo, quiero pedirte algo. —Ella lo miró con curiosidad en sus ojos.

—Dime.

—Sé que te dije que lo mejor era estar acá en Londres y participar de la temporada social, pero lo estuve pensado y creo que ya es hora de que viajemos a mi casa de campo. Queda a día y medio de viaje, es un territorio muy amplio y en su centro se levanta una mansión hermosa e imponente hecha en piedra, quiero que todos te conozcan como mi esposa y quiero mostrarte algo especial. —La marquesa lo miró con pura y verdadera emoción brillando en sus ojos, le encantaban las sorpresas.

—Sabes que por mí no hay ningún problema y desde un principio quise viajar a tu casa de campo, fuiste tú quien se negó a hacerlo, pero si así lo deseas podemos partir esta misma tarde.

—Lo sé, pero quiero que viajemos solo si tú así lo deseas. —Clawrence se levantó de repente y tocó la campanilla para solicitar la presencia de su doncella; ella tenía más que clara su decisión, no es como que tuviera que pensárselo mucho.

—¡Por supuesto que quiero ir! Te acabo de decir que me encanta estar en un ambiente lleno de naturaleza. Ya mismo le pediré a mi doncella que preparemos mi equipaje y el tuyo, tú decides si salimos esta misma noche o mañana al amanecer, cuando más pronto posible, mejor. —Su esposo soltó una carcajada, parecía una niña pequeña a la que le decías que irían a jugar. No pensó que se pondría tan alegre al proponerle que conociera su casa de campo, de haberlo sabido la habría invitado antes.

—Por nuestra seguridad lo mejor es esperar hasta mañana, prometo que saldremos a primera hora de la madrugada en cuanto la oscuridad desaparezca. Encárgate de dejar los baúles listos para que mañana solo sea ponerlos en el carruaje, le informaré al mayordomo y a la ama de llaves, intenta descansar mucho esta noche. —Su esposa lo miró coqueta con una ceja elevada y las manos en su cintura.

—Espero que eso no signifique que me dejarás dormir sola esta noche, ¿o sí? —Los ojos de él brillaron ante la excitación de sus encuentros nocturnos.

—¿Permitirás que te bese? —preguntó él haciendo uso de cuanta oportunidad tenía a su alcance para terminar con su agonía.

—Será mejor que le pida a alguna sirvienta que me ayude con la chimenea de mi habitación o pasará mucho frío en la soledad de mi cama. —Enrique soltó una carcajada; esa era su dulce mujer, tan decidida como siempre, estaba casi que rogando por un beso y sin importar que hiciera, ella siempre se lo negaba, qué labor más dura por la que estaba pasando.

—Ni se te ocurra, estarás más caliente entre mis brazos, prometo no tocarte en toda la noche. Hoy sí debemos descansar porque mañana será un día largo y pesado. —Los labios de ella se curvaron en una sonrisa triunfadora.

—Extrañaré tus manos y tus caricias, pero será un placer calentar la cama para ti, milord. —Le guiñó un ojo para luego dar media vuelta e irse seguida por su doncella; esa era su mujer, esa coquetería seguía encantándolo, tal como lo hizo el primer día en que apareció frente a él pidiéndole que la besara porque quería ser ella quien decidiera con quién y cuándo obtenía su primer beso. Desde ese día no había dejado de sorprenderlo y esperaba que nunca dejara de hacerlo.

Fue con su mayordomo y dejó todo listo para irse por varios días. Si sus planes salían como esperaba, estarían allí al menos un mes, y quizás de allá llegasen con un pequeño bebé creciendo en su vientre, aunque con ese asunto tenía diferentes opiniones, pues por un lado ansiaba consumir su amor con un pequeño o una pequeña que los llenase de amor, pero por otro le gustaría disfrutar un poco más de ella, de su relación, solo los dos. Tomó aire y lo botó con lentitud, dejaría que el tiempo avanzara y que las cosas sucedieran como debían ser, que fuera el destino o la vida quien decidiera cuándo era el momento propicio para tener descendencia.

## Capítulo 12

Tal como planearon, después de compartir toda la noche abrazados, al día siguiente partieron rumbo a la casa de campo perteneciente al marquesado de Chelmendley y ubicada cerca de Leeds. Durante el viaje mantuvieron una conversación monótona sobre recuerdos de su niñez o sus gustos, cosa que los ayudó a conocer por qué eran como eran. Por ejemplo, Enrique entendió que Clawrence le tenía mucho cariño a los caballos porque al sentirse tan sola en casa, ya que sus padres nunca le prestaron la atención debida y su hermano nunca estuvo, su yegua fue la única compañera. Pasaba sus tardes cepillando su cabello y hablando con ella como si pudiese responderle, además que siempre que montaba se sentía volar, se sentía libre, sin cadenas que la ataran a una familia, a un título o a unas normas.

Se detuvieron en una posada a comer y a pasar la noche, en donde el marqués no pudo mantener las manos alejadas y terminó haciéndole el amor hasta el amanecer, por lo que al siguiente día mientras continuaban su viaje, ella se recostó en su pecho durante casi todo el trayecto para descansar. Le encantaba verla dormir, lo hacía siempre que podía y debía admitir que a veces se aprovechaba y dejaba castos besos en sus labios, pero no era lo mismo, quería explorar cada uno de los rincones de su boca, probar su dulce sabor una vez más, por lo que no dejaría de intentarlo, recuperaría sus labios.

Al llegar a su destino, ella seguía profundamente dormida por lo que empezó a acariciarla y dejar besos en su cabeza. Si ella despertaba y él estaba

besando sus labios, retrocedería lo poco que había logrado avanzar.

—Vamos, preciosa, no quieres que tus sirvientes te vean dormida y poco aliñada —le susurró con dulzura mientras ella se removía inquieta hasta abrir sus ojos llenos de pereza y un tanto adormilados; aún no quería despertar, así que lo abrazó y se acomodó una vez más con el intento de dormir un par de minutos. Aquello lo hizo reír.

—No, déjame dormir un poco más, fuiste tú quien me mantuvo despierta toda la noche y me siento muy cansada.

—No, levántate que ya llegamos, Clawrence, seguro que querrás estirarte y descansar. —Soltó un gemido a forma de queja para luego enderezarse, alisar su falda y verificar que el delicado y sencillo recogido en su cabello estuviese presentable; una vez que lo comprobó, lo apremió a bajar del carruaje. Enrique lo hizo y la ayudó a bajar. Tal como sucedió cuando la llevó a su casa principal, fue presentada primero al mayordomo y su ama de llaves, siempre llevaba a su doncella consigo por lo que solo tenía una, decía que ella ya sabía cómo le gustaba prepararse, así que no la iba a cambiar. Conoció a la cocinera, sirvientes y lacayos, pero lo que llamó su atención fue el caballo negro que permanecía en uno de los laterales de la casa, sin pensárselo dos veces fue hasta él y acarició su cabeza.

—Qué hermoso eres. ¿Cómo se llama? —preguntó a su esposo sin dejar de ver el animal; era muy noble.

—Lord —respondió con naturalidad haciendo que ella soltase una fuerte carcajada.

—No puede ser cierto, ¿en serio le pusiste Lord? ¿Por qué? Es el nombre más extraño que he escuchado en mi vida, en serio. —Él levantó el hocico del animal y movió su mano a lo largo de su largo cuello.

—Viene de Escocia, el nombre es en honor a su raza, es de las mejores de la zona además de ser algo así como el líder de una pequeña manada; fue una historia un tanto extraña por lo que no sabría contártela, pero cuando viajemos a una propiedad que tengo allí, el hombre que lo crio se encargará de

explicártelo. —La dama no dejaba de ver al animal con fascinación, le encantaba.

—¿Es tuyo?

—No, es tuyo. —Ella lo miró claramente sorprendida con los ojos muy abiertos; era evidente, no esperó que él le diera un regalo parecido.

—¿Mío? Creo que no estoy entendiendo, yo tengo un caballo y se llama Storm, es un yegua, tú mismo la has visto, tiene el pelaje gris —su esposo asintió para luego pasarle las riendas del animal a ella.

—Lo entiendo y por supuesto que recuerdo que tienes una yegua que fue un regalo de tu padre y que por cierto es muy hermoso, pero no puedes andar con él a todo lugar que vayamos, por lo que decidí comprarte uno nuevo así puedes usarlo con libertad siempre que desees, a mí me encanta pasar tiempo aquí y espero que tú lo disfrutes tanto como yo. —La joven, por instinto, se lanzó a sus brazos y lo abrazó dejándose llevar por la emoción, pero no estaba tan extasiada como para besarlo.

—¡Gracias! Es hermoso a pesar del nombre. —Se soltó y abrazó al caballo; estaba muy feliz, ese tipo de regalos eran los que de verdad le gustaban.

—Olvida lo del nombre. Sube a tu habitación, comes algo, te das un baño y prepárate para salir a cabalgar, quiero llevarte a un lugar muy especial para mí y no hay tiempo que perder, aún es muy temprano. —Ella tenía en sus ojos esa mirada brillante.

—¿Cómo, la sorpresa no termina ahí? —él negó.

—Respondiendo a tu pregunta, no, la sorpresa no termina ahí y aprovechando que apenas es medio día quiero disfrutar la tarde. Corre y prepárate, no tenemos tiempo que perder. Te veré en una hora aquí mismo. — Enrique dejó un beso en su mejilla y salió corriendo hacia el interior de la mansión, debería estar mostrándole la casa y los alrededores, pero tenía mejores planes para ellos. Se reunió con su administrador para verificar las cuentas y todos los pendientes que fueran urgentes; el hombre le había enviado una nota días atrás solicitando su presencia.

El problema era con uno de sus arrendatarios. El asunto no fue nada sencillo de solucionar, por lo que estuvo más tiempo del que le hubiese gustado en el despacho con él, y ya que debía aprovechar cada minuto que tenía disponible, comió mientras continuaba conversarlo el asunto. Tuvo el tiempo exacto para subir, cambiarse de ropa, lavarse la cara y estar listo para su esposa. Como buen caballero, llegó a la hora acordada a la entrada principal; los caballos ya estaban listos y su mujer ya estaba subida sobre el suyo; a modo de saludo, le lanzó un pequeño guiño y se subió a su caballo.

—Sígueme de cerca, si voy muy rápido no dudes en pedirme que baje la velocidad —le gritó para luego salir a todo galope rumbo al oriente de sus tierras; no necesitaba mirar muy atrás para ver su posición, tal como le dijo en varias oportunidades era muy buena cabalgando y era capaz de seguirle el paso sin mucho esfuerzo.

El lugar al que se dirigían era muy retirado de la mansión, tardaron varios minutos en llegar hasta allí, muchos más de los que Enrique recordaba, aunque la última vez que estuvo allí no era más que un jovenzuelo que no sabía mucho de la vida y mucho menos de lo que quería para su futuro. En ese momento no supo valorar lo que tenía en frente, aunque no todo era malo teniendo en cuenta que ahora lo haría de la mano de su esposa y no en completa soledad.

Cuando se detuvieron, la ayudó a bajar del caballo y amarrarlos en uno de los árboles; era un espacio abierto con una gran cantidad de árboles altos y frondosos que los cubrirían del sol mientras que el suelo estaba lleno de flores amarillas que brillaban en el inmenso verde del césped, donde justo allí colocaron una manta en la que tomaron asiento. Cuando Clawrence levantó la mirada y divisó el horizonte, su corazón se aceleró, era el paisaje más hermoso que había visto en toda su vida; el sol casi rozando el suelo, los cielos de un claro y perfecto azul combinaban a la perfección con el verde.

—Solo necesitas llegar a ese árbol y podrás divisar un pequeño lago, su agua es pura y limpia, de joven me gustaba venir a bañarme allí; desde aquí tienes a tu alcance todo lo que puedes desear, un paisaje, naturaleza,

tranquilidad y un caballo. —La expresión del rostro de la marquesa era indescriptible, era una combinación entre asombro, felicidad, emoción y nerviosismo.

—¡Por Dios! —fue lo único que pudo decir, con la maravilla que tenía ante sus ojos se quedó sin palabras.

—Quiero construir un pequeño cuarto aquí para ti, tendrás lo necesario para pintar tanto como desees y mantener a tu caballo un par de horas, será un espacio solo para ti, aquí podrás hacer lo que desees —en cuanto le dijo eso su esposa, ya se imaginaba sentada haciendo tantas pinturas como deseara; era el mejor regalo que le habían dado en su vida, incluso superaba el caballo que le dio su padre porque en ese lugar unificaría todo aquello que le gustaba, era como tenerlo todo en un solo cuarto.

—¿Y por qué lo harás? —preguntó girándose y mirándolo a los ojos.

—Cometí muchos errores en el pasado y quiero cambiarlo. Escúchame, Clawrence, eres lo más hermoso que me ha pasado en la vida, de verdad, te lo juro, sé que eres todo para mí, todo lo que merezco y necesito, nunca quise herirte, lastimarte o hacerte sentir menos cuando decidí organizar todo ese estúpido plan para casarme contigo, tuve miedo de perderte al escuchar que Ross te estaba pretendiendo, tenía que actuar. Te traje aquí porque quiero dejar que elijas, eres libre de elegir si deseas quedarte aquí, lejos de Londres y de sus estúpidas normas o volver junto a mí en un par de días; quiero que elijas si quieres pasar el resto de tu vida a mi lado o si deseas irte a Francia con quien desees, te enviaré el dinero siempre que necesites; quiero que elijas si deseas tener hijos conmigo o no. Es cierto que prácticamente te obligué a casarte, pero eres libre de decidir lo que harás en los siguientes días, puedes hacerlo y yo lo respetaré, lo juro, nunca me opondré a nada, nunca he pensado que por ser mujer vales menos o eres menos importante, todo lo contrario, y me encantaría explicarte lo mucho que significas para mí, pero es imposible, no encuentro las palabras adecuadas y siento que darle nombre a esto sería limitarlo. —El corazón de ella latía tan fuerte que sentía que en cualquier

momento terminaría saliéndosele del pecho. Nunca había escuchado algo tan especial, era justo eso lo que estaba esperando de su parte: una verdadera disculpa.

—¿Quién te enseñó a pensar así? —Era el primer hombre que conocía y no consideraba a la mujer como un objeto para lucir, además de un medio para reproducirse y darle los herederos que necesitaba.

—Fui algo así como un padre para Elyse, solo éramos ella y yo, por lo que fue mi deber cuidarla, enseñarle ciertas cosas y asegurarme su buena educación, no puedo tratar a mi esposa de una forma distinta que no sea como le gustaría que la trataran a ella. —Cualquiera envidiaría la relación que tenían ellos dos y de hecho muchos lo hacían, pero a ellos nunca les habían importado los rumores.

Sus palabras fueron tan emotivas que los ojos de su esposa se cristalizaron.

—Eres un caballero en todo el sentido de la palabra, Enrique, lo supe desde el mismo momento en que te vi en el salón de la casa de mis padres con ese elegante traje tuyo caminando entre las sombras de un jardín; ese día te limitaste a cumplir con mis deseos cuando podrías haberte aprovechado de mí, algo normal si tenemos en cuenta mi comportamiento libertino, te bese como si nada. —El marqués dio un paso hacia ella acercándose mientras su mirada se turnaba entre sus labios y sus ojos.

—Me sorprendiste como ninguna, lo juro, nunca imaginé que ese día conocería a una descarada señorita que llegaría, me besaría y desaparecería luego.

—Sí, el problema fue que no me permitiste desaparecer, por más que lo intenté, te empeñaste en ir por mí una y otra vez. —De no haber sido por la insistencia del caballero en mantenerse cerca, lo más probable es que no estarían casados, por ende ella estaría comprometida con el conde y él con otra dama; ahora que se lo imaginaba, le dolería el alma verlo con otra mujer, ahora que entendía lo que tenía a su lado no se arrepentía de nada.

—¿Cómo no buscarte? Quedé prendado de ti desde la primera vez que te vi,

no solo porque eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida sino también porque el hecho de que hayas sido capaz de acercarte a un desconocido y besarlo solo porque decidiste que él tenía que ser tu primer beso me embelesó, me mostró que eres capaz de luchar por lo que quieres sin miedo, sin limitarte solo porque, como bien lo dijiste, eres una mujer y el mundo te menosprecia, de ahí seguro que a tu lado mi vida estará llena de sorpresas y emociones. —En esa oportunidad fue ella quien dio un paso para acercarse a él.

—Decidí besarte a ti no solo porque me parecías el hombre más apuesto que había visto y me parecías un verdadero caballero, sino también porque pensé que no volvería a verte, que tú lo olvidarías a los pocos minutos y centrarías tu atención en cualquier otra dama, después de todo tú no estabas interesado en buscar esposa, por lo que una jovencita en edad casadera tendría un enorme prohibido para ti —el marqués asintió; así era hasta que la conoció, pero ningún hombre podría olvidar a una mujer capaz de atreverse a tanto, solo unas pocas lograban mirar a un hombre a los ojos sin sonrojarse, aún más difícil encontrar una joven que llegase y lo besara solo porque así lo deseaba.

—Tal vez solo estaba esperando encontrar a la joven de edad casadera adecuada para mí, alguien que me complementara en todos los sentidos. Sobra decir que esa mujer eres tú. —Lawrence soltó una carcajada; nunca imaginó que alguien de verdad la contemplaría como su complemento.

—¿Te complemento hasta el punto de no desear otra casa, de no desear otra mujer, de prometerme que nunca tendrás una amante y que de ahora en adelante yo seré la única mujer con quien compartas tus noches? No me gusta la idea de ver cómo mi esposo le da todo lo que me pertenece a otra. —Su esposo elevó su ceja derecha con diversión, le gustaría conocer ese lado celoso de su esposa, aunque algo le decía que aquello podía terminar muy mal para él, por lo que se quedaba con las cualidades que ya conocía.

—Se directa, amor mío, la timidez no es lo tuyo. —La marquesa, con una sonrisa en sus labios, lo tomó del saco y lo jaló hacia ella; él de inmediato se

aferró a su cintura.

—Quiero que aquí y ahora me prometas que nunca tendrás una amante, las únicas mujeres de tu vida seremos Elyse, tus futuras hijas y yo. —Una de las manos del caballero subió hasta el mentón de la dama y se posicionó allí mientras sus dedos se movían con delicadeza por su mejilla y el borde de sus labios.

—Te lo prometo.

—Prométeme que nunca me tratarás como un simple objeto para mostrarlo como un trofeo, escucharás mis opiniones y las tendrás en cuenta, nunca más volverás a decidir sobre mí o sobre mi vida. —Sus rostros se acercaron un poco más.

—Te lo prometo.

—Y lo más importante, la verdadera razón por la que estamos tú y yo aquí, prométeme que me amarás tanto como yo te amo a ti, porque estoy profundamente enamorada, te quiero todo para mí y no pienso conformarme con menos, lo quiero todo. —Él rozo sus labios sin llegar a besarla, ese era un paso que solo podía dar ella, pero la emoción que sentía al escucharla decir que lo amaba no se comparaba con nada; la felicidad que sentía era indescriptible, su futuro se resumía en una palabra: felicidad.

—Dios, eso no tienes ni que pedírmelo, quedé prendado, enamorado de ti desde el mismo momento en que te besé por primera vez y supe que no podría besar otros labios, es una necesidad, una adicción, pero si quieres escucharlo te lo diré: te prometo amarte desde ahora y hasta la eternidad. —Sus corazones latían fuerte, ese día lo recordarían para siempre.

—Me aseguraré de recordártelo siempre que lo considere necesario, no dejaré que olvides tus palabras, eso tenlo por seguro —dijo antes de sonreír, poner sus manos en su cuello, acariciar su piel y el nacimiento de su cabello; ella también ansiaba volver a besarlo.

—Sentimientos como los míos y promesas como las que acabo de hacerte es imposible de olvidar, mi hermosa marquesa, pero bésame de una buena vez

que me siento morir.

—¡Pero qué impaciente es mi adorado esposo!

El primer acercamiento fue un beso casto, una caricia pequeña y a la vez tan inmensa que encendió sus corazones en emoción, alegría y amor; se miraron a los ojos con los labios curvados en una sonrisa para luego unirlos en un verdadero beso.

Fue ella quien llevaba el control, quien primero tomaba posesión de uno de sus labios para luego morderlo con suavidad y seguir los mismos pasos con el otro; estaban tan abrazados que ni la más leve brisa podría pasar entre ellos. Sus lenguas se unieron en un delicioso vaivén al que no deseaban ponerle fin y apenas si se tomaban un par de segundos para tomar un poco de aire y seguir entregándole todo a su gran amor. En algún momento terminaron desnudos sobre la manta que habían llevado consigo; era la primera vez que hacían el amor con todas las de la ley y la emoción era evidente.

—Te amo —susurró Clawrence enrollando sus piernas en su cadera e impulsándolo a adentrarse en su cuerpo.

—Te amo. —Solo cuando la besó, el marqués se permitió penetrarla y hacerla suya; eso era lo único que necesitaban para terminar de unirse en cuerpo y alma de por vida, no importaba cuánto tiempo pasara, él siempre seguiría rogando por un beso más y ella siempre terminaría complaciéndolo, no era capaz de ver esos ojos que tanto le encantaban y ese perfecto rostro sin besarlo y desearlo todo. Nunca imaginó pensar algo parecido, pero ansió tener algo que los terminase de unir para la eternidad. Ya tenían el amor y una historia que cualquiera desearía vivir en vida propia, tal vez lo único que les faltaba era un hijo, el verdadero fruto de su amor, tal vez un heredero o una pequeña dama, poco importaba si era niño o niña, ambos serían más que felices con lo que Dios les diera.

Un pequeño caballero igual de guapo a su padre o una pequeña señorita tan inteligente y astuta como su madre.

## Epílogo

La marquesa tomó asiento y masajéó su espalda en un intento por disminuir el dolor que la estaba volviendo loca; ya no lo soportaba, ya llevaba un tiempo en la misma situación y no parecía disminuir por más que intentara cuanto remedio le dieran, aunque supuso que era algo normal teniendo en cuenta su situación.

—¿Cómo está el amor de mi vida? —preguntó el marqués entrando a la biblioteca y acercándose a su esposa.

—El amor de tu vida está cansada, estoy desesperada del dolor, quiero que esto termine cuanto antes sea posible. —Enrique acarició su abultado vientre, se acercó y dejó un casto beso sobre sus labios.

—Son los pequeños sacrificios con los que traerás a la vida a nuestro hijo o hija, amor, según Lys una vez lo tengas en brazos te olvidarás del dolor y las molestias y serás la mujer más feliz del mundo. —Se puso de rodillas y susurró al vientre—: No se lo pongas tan difícil a mamá, recuerda que es nuestro deber cuidar de ella. —Con voz dulce, él estaba casi seguro de que su primer hijo sería un varón, aunque en más de una ocasión le dejó más que claro que de ser una mujer la amaría con la misma intensidad.

—¿Qué puede saber Elyse si ella aún no tiene hijos? ¿O tengo que recordarte que su bebé aún no ha nacido? —Por alguna extraña razón y por cosas de la vida, su cuñada también estaba embarazada, la única diferencia era que el hijo de los marqueses estaba a punto de nacer mientras que al de los

condes le faltaba un par de meses para llegar al mundo. Sobraba decir que esa situación los unió aún más de lo que ya estaban después de varias tardes de té, largas conversaciones y secretos compartidos, después de todo eran muy parecidas y entenderse no les tomó mucho trabajo.

—Lo sé, pero varias de sus conocidas ya tienen hijos, supongo que recordarás a la duquesa de Devonshire, la duquesa de Marlborough, la marquesa de Bristol y la condesa de Coventry. Si mal no recuerdo todas ustedes se han hecho muy amigas, es más, creo recordar que hace un par de días me abandonaste todo el día por estar con ellas, de no ser porque fui a buscarte, hubieras terminado pasando la noche allá. —Su mujer soltó una carcajada; él nunca le perdonaría ese pequeño error, en su defensa, estaban muy entretenidas hablando de la vida como para pensar en algo más. Todas tuvieron el mismo problema con sus debidos esposos y por lo que sabía ellas tampoco habían conseguido que las perdonasen.

—Hemos conversado mucho sobre los hijos, pero nunca sobre el proceso y el dolor que conlleva traerlos al mundo, preferimos olvidar ese pequeño asunto, no vaya y sea que terminemos arrepintiéndonos, aunque siempre nos damos moral y sabemos que de llegar a necesitarlo la otra siempre estará ahí para ayudar. Es la misma amistad que tú has forjado con sus esposos, ¿o debo recordarte que en varias oportunidades han terminado borrachos a más no poder, tanto que no podían ni mantenerse en pie? —Su esposo acercó su rostro al de ella y rozó sus labios.

—Por qué mejor no dejamos de hablar de tus amigas y de las borracheras por las que he pasado y me besas. —Lawrence Cartler cerró sus ojos; amaba el aroma que desprendía su esposo, las sensaciones que le provocaba siempre que lo tenía cerca; esas nunca cambiaron a pesar del tiempo.

—¿Acaso te sigo pareciendo atractiva aun cuando parezco una enorme llanta? Creo que no puedo estar más rellenita.

—Sigues siendo la mujer más hermosa que he visto en mi vida, el hecho de que estés embarazada no lo cambia, mucho menos si tenemos en cuenta que es

a mi hijo a quien llevas en tu vientre, todo lo contrario, es un verdadero placer verte así. —Las manos del caballero acariciaban su abdomen con adoración; no, ella nunca podría dejar de parecerle la mujer más sensual del mundo, solo le bastaba con ver sus hermosos ojos, su pícara mirada, su dulce sonrisa o probar sus deliciosos labios para volver a caer rendido a sus pies.

—Más te vale que eso nunca cambie, ya sabes lo que pasará si llego a descubrir que estás viendo a otra: te mato. —El aludido conectó sus miradas y a su esposa solo le bastó ver sus ojos para saber que la amaba; era increíble cómo una mirada podía ser tan expresiva.

—Nunca necesitarás hacerlo, la única por la que estoy dispuesto a morir es por ti, te amo tanto que estoy a punto de empezar a rogar un beso.

—Pues empieza a hacerlo porque no pienso complacerte. —Eso de hacerse la difícil nunca le salió bien; era suya, completamente suya, solo debía pedir y le sería concedido; todos sus besos y caricias eran suyas.

—Te ruego un beso más. —No necesitó más que esas cinco palabras para conseguir lo que deseaba: amor eterno.

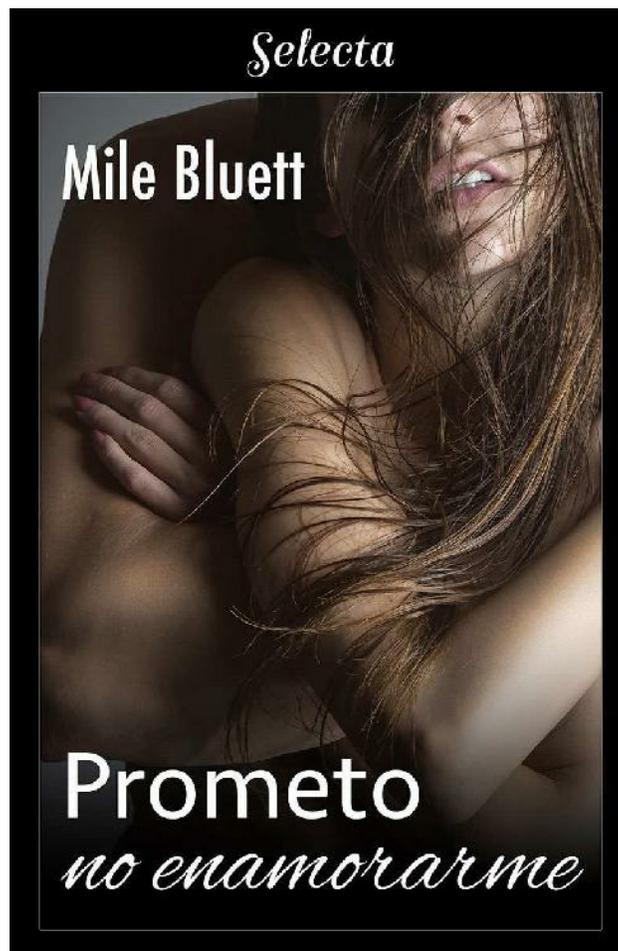
Si te ha gustado

*te ruego un beso más*

te recomendamos comenzar a leer

*Prometo no enamorarme*

de *Mile Bluett*



## Capítulo 1

*Noviembre 2015, y embarazada*

«¿Qué es la amistad? ¿Quiénes son aquellas personas que sufren o ríen a la par de la otra? ¿Qué alma entrega un pedazo a otra gemela que encuentra en el camino de la vida? ¿Qué es pedir un hombro para llorar una pena? ¿Qué es brindar el propio para sujetar al que ya no puede sostenerse?», escribió Marcela.

Estaba pasando por la crisis número dos de su vida, la segunda desilusión amorosa de la que no podía reponerse. El susodicho —un hombre tan irresistible, al que había sucumbido con una mirada— era el dueño de todos los insultos que se escapaban de sus labios, pero tan encantador y sensual que, aún odiándolo, seguía haciéndole tiritar el alma de deseo, de perdición, de añoranza por cada uno de los momentos vividos, llenos de pasión torrencial, que la habían dejado sedienta y suplicando por más. Un amor que no podía entender, uno que la había arrasado por completo. No podía ser que no tuviera suerte a la hora de enamorarse, ni que todos los gilipollas se cruzaran en su camino. Decidió tomar el toro por los cuernos. Por primera vez en su vida, se había propuesto ser sincera consigo misma, convencida de que el problema era su nula capacidad para elegir un novio decente.

«Mi interior se divide en dos: mi alma, que es etérea, y mi mente, que es demasiado terrenal. Esta debería imponérsele a aquella y tomar las riendas de mi personalidad, pero el alma es más astuta y, al aliarse a mi materia orgánica, que es demasiado apasionada, la mente —tan sensata y seria— sale perdiendo. Lo anterior ha ocasionado un verdadero caos dentro de mí. Alma, mente y cuerpo fusionan mi humanidad, una que ahora mismo es un desastre. Desde el exterior, las personas perciben en mí lo que se vislumbra a través de mis actos, pero mi espacio interno es un cofre con una sola llave: la mía.

Siempre se me ha dado bien enterrar secretos y analizar problemas. Lo que no está ocurriendo en estos momentos. ¡Maldición, estoy perdida! ¡Este hombre me ha hecho confundir el cielo con el infierno; ya no sé ni lo que escribo!», continuó anotando.

Marcela levantó el bolígrafo del cuaderno para pensar qué más escribir pero, víctima de la tensión —que la dominaba siempre que tenía cita médica —, arrancó la hoja, la estrujó y la desechó en un cesto para papeles. Continuó esperando su turno para ver a la ginecologista. De golpe irrumpió en el salón una chica de su facultad. Marcela trepidó y, ante la vergüenza de ser descubierta, se cubrió el rostro con el cuaderno, fingió que leía y se colocó las gafas de sol. «¡Maldición!», repitió para sus adentros. La recién llegada, en cuanto la vio, le preguntó:

—¿La doctora Guzmán consulta aquí?

—Sí —le respondió Marcela con la cabeza enterrada en su libreta.

Eso no evitó que reparara en la otra chica. Era linda, pero triste, demasiado. Notó que se veía abatida, sin rumbo; movía las manos con nerviosismo y se asomaban, de vez en cuando, a sus ojos lagrimillas que secaba de inmediato. Marcela apenas si la había visto algunas veces.

—¿Eres de Derecho, Universidad de La Habana? —le preguntó la joven a Marcela.

—Sí —le respondió avergonzada por el intento fallido de ocultar su identidad.

—Yo igual. Soy de segundo año. Amanda. —Se presentó.

—Marcela. —Le extendió la mano. «¿Qué más da?», pensó—. Soy de quinto.

—¿Tú también estás embarazada? —dijo Amanda, quien reflejaba en su rostro la inocencia propia de la juventud.

La interrogación, lanzada como una recta a un receptor, logró abatir a Marcela, a quien no le quedó más remedio que contestar que sí, nuevamente, mientras se quitaba las gafas. «¡Qué desastre! ¡Lo que me faltaba! ¡Que se

entere toda la facultad de que seré madre soltera!», se reveló Marcela, a sí misma, despotricando para sus adentros.

Marcela no pudo evitar darse cuenta de que Amanda ni siquiera intentaba ocultar el sufrimiento que la hundía. Lloraba con una sombra desgarradora en la mirada y, en ocasiones, con incongruencia, le sonreía a la otra en señal de falsa resignación; hasta que Amanda por fin soltó lo que le quemaba por dentro.

—Esto no es fácil de asumir. A mi edad, menos. Dieciocho años. Ni sé qué hacer con mi vida. ¿Cómo voy a cuidar a un bebé? Desde el día que me lo confirmaron, solo sé llorar.

Marcela se sentía una arpía por intentar ocultarse de la chica cuando, al parecer, su situación era más desesperada. Un poco de empatía no le vendría mal. Iba a despegar los labios para confortarla cuando una asistente llamó al próximo paciente.

—Marcela Vega, puede pasar —dijo la mujer mientras abría la puerta.

Sin saber qué decir por la premura, le ofreció a la joven que pasara primero, compadecida por el estado en que se encontraba. Amanda se negó a aceptar la cortesía con estas palabras:

—No te preocupes. Es solo un poco de miedo; ya pasará.

Marcela se introdujo en el consultorio sin dejar de sentirse consternada por la chica que dejaba atrás. Al terminar de atenderse con la doctora, salió con una frase de consuelo armada, pero se encontró con el salón desierto.

## Te ruego un beso más



Clawrence Switlor, hija de los duques de Beaufort, está triunfando en su primera temporada social, incluso hasta tiene un pretendiente que, aunque no es el tipo de hombre con el que siempre soñó, es más que suficiente para ella. Se conforma con poco, sobre todo después de haber sido rechazada por un caballero el mismo día de su presentación en sociedad. La peor vergüenza de su vida. Y, aún más grave:

está condenada a ver a aquel marques en todas las veladas a las que asiste y, por alguna razón, siempre terminan bailando juntos.

Enrique Cartler, Marqués de Chelmendley, cree ser inmune a los encantos de las mujeres, gracias, según él, al excelente análisis que les hace a las personas. Sin embargo, una noche, una descarada jovencita lo deja sin habla al hacerle una sola propuesta. Para su desgracia, el beso que compartió con ella no fue suficiente, y desde ese día ha empezado a ansiar besarla más y más, y ese es su oscuro y prohibido deseo... pero también el más puro y verdadero anhelo.

Y aunque ambos deben recordar el comportamiento que han de tener una dama y un caballero en sociedad, en cuanto sus miradas se cruzan, los recuerdos los llenan y los sentimientos mandan, no hay razón, palabra o lamento que lo cambie... La locura los espera.

**Fernanda Suárez.** Tiene diecinueve años, es colombiana y estudia Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Ama leer desde los 12 años, y fue Jane Austen y su libro *Orgullo y Prejuicio* quién la enamoró.

Un día, unas grandes amigas la animaron a que escribiera, y la escritura se ha convertido desde entonces en su mayor placer. Piensa que los libros son un pequeño descanso, un mundo en el que puedes ser y hacer lo que desees, solo hay que disfrutarlos.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Fernanda Suárez

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-76-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Te ruego un beso más

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Fernanda Suárez

Créditos